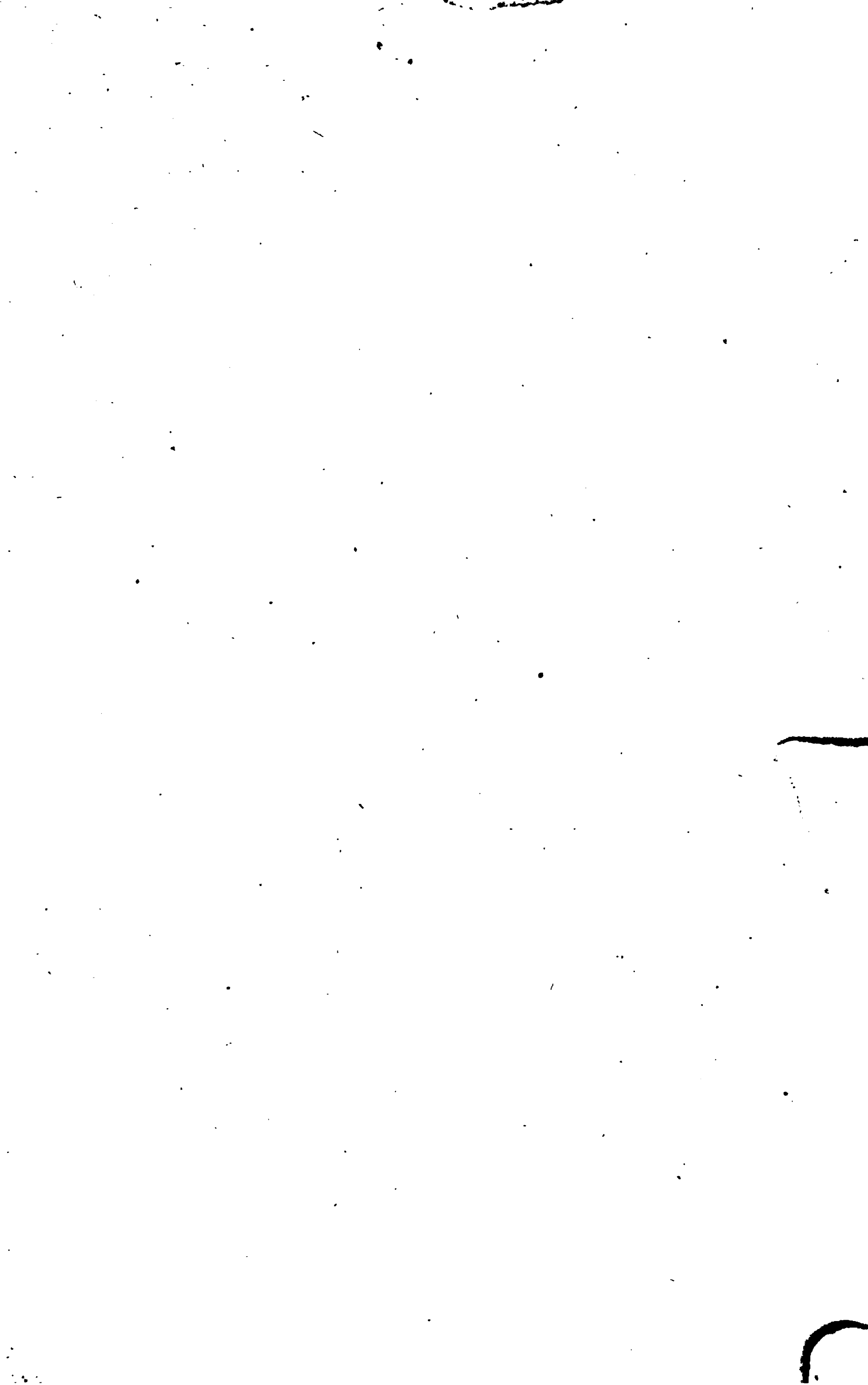
M. SÁNCHEZ MÁRMOL



Las Letras Pátrias





LAS LETRAS PATRIAS

0

Manuel Sánchez Mármol



LAS

LETRAS PATRIAS

MONOGRAFÍA

escrita para la obra ***México — Su evolución social***



MÉXICO

Establecimiento editorial de J. Ballescá y C.ª, Sucesor

572, San Felipe de Jesús, 572

1902

INTRODUCCIÓN

Si, según la pintoresca frase de Carlos Maurras, la historia es la ceniza de los muertos, la literatura es, en cambio, la sangre, el alma de los pueblos, como que por ella persisten y sobreviven aún después de borrados de la carta del mundo.

Pulsación de vida en todas las complejas manifestaciones del humano ser, la literatura contiene en sí misma los elementos necesarios para reconstruir y galvanizar los modos de existencia de sociedades ya difuntas. Más prestigiosa que la sangre del mártir de Nápoles, reproduce á la continua el retorno á la vida de cosas devoradas por el tiempo, y así desaparecieren de la haz del suelo ciudades, instituciones, religión, leyes y hasta la historia de pueblo determinado, en tanto subsistan documentos de su literatura, puede estarse cierto de que tal pueblo resurgirá á la

vida en lo que ésta tiene de más intenso é íntimo, á la luz de aquella enseñanza.

Y es que mientras la historia relata y comenta la vida pública de los pueblos, las evoluciones de la masa, su avance ó retroceso, en una palabra, la fenomenalidad del conjunto; la literatura refleja y detalla la vida de los individuos, la compenetración de sus actos, sus usos y costumbres, las preocupaciones á que rinden culto, las tendencias á que propenden, en suma, las peculiaridades de su vida interior, por donde se hace manifiesto un estado social determinado, en plena y palpitante actividad.

Ya lo dijo antes un eminente crítico: «Asociada á la vida nacional (habla de la literatura griega), en sus múltiples manifestaciones, vida religiosa, política, militar, mercantil, venida del pueblo y volviendo á él, la literatura expresa el alma de la ciudad (1).»

A este prestigio de la literatura somos deudores del conocimiento acabado de civilizaciones extinguidas. La vida del pueblo de Israel llega á nosotros, no por anales más ó menos auténticos, sino por su exuberante literatura, por sus deliciosos poemas, que poemas son, en el significado más alto de la palabra, así los libros del Antiguo Testamento como los de la Nueva Ley, en los que el inspirado numen de los

---

(1) Renato Doumic: *Littératures de décadence. Revue des Deux Mondes,* 15 de Septiembre de 1899.

cuatro evangelistas narra la maravillosa vida del divino Jesús, con tal intensidad de expresión y colorido, que el protagonista palpita en aquellas apasionadas páginas. Sabemos más de griegos y romanos por su portentosa literatura, que por las narraciones de sus historiógrafos; y llega á tal punto la vitalidad y pujanza de esas literaturas, que por ellas Grecia y Roma continúan viviendo en nosotros, y no de modo cualquiera, sino que á título de maestras, de modelos en cuyo estudio nos iniciamos en los secretos de la belleza, que en esto no vamos con las escuelas novísimas.

En el cuadro sintético á que intentamos dar forma, el concepto de literatura no entra en su acepción más amplia, que en este sentido caen bajo su jurisdicción todas las formas en que se manifiesta el pensar y el sentir humano por medio de la escritura, desde el libro científico y meramente didascálico hasta la arenga tribunicia, desde la disquisición más abstrusa hasta la epístola familiar. Limítase esta sinopsis á lo que más propiamente y en el sentido más estricto entendemos por literatura, esto es, aquella manifestación intelectual por la palabra escrita, que aspira á la expresión de lo bello. A plumas más autorizadas que esta indocta nuestra, se reserva lugar aparte en este libro para tratar de los otros modos de manifestación de la intelectualidad.

Dicho se está que no han de quedar descartadas

de este plan las producciones oratorias, que son propiamente obras literarias desde el instante que se convierten en piezas escritas.

De las letras patrias vamos á escribir, y desde luego surge esta cuestión: ¿tenemos los mexicanos una literatura?

El insigne D. Marcelino Menéndez y Pelayo la resuelve por la negativa. Según él, nuestra literatura nacional «por ninguna parte acaba de aparecer (1)».

Tal aserto, así formulado en términos absolutos, es inaceptable por inexacto. Si lo que con ello quiso expresar es que los mexicanos carecemos de una literatura que lleve una fisonomía original, que marque por sí misma región determinada del globo, ó raza, familia ó tipo humanos dotados de propia individualidad, capitulamos con el conspicuo académico; mas si su afirmación significa que aquí, en esta joven República, no se encuentra una producción literaria, hija de cerebros mexicanos, que en algunos casos reivindica cierto colorido regional, entonces hay exorbitancia en su juicio. Entonces las literaturas tendrían que ser clasificadas por las lenguas en que se han producido ó se producen, quedando reducidas á una sección ó rama de la lingüística. No habría, por tanto, más literaturas, en lo que tenemos

---

(1) *Antología de poetas hispano-americanos,* tomo I, página 121.

conocido, que la india, la hebrea, la helénica, la romana, y ésta por la sola razón de la lengua en que está encarnada, ya que en el fondo se informó por los cánones griegos, como que sus poetas, sus filósofos, sus retóricos, y toda la gente letrada que aspiraba á algún valer, acudían á Grecia á estudiar los modelos del arte helénico para trasplantarlos á Roma; no habría otras literaturas que la árabe, la española, la francesa, la portuguesa, la rumana, la alemana, la inglesa, la rusa y la escandinava.

Las literaturas no son entidades que se forman de una á otra estación. Es la acción duradera del tiempo la que les va dando el ser, con el lento arrastre aluvial de la producción de los ingenios de una misma cepa, y es también el tiempo el que les va dando consistencia y como estratificándolas, hasta imprimirles fisonomía propia. Pedir á un pueblo nuevo que ostente una literatura característica, al igual de naciones seculares, pecaría de temeridad. Tanto es así, que la caudalosa y monumental literatura española de nuestros días no comenzó á formarse antes del siglo XII, y no vino á tener carácter definitivo sino hasta el advenimiento del gran Don Alfonso.

Cierto que la lengua es la base y fundamento donde reposan las literaturas de carácter original, literaturas que persisten irreducibles á las lenguas que se formaron por las evoluciones de aquélla, como lo demuestran, no ya el latín, del que proceden por deri-

vación mediata el italiano, el rumano, el francés, el español y el portugués, que al cabo el latín es una lengua bien muerta, sino los dialectos provenzales de que se formaron esas mismas lenguas, que aun viven en medio de sus hijas, sin perder su individualidad.

No es así como se entiende la nacionalidad de las literaturas, y ni puede entenderse así, desde el punto en que la expresión de las bellas letras corresponde ó debe corresponder á la índole y modo de ser de cada pueblo, en un tiempo dado.

Nuestra literatura, producida en lengua castellana, debiera ser hija de la española, ó ya que no hija, su hermana por cognación, y si no lo es, son por extremo fáciles de percibir las causas que así lo han decidido.

Valga por la primera, la guerra de insurrección de ésta que fué colonia de España contra su metrópoli. Los rencores que de pueblo á pueblo engendró esta guerra, se miden por la duración de la lucha y por las atrocidades que por ley de retorsión, exacerbada por la ira, consumaron los beligerantes. Los conatos de España para recobrar su dominación, mal pudieron ser parte á calmar esos rencores, antes los reencendieron y avivaron, hasta el grado de que hiciéramos dos veces con los españoles, lo que España con los judíos: expulsarlos de nuestro territorio.

Tal era por aquellos días la inquina y animadversión que la recién nacida nacionalidad mexicana pro-

fesaba á su antigua señora, que si poder hubiera tenido para cambiar de habla, habría abolido el uso de la lengua de Castilla.

Esta situación de ánimos persistió en México, no obstante que en 1835, cuando ya la joven República figuraba en el concierto de las demás naciones, fuera reconocida por España como entidad autonómica, que tal reconocimiento no pasó de un acto de pura diplomacia. Para los mexicanos, el español no dejó de ser el opresor y codicioso gachupín, y para los españoles, el mexicano el rebelde súbdito substraído á la obediencia.

Otra causa: en tanto que España no cejaba de los ideales que la tradición le imponía, y á los que, ciertamente, era deudora de pasadas grandezas; México, seducida por las contagiosas doctrinas de la Revolución francesa, y alentada por el espectáculo que le ofrecía la vecina del Norte, tentaba una nueva orientación en su vida política, orientación de todo punto contrapuesta al régimen colonial.

Quedamos, pues, de espaldas á España, y en literatura no admitimos más modelos que lo que de Francia nos llegaba, y en esa enseñanza apurábamos con sed febril nuestras ansias literarias, sin tasa ni discreción. Tan incontestable es este hecho, que al modernizarse la enseñanza en nuestros colegios, los textos latinos fueron substituídos por textos franceses, que son los que desde entonces corren en manos

de los estudiantes de las escuelas oficiales y aun de las de carácter privado. Tan sólo una atenuación cabe en favor de la influencia española en este respecto: la meramente individual que ejercieron Bretón de los Herreros, el duque de Rivas, Espronceda, García Gutiérrez y Zorrilla, circunscripta, por cierto, á la poesía, la lirica y la dramática, sin trascender á los otros géneros literarios. Para hablar más propiamente, el papel de los poetas españoles del promedio del siglo recién fenecido fué el de iniciarnos en el romanticismo, que, con la única excepción de Espronceda, que lo importó de Inglaterra, en donde lord Byron imperaba sin rival, recibieron ellos á su vez de Francia, cuyo espíritu franqueaba por segunda vez las altas fronteras del Pirineo. Por lo que mira á la brillante escuela netamente hispana de los siglos XVII y XVIII, apenas si su estudio fuera reservado patrimonio á unos pocos talentos escogidos, que de modo alguno influyeron en el movimiento general de la literatura mexicana.

Cuando el glorioso D. Juan Prim vino á poner los cimientos de la fraternal reconciliación entre México y España, condenando con reprobación solemnísima la felonía napoleónica; cuando el ilustre montañés D. Anselmo de la Portilla hizo de *La Iberia* (1) pen-

---

(1) Diario fundado y dirigido por D. Anselmo de la Portilla.

dón de concordia entre mexicanos y españoles, era ya tarde para que en literatura tornáramos los ojos á España. La decadencia de la antigua metrópoli ha cíase, en aquella sazón, casi tangible, lo que no la recomendaba para ser tomada por maestra.

El triunfo de las leyes justamente llamadas de Reforma, por cuanto rompían con nuestras tradiciones políticas y religiosas; el de la causa de la República, y el hecho mismo de la imposición de la forma imperial por las armas de Napoleón III, que trajo consigo la invasión de extranjeros de lengua no española, franquearon á todos los vientos la tierra mexicana, con lo que nuestra educación literaria, al contar con el contingente de la producción anglosajona y alemana, hallaba nuevas fuentes de enseñanza para volar por nuevos rumbos.

Cosa digna de notar: nuestro afrancesamiento literario á tal punto había penetrado hasta la médula de nuestros huesos, que el odio que naturalmente engendró en nuestros pechos, á lo menos en la numerosísima agrupación republicana, la tentativa napoleónica, no bastó á curarnos de nuestras aficiones; aficiones que, por otra parte, explica suficientemente, dadas las circunstancias apuntadas, la afinidad de nuestra habla con la francesa.

He ahí por qué, á nuestro ver, uuestra actual literatura no se inspira en la española.

Establecido que poseemos una literatura propia,

siquiera sea en mantillas, ¿por qué anda tan menesterosa y enteca? ¿por qué no vuela con vuelo de águila, sino rastreando á manera de voluble golondrina?

Punto es este que ya dilucidó con buena copia de razones, al fin como suyas, nuestro eminente humanista D. José María Vigil (1).

Sin pretender rebajar el valor de ellas, antes confirmándolas, vamos á permitirnos ampliarlas.

Toda producción está en razón directa del consumo. Esta ley de la ciencia, vale por el más incontrastable axioma.

Donde no hay quien lea, loco sería el empeño de producir obra de lectura. Esa producción, como cualquiera otra, tiene por forzoso regulador el número de lectores.

No se escribía en aquel país de las Batuecas, de que nos cuenta Larra, porque no se leía, y nos vemos obligados á confesar que aun cuando, por fortuna, distemos de ser tal país, no tenemos por donde envanecernos de la difusión de la cultura intelectual.

Sólo al sobrevenir el bendecido período de paz de que disfrutamos, nuestros gobiernos (y sépase que fuera de la impulsación oficial carecemos de otra iniciativa) han podido consagrar sus afanes á la tarea de difundir la instrucción pública, que, como es bien

(1) «Algunas consideraciones sobre la literatura mexicana.» *Revista mensual Mexicana*, tomo I.

sabido, la impone el Estado y la da gratuitamente en el primer grado, como gratuitamente la ofrece en los grados superiores y hasta en los profesionales.

Por tal motivo, la consagración á las letras no ha podido ser oficio de medras, quedando reservada, más que como ocupación seria, como fruición íntima —ocios, que por simulado desdén decían los que en tal arte se ejercitaban,—á hombres de letras de holgada posición, bien contados, en verdad, donde se tenía en menos al que empleaba su tiempo en labor literaria, habiendo para los ricos distracciones y goces de más meollo y consecuencia. Los pobres á duras penas si podían contar con la munificencia de algún generoso editor que diera á la estampa sus producciones, á trueque de nada, que nada era la pasajera impresión que el nuevo libro alcanzaba á producir en el público.

Adrede hemos hecho uso del imperfecto. Nuestro actual estado social no es, por dicha, el de hace veinte años, período que, si corto, nos ha favorecido con notables crecimientos en todos los modos de ser del progreso.

Empero, aun no es ésta la hora de la literatura. Otra finalidad reclama y absorbe nuestras fuerzas.

En el estado actual de la civilización, individuos y pueblos han menester asegurse, ante todo, el bienestar, base y cimiento de todo adelanto, de todo goce no turbado por la inquietud del mañana.

Embarga nuestras fuerzas, y debe embargarlas, la solución de nuestro problema económico, único secreto de asegurar nuestra independencia nacional é individual. Lograda esa solución, lo demás vendrá por añadidura.

Si la paradoja de que la miseria es el gran numen del genio, pudo no serlo en tiempo atrás, que no hay prueba de que la miseria amamantara á aquellas inteligencias supremas que ora en ciencias, ya en letras ó en artes han glorificado el espíritu humano; si semejante paradoja pudo antaño ser habida como verdad, ahora, en los tiempos que corren, nadie sabría sostenerla seriamente. Por algo de muy antiguo muy sentido, el Épico relega á los horrores de la tremenda noche al hambre mal avisada—*malesuada fames*—y á la infame probeza—*turpis egestas*.

Madre legítima es la miseria de la tristeza, de la envidia, de la desesperación; y no ríe regocijada en regazo de sórdidos harapos la divina inspiración.

Difundida nuestra cultura en la medida que está siéndolo; cumplido el programa económico, nuestra grande y justificada preocupación por el presente, hay derecho á prometerse que la literatura nacional se mostrará gallarda y pujante, dando frutos en sazón, como por el otoño bien cuidado huerto.



I

OJEADA RETROSPECTIVA

El título general del presente estudio basta á hacer comprender que en él no tienen cabida épocas anteriores al México independiente.

El pueblo, la agrupación llamada azteca que ocupó la región de Anáhuac, desapareció por la conquista de Cortés, que fué rápidamente incorporando á la Nueva España, tanto las tierras en que se había impuesto la dominación de los meshica, como los demás pueblos ó tribus, diseminados en la mesa de la cordillera Central y en sus vertientes. No somos, pues, pueblo azteca.

Por más que procedamos de incubación española, tampoco somos pueblo español, dado que, por el hecho de la emancipación, quedamos constituyendo nacionalidad aparte, dotada de instituciones diversas

de las de la que fuera Metrópoli, con gérmenes de propia vitalidad, tendiendo á fines que nada tienen de común con los de aquélla.

Durante el régimen colonial, nada hubo aquí que no fuera España: español era el castizo, español el criollo; por bastardía, español el mestizo, y el indio, cosa española.

La idea de patria mexicana no puede, pues, avenirse con ninguno de esos dos estados sociales. De modo que si fuéramos á buscar en la época de los virreyes muestras de una literatura, de hallar algo, no sería otra cosa que puras letras españolas, ó para calificarlas con más propiedad, neo-españolas.

En materia de libros impresos, nada entraba en la Colonia ni en ella podía estamparse que no pasara previamente por la severa censura del Real Consejo de Indias, y tanto preocupaba esta materia á la Corona, que todo el título XXIV del libro I de las Leyes de Indias fué consagrado á establecer, de la manera más detallada y minuciosa, la prohibición del comercio de libros con sus colonias. Una ley (1) que hemos de transcribir, porque su elocuencia lo reclama, vedaba á españoles é indios la lectura de libros profanos: «Porque de llevarse á las Indias libros de Romance, que traten de materias profanas y fabulosas

(1) Ley IV, título XXIV, lib. I, loc. cit.

y historias fingidas se siguen muchos inconvenientes. Mandamos á los Virreyes, Audiencias y Governadores, que no los consientan imprimir, vender, tener, ni llevar á sus distritos, y provean, que ningún Español ni Indio los lea.»

Ya es de verse cómo podría desarrollarse el cultivo de las letras bajo este régimen de tiranía, que llamaremos suspicaz, para hacer gracia de otro calificativo. A los talentos que sintieran anhelos de volar, dábaseles por atmósfera el vacío.

Si hubo letras en la colonia, las pocas y de escasa significación que pudo haber, estuvieron representadas por espíritus españoles en España cultivados, venidos de ella á mal traer, ora en castigo de culpas en la Corte cometidas, ora á adquirir méritos para ascender á mayores, ora para hacer fortuna, ya en prebendas de la Iglesia, ya en pingües cargos del gobierno colonial.

Las letras, como todo lo que es signo de vida, necesitan para prosperar de los alientos de la libertad, y como ya se ha visto, la condición de la Nueva España no era para darse los lujos de una literatura.

Cierto es que las prohibiciones á que acabamos de aludir sufrieron relajación constante y nunca imperaron como leyes ineludibles sino para las personas de escaso valer, que ya es sabido cuán poco respeto alcanzan de los poderosos las leyes prohibitivas,

sobre todo cuando no las sanciona la razón. Y, por otra parte, tienen las ideas un poder incoercible, al que sería insensatez poner barreras ó encadenar.

Los tiempos iban cambiando, pesien los manes de Felipe II, y la acción natural de tal mudanza trascendía á todo el sistema político y económico de España, acentuándose casi de modo radical, cuando, á la muerte del Hechizado, el cetro de los aun inmensos dominios españoles pasó de los Austria á la dinastía borbónica, para colmo de las codicias del Rey Sol, hábilmente satisfechas por un negociador de la talla del marqués de Harcourt.

El espíritu francés había propendido en todo tiempo á la libertad de las ideas, de modo que entrando á influir de una manera directa en la vida de España, por el advenimiento de Felipe V, las colonias hubieron forzosamente de resentirlo.

Por otra parte, el siglo XVII marcó su glorioso cenit á la literatura española, y su poderosa radiación, si no de lleno, sí con clarores de la alborada, alcanzó á las colonias.

Lograron, pues, las letras en la Nueva España relativo florecimiento, en su mayor parte debido á ingenios de metropolitana procedencia, sin que por eso faltaran poetas y sabios educados en seminarios y claustros y en las aulas de la pontificia Universidad

de México (1); mas cohibido el estro poético por los rigores de la censura, atemorizado ante el amenazador espectro de los tribunales de la Inquisición, para no hablar de la literatura al menudeo, inofensiva é intrascendente, justa de ingenios á que daba ocasión la jura de reyes, el nacimiento de príncipes, la exaltación de virreyes ó de arzobispos, ó la muerte de un monarca, únicamente podía inspirarse en asuntos religiosos ó en los encaminados á celebrar las proezas de los conquistadores ó la magnificencia de las tierras por ellos avasalladas.

Los que se han dedicado á estudios especiales de las cosas antiguas de la colonia, ponderan el adelanto á que ya en el siglo XVI llegaron en ella las letras, y tanto debió de ser, que valiera á la Tenóchtitlan de entonces el lisonjero epíteto de la Atenas del Nuevo Mundo.

De los monumentos de esa que los eruditos no titubean en calificar de rica literatura, lo poco que ha escapado á la voracidad del tiempo no se recomienda, ciertamente, como obras maestras, ni con mucho.

Quién que pretendió ensayar la trompa épica,

---

(1) Huelga la salvedad de que no comprendemos en esta alusión al insigne D. Juan Ruiz de Alarcón, que de neoespañol no tuvo más sino haber nacido en la colonia. Su educación literaria la obtuvo en la Corte, y en ella, tras lucha tenaz y poco afortunada, conquistó los legítimos lauros con que la posteridad le ha coronado.

dista inmensamente de Camoens y no poco de Ercilla; y en el *Peregrino Indiano*, ni dejándose llevar á los más apasionados excesos, podría encontrarse por rasgo alguno algo que semejara á *Os Lusiadas*, lo que sería pedir sobre toda ponderación, pero ni siquiera á *La Araucana*, que no sería pedir escaso. El *Peregrino Indiano* no es, en suma, otra cosa que la crónica de Bernal Díaz del Castillo, puesta en verso. Cuanto á la *Grandeza Mexicana*, fuera de la forma poética, de la superabundancia de lenguaje y del constante abuso de la hipérbole, quien haya leído el epistolario de Cortés al emperador Carlos V, hallará el patrón en que el Dr. Bernardo de Balbuena calcó su poema.

Sorprende, pues, sorprende hasta producir el asombro, que en medio de tanta inanidad surgiera de súbdito,

Si come torre in solitario campo

la figura portentosa de la divina monja, de la justamente apellidada Décima Musa, Sor Juana Inés de la Cruz.

De «sobrenatural y milagrosa» califica su aparición el tan severo como profundo crítico Menéndez y Pelayo, y ya es sabido cuán poco aficionado es á extremar sus fallos.

Esta mujer extraordinaria, maestra de sí misma, pues si maestros tuvo, de la agregia discípula apren-

dieron cómo el genio posee la virtualidad de supeditar á toda enseñanza; esta mujer prodigiosa es gloria y ornamento literario, no sólo de su siglo, sino de todo el período colonial. Ciérnense sus talentos sobre todo el saber de su época y por entero lo dominan, y fuera á modo de Hipatia ortodoxa, á alcanzar la corona de un martirio tumultuoso.

No es sólo poetisa, y poetisa de espontánea inspiración y potentísimo vuelo, que las vibraciones de su lira de oro alternan con locubraciones del dominio de la ciencia. Sabe de todo, escribe de todo, y sobre todo deja marcado el sello de su innegable superioridad. Entiende de Teología, entiende de Filosofía, de Música, de Artes numéricas, y hasta de Política entiende, y es de ver con cuánta gallardía, galanura y novedad discurre su pluma en los asuntos que le place dilucidar. Conoce el latín, y llega por él á la noción del arte que magistralmente cultivaran los vates del paganismo y, estos otros vates, los Padres de la Iglesia.

Cuanto por su hermosura, que era cautivadora, al decir de los de su tiempo y de los pintores que al lienzo la trasladaran, por su privilegiada inteligencia, atraíase caricias y homenajes en la corte del virreino; mas halló pálido y ficticio aquel cortejo de lisonjas, mezquinas las pompas y grandezas de que se engríen los poderosos, estrechos á sus levantadas aspiraciones los horizontes del siglo, y fué á buscar

el Infinito, de que se sentía con sed inaliviada, en la estrechez de una celda, asilo bienhechor en que pudo encontrarse á solas con la inmensidad de su propia conciencia.

Los extravíos de la poesía de su época no la contaminan; su exquisito buen gusto no da hospedaje á los colosales atrevimientos del tormentoso Góngora, que á tantos espíritus conturba y á tantos estros contagia, y dentro de su propio criterio, que parece adoctrinado en la escuela de los grandes maestros, produce una labor, nada corta en verdad, y aplaudida y coronada de coetáneos, obtiene de los písteros la continuación del culto sólo al genio tributado.

Poeta verdadero, posee la clave de los sentimientos del corazón humano, y acierta por ello á exteriorizarlos en su genuina natural belleza, y por eso mismo habrán de vivir sus obras en tanto viva el habla castellana (1).

Hémonos detenido un tanto á hablar de la divina monja, porque así lo reclama el interés que ella ins-

(1) Dos críticos niegan á la excelsa monja la superioridad de su estro poético: el padre Feijoo, que la juzga más digna de ser celebrada por la universalidad de sus conocimientos de todas facultades que por su talento poético, y D. Francisco Pimentel, que la tiene por poeta artificioso, amanerado y hasta gongorino. Contra tal parecer surge el soberano fallo de la popular opinión, que no hay en México, ni aun en España, quien no se sepa de coro más de una redondilla de su «Defensa de la mujer y censura de los hombres».

pira, como tras noche tenebrosa, el extraviado caminante se detiene regocijado á contemplar el astro rey, que, rasgando las densas brumas, despeja el horizonte y asciende majestuoso á producir el día.

Sor Juana Inés de la Cruz resume todo lo que la Nueva España pudiera reivindicar como legítima



D. Juan Ruiz de Alarcón

gloria literaria, y ante ella se borran y desaparecen cuantos literatos contó la colonia, como palidecen las estrellas á la aparición de Diana en plena luz.

En tan profundo decaimiento encontró á España el siglo XVIII, como si, cansada de haber dominado al mundo, sola contra todos, por agotamiento de fuerzas cayera abrumada bajo el peso de su grandeza propia, que todo el nobilísimo empeño de los tres

Borbones, de Felipe V al vencedor de Bitonto, no fué parte á levantarla de su incurable postración.

Esos tres Borbones, y de ellos el gran Carlos III muy principalmente, conquistaron de sobra el derecho á la gratitud del pueblo español y al aplauso de la Historia; mas frustrada su labor, irrealizados sus ideales, sólo han dejado esta gran enseñanza: que no depende de la voluntad ni de la acción tesonera de un Jefe de Estado cambiar los destinos que la ley de la lógica tiene decretados á un pueblo. El presente es y será siempre la fatal resultante del pasado.

La liberal política de esos tres Borbones encaminábase á afianzar los cimientos en que reposaba la monarquía española, rudamente trabajados, quizá más por las intrigas domésticas que por contiendas con el exterior, y entretanto, hallaban fácil acceso á las colonias las ideas modernas, que, minando al mundo antiguo, pronto habrían de derrumbarlo.

La filosofía del siglo penetraba por los puertos de la que se llamara América de España, ora de contrabando, ya hasta en los objetos mismos del comercio lícito; en las modas, en los usos y costumbres que viajeros, emigrantes ó funcionarios traían allende el Atlántico.

Nuevas ideas políticas fueron penetrando ó surgiendo en las conciencias, manifestándose aspiraciones hasta entonces, si preexistentes, solapadas, y

esbozándose nuevas formas de existencia, á lo que contribuyó no poco el profético informe y plan de gobierno de las colonias del profundo y luminoso estadista Conde de Aranda.

En la Nueva España ya nadie se cura de poesía ni de ociosas literaturas. Otros sentimientos preocupan los ánimos: presienten la lucha de lo que va á venir contra lo existente, y en esta hondísima é inquietante gestación del futuro inmediato, sobrevienen acontecimientos que abrevian la etapa.

Muere Carlos III y adviene su desacertado hijo, y con él un período de bajas intrigas y de corrupciones, tan sólo comparables á las del reinado del postrero de los Austria, que hacen de la Nueva España obsequio de virreyes, aptos únicamente para bastardear el prestigio del poder, pero útiles, altamente provechosos para la gran causa que va á surgir: la emancipación de la colonia.

No sin razón el nombre de Carlos parece haber quedado abolido en la sucesión de la monarquía española.



II

ELEMENTOS GENERADORES

DE LA LITERATURA MEXICANA

SU DESARROLLO Y PROGRESOS

El grito de Independencia lanzado por el padre Hidalgo desde el rincón de Dolores, corrió como estremecimiento plutónico por toda la extensión de la ya intranquila Nueva España.

Los conceptos balbutidos por el licenciado Verdad, en medio del escándalo que su inaudita temeridad provocara, que la Santa Inquisición hizo pagarle con estrecho calabozo y misteriosa muerte, eran proclamados ahora con la franqueza y bravura de un reto de combate. La soberanía popular, la emancipación del señorío de España, la constitución de un gobierno doméstico, con participación de todo lo apto, sin irritantes exclusiones, el derecho de igual-

dad hasta para con la misma antigua dominadora; en una palabra, la reivindicación por parte de la colonia de los atributos inherentes á una autonomía nacional, dieron vida á vocablos nuevos, no oídos hasta ahí, cuya acepción propia no había de quedar definida sino después de realizado su sentido, y que, no obstante que correspondieran á ideas aun confusamente concebidas, no por eso dejaban de suscitar en los cerebros nuevas direcciones de lucubración intelectual.

El manifiesto del padre Hidalgo, refutando los anatemas que el alto clero fulminara contra la insurreción, sus proclamas y las de sus heroicos tenientes, sonaban informadas en un nuevo lenguaje; y estos documentos, los más de ellos fugaces, mal conservados en la memoria de aquellos á quienes iban dirigidos, constituyeron la simiente de una literatura llamada á germinar en suelo diverso del en que los hombres de letras de la colonia habían solido cultivarlas.

La vida de campamento con su desborde de expansiones, con sus exuberantes entusiasmos, con sus anhelos de combate para alcanzar la vislumbrada victoria; la comunidad de regocijos por el éxito ganado ó en perspectiva, la comunidad de tristezas por la muerte de los compañeros en la lid ó prisioneros, que aquella guerra se hacía á bandera negra y sin cuartel, todo esto debió necesariamente inspirar, é

inspiró, en efecto, á espíritus, no por incultos carentes de cierto don poético, cantos ya alegres ó entusiastas, ya melancólicos y doloridos, que surgían de improviso al resplandor de las fogatas del vivaque, en el alto de una etapa ó en la vigilia de las guar-



Sor Juana Inés de la Cruz

dias. Y estos cantos, hijos de una inspiración tan ruda como espontánea, desajustados á los preceptos del arte, eran, sin embargo, poesía, y poesía en lo que la divina Musa tiene de sincero, ingenuo y sencillo, como es perfume el de la flor silvestre, y canto, el del pájaro en la espesura.

Pero estos gérmenes de literatura así esparcidos no eran susceptibles de fecundación en aquella forma

difusa. El alma y sentir de los insurgentes absorbíanse en las dificultades de una guerra para ellos tan desigual, en que habían menester suplir con el valor, la abnegación y el heroísmo la deficiencia de recursos, y hacer de los fantásticos mirajes del entusiasmo esperanzas de vencimiento. Tras eso, lo demás carecía de importancia.

Las evoluciones humanas, una vez iniciadas, hallan en sí mismas alientos que parecen venir de una voluntad suprema. Tenía la insurrección necesidad de un medio de propaganda de sus ideas, y aun oreaba la sangre de Hidalgo, de Allende, de Aldama y de Jiménez en los patíbulos de Chihuahua, cuando ya el doctor Cos lograba dotar de una imprenta (1) á la *Suprema Junta Nacional Americana*, de Zitácuaro, poderosa catapulta que iba á aventar en todas direcciones el pensamiento de la rebelión emancipadora. Fué glorioso fruto de esta adquisición *El Ilustrador Americano*, revista semanal, que, erigida en cátedra de popular doctrina, difundió las primeras nociones del derecho público y de los principios de la civilización moderna, llevando á todas las conciencias la justificación del levantamiento colonial. Fué el alma del *Ilustrador* el joven abogado

(1) Á la perseverante labor de este insigne patriota debió la insurrección la primera imprenta, cuyos caracteres, hasta formar cinco pliegos, talló de su propia mano.

yucateco D. Andrés Quintana Roo, quien, tras de ceñir la corona de encino de gran patricio, alcanzó á ganar el triple lauro de publicista, jurisconsulto y poeta, contando por sus dignos colaboradores al mismo D. Ignacio López Rayón, presidente de aquella Junta, y al propio Dr. D. José María Cos.

La Constitución de Cádiz aportó á la Colonia la novedad de las libertades públicas por ella garantidas, que si bien escatimadas aquí por los dueños del poder y de la influencia, pudo, al arrimo de ellas, otro patriota, D. José Joaquín Fernández Lizardi, fundar *El Pensador Mexicano*, publicación en la que el audaz periodista, sorteando los riesgos de la suspicacia é intolerancia oficial, tomaba por atajos para deslizar en sus escritos las nuevas doctrinas filosóficas y políticas, y las más avanzadas aspiraciones de la democracia, cautela que no le salvó, por cierto, de ser dos veces conducido á los calabozos.

Las grandes guerras son generadoras de singulares movimientos literarios, fenómeno que parece explicarse per el cúmulo de hechos que dejan en pos de sí, y por la abundante copia de ideas con que impresionan fuertemente los cerebros, cuando guerras semejantes tienen por causa la necesidad de solventar principios trascendentales de vida ó modos de ser nacionales. Estas ideas y aquellos hechos solicitan la actividad intelectual de los pensado-

res, para ser desarrolladas ó para ser comentados.

Consumada nuestra independencia de puro hecho por la ininterrumpida serie de deslealtades del autor del Plan de Iguala, por ley de la lógica fueron desenvolviéndose ulteriores acontecimientos, virtualmente contenidos en el mero hecho de la emancipación.

No era independernos de España echar al último virrey; no era crear una nacionalidad dar una nueva denominación geográfica á la Colonia; el viejo régimen persistiría en tanto nuevas instituciones no vinieran á hacer efectivo un cambio radical en nuestra organización política y en nuestras costumbres.

Caído el imperio iturbidista de su propia inanidad, la implantación del sistema republicano democrático comportó elementos nuevos de agitación en la vida social de los mexicanos. El periodismo, fuerza viva de las democracias, órgano palpitante de las libertades públicas, tomó, según era natural, poderoso incremento, y en él se revelaron al país, al par que las capacidades políticas, no más allá, se entiende, de la esfera especulativa, las aptitudes literarias. Hízose el periodismo campo abierto á la actividad intelectual, en todas las manifestaciones de que es susceptible, y en los periódicos se anunciaban y controvertían programas políticos, teorías de todo linaje, tesis sobre todas las materias que abarca el conocimiento humano, y en los periódicos, poetas y literatos daban á luz sus ensayos del gayo saber. De

entonces á la fecha, si bien la dedicación al cultivo de las letras no haya sido por sí misma entre nosotros negocio de medras ó modo de vivir, ni poetas ni literatos tienen de qué dolerse, que durante muchos años, de la redacción de los periódicos salieron los Consejeros de Estado de nuestros gobiernos, y ha sido cosa frecuente ver cómo una oda, una elegía ó un discurso declamados en alguna solemnidad cívica ó literaria, han alcanzado por recompensa, para sus autores, ya una silla en la magistratura, ora una curul en las cámaras, ó un puesto distinguido en la burocracia. Nadie como nuestros poetas ó literatos pueden repetir, satisfechos de sí mismos, aquellos conceptos del que había de llegar á ser lord Beaconsfield: «La literatura es mi escudo de nobleza; soy un noble de la prensa.»

El Pensador Mexicano, El Noticioso, El Sol y *El Correo de la Federación* fueron los primeros periódicos en que conquistaron aplausos y fama los poetas y literatos que habían brotado al calor de las luchas por la independencia y de los partidos políticos, que quedaron definitivamente organizados durante la gestación del Pacto federal de 1824. De estos partidos, *El Sol* y *El Correo de la Federación* fueron respectivamente los reyes de armas, representando aquél las ideas conservadoras y de centralismo, y éste las liberales y federalistas.

La francmasonería no fué extraña á la fecundación

de nuestra literatura; sobre que ella sirvió á dar organización á los dos partidos políticos ya enunciados, aparte de haber atenuado la violencia de las pasiones políticas por el sentimiento de fraternidad que proclamaba como su credo fundamental, en las logias se adiestraban sus miembros en el uso de la palabra, arte llamado á papel importantísimo en el funcionamiento de nuestra democracia, y en disquisiciones especulativas sobre problemas filosóficos y sociales de más ó menos trascendencia.

Tres focos de radiación literaria se formaron en la joven República mexicana, que correspondieron á las tres grandes divisiones políticas del período colonial: México, capital del virreino; Guadalajara, de la Audiencia de la Nueva Galicia (Jalisco), y Mérida, de la Capitanía general de Yucatán (1).

El primero de estos tres focos resultó principalmente formado por contingentes de los otros dos; que la vida de distracciones con que las grandes capitales convidan á los que se crían en su seno, róbales el tiempo que pudieran dedicar á profundizar estudios, salvas excepcionales vocaciones.

---

(1) Debo á la bondad del esteta yucateco D. Manuel Sales Cepeda, y al aventajado literato jalisciense D. Victoriano Salado Álvarez, los datos de que habré de servirme en todo lo que se refiera á las literaturas jalisciense y yucateca. Sirva esta nota de público testimonio de mi agradecimiento á los expresados señores.

Los hombres de letras de fuera de la capital no alcanzaban notoriedad sino al venir á darse á conocer en ella, pues el centralismo, que por mucho tiempo ha dejado impreso el régimen colonial en todo nuestro modo de ser, el aislamiento en que por largos años se mantuvieron entre sí las varias regiones del país, carentes de vías de comunicación, y por ende, de contacto, causas fueron de que unas á otras se ignoraran recíprocamente, y se sabía más en Yucatán, por ejemplo, de cualquiera comarca europea, que de las cosas de las tierras mexicanas, allende la capital. Á disipar tamaña ignorancia fué parte principal el cultivo de relaciones personales entre los representantes de los Estados, que en la capital venían á constituir las Cámaras legislativas.

Por eso mismo la producción literaria de provincia, como aun hasta ahora se la nombra, pasaba punto menos que inadvertida del resto del país, circunscrita á una circulación de campanario.

Trabajosamente, en la perenne tempestad de disturbios que desgarraban á la República, la educación literaria tomaba creces y se perfeccionaba. Vinculada la facultad docente en la Iglesia, la intolerancia de su doctrina no era óbice á que de sus propios seminarios salieran espíritus independientes, dotados de amplitud de miras, poseídos de anhelos por conocimientos más avanzados de los que en las aulas recibían, aspirando á ideales entrevistos por la intuición,

acaso más bien presentidos, ó tal vez suscitados por los límites mismos que la ortodoxia imponía al saber.

Ingenio privilegiado de difusión literaria, la imprenta, los progresos de la tipografía comunicaron vigorosísimo empuje al cultivo de las letras, por donde la historia de nuestro periodismo constituye en sí un capítulo, y de los más importantes, de la de nuestra literatura.

Fuera del periodismo propiamente tal, ó sea el de las hojas publicadas á diario, todas las que, sin excepción, han contenido y siguen conteniendo una sección destinada á las bellas letras, jamás han faltado publicaciones ó revistas exclusivamente literarias, no pocas de inestimable mérito, todas útiles, en las que poetas y literatos, con libre vuelo de inspiración, han producido obras de plan meditado y amplio desarrollo.

No decimos del folletín, modo de publicación de novedades literarias, nacido en Francia y en todas partes aclimatado, porque el folletín ha carecido de importancia entre nosotros. Aquí no se ha utilizado para dar á conocer la producción original de nuestros hombres de letras, y los directores de diarios, más atentos á allegar lucro que al adelanto de la literatura, abren el folletín á la baratija literaria exótica, con que resulta colmado el pliego de impresión, sin más costo que el jornal del cajista. Que las patrias letras nada ganan, ¿qué importa? ¿Qué importa que

la multitud, destituída de criterio estético, pervierta su sentido y sorba con frecuencia deletérea ponzoña? El director saca su provecho, y basta con eso.

Y por cuanto el periodismo es parte integrante de la literatura nacional, no haremos para él capítulo aparte, sino que formará una sección del siguiente, destinado á la revista y examen de la labor literaria mexicana, en la que será ocasión de señalar cuáles han sido los periódicos, cuáles las revistas de literatura que más fecundamente han contribuído á despertar y avivar las aficiones al gayo saber en los tres focos de radiación literaria arriba marcados.



III

LA OBRA LITERARIA

Dada la índole de esta reseña, al tratar de la producción literaria limitarémonos forzosamente á obras y autores que más hayan influído en la evolución de las letras en determinado ramo, ó que hayan logrado ganarse los favores del público, hubiera ó no justicia para tal privilegio. Otro proceder, á mas de ser tarea muy por encima de nuestro alcance, fuera asunto de un trabajo que no cabría dentro de las proporciones que en las páginas de este libro se le tienen asignadas.

Por razón del método, hemos titubeado sobre si al trazar el presente cuadro convendría clasificar nuestra literatura por escuelas, y retrájonos de un semejante propósito la bien atendible consideración de que, hablando en puridad, en México no ha habido

escuelas literarias, en el estricto sentido de la palabra: los que llamaríamos clásicos no vendrían á serlo sino por la época en que escribieron, que, á falta de otros patrones, se inspiraron en los únicos que les fué dado conocer, ni tenían potencia bastante á crear nuevas formas ó estilos. Tanto es así, que es fácil observar cómo desde que aquí fué conocida la escuela romántica, el mismo autor que en una composición muestra tendencias clásicas, en otra, no menos aplaudida, revela neto romanticismo. Huyendo, pues, del riesgo de sujetar en lecho de Procusto á nuestra producción literaria, de someterla á un sistema de clasificación facticio, habrán de orientarnos tan sólo las ideas arriba apuntadas. Por otra parte, de encerrarnos dentro del criterio preceptista, fuera de que asumiríamos ínfulas magistrales, de que líbrenos Dios de presumir, cambiaríamos la naturaleza de este estudio, que es de síntesis, no de crítica.

¿Y por qué no declararlo? Respeto profundo guardamos á las doctrinas del clasicismo, al que adeuda la humana cultura la revelación y enseñanza de los arcanos de la belleza en letras y en arte; mas nuestro respeto no va hasta el fanatismo. Hay que reconocer que más de un canon horaciano ha perdido autoridad, muy principalmente, porque la evolución del arte, su perfeccionamiento, que sería temerario negar, ha desechado reglas que, ó no se conforman con la naturaleza, más atenta y sabiamente estudiada, ó la

circunscriben á un solo punto de vista, donde los tiene múltiples.

Daño trascendental ha sido para el clasicismo la labor de aquellos espíritus mediocres, que, ambiciosos de palmas literarias, han creído suplir la pobreza de numen con la nimia observancia de las reglas, desentendidos de que éstas se formaron para guía de la inspiración, no para crearla. Norabuena que lleven riendas los caballos del Sol, si es Apolo quien ha de regirlas. Y si aquellas pragmáticas han de despojar de sus fueros al genio creador, convirtiendo las bellas letras en manifestación intelectual no evolutiva, en Amazonas estancado entre insuperables diques, hay que abolirlas, hay necesidad de condenarlas; otra cosa sería la negación y muerte de la literatura, y la literatura es afirmación, es vida, es inmortalidad.

Repitámoslo: no hay escuelas literarias en México; los que se aplican el extraño calificativo de *ecléctícos* no militan bajo bandera determinada, ni constituyen núcleo, ni apellidan jefatura ninguna; miden los quilates de la belleza literaria por su sentido individual, según la impresión que les causa ó la percepción que les sugiere la lectura del libro. Y ésta no es, ni puede ser escuela. Si valiera un neologismo, más que otro, les sentaría el calificativo de *auto-estetas,* porque sus apreciaciones en materias literarias se gobiernan por el sentir de su propio yo.

En la necesidad de que este cuadro no rompa con

toda idea de orden, seguiremos el que impone el propio organismo de la literatura, el de los géneros en que está dividida.

LA POÉTICA

Primogénita de la literatura, la poesía, de pleno derecho tócale figurar en primer término.

Envaneciéramonos de todo como de tener poetas, y fuéramos, no sólo á manera de Ática americana, sino cabeza del mundo culto. Sin más que en la numerosa falange de literatos que han aspirado á ceñir la siempre verde corona apolínica debe hacerse discreta y precavida selección. Dotada el habla castellana de incomparable adaptación para la poesía, no es raro que, sin nociones prosódicas ni de métrica, haya quienes versifiquen con número y medida, completada la ilusión con cl prestigioso consonante, y apenas si se contará entre los que recibieron alguna educación literaria, quien no hubiera hecho versos en la dorada edad juvenil; versos, sí, *verba et voces pretereaque nihil.* Mas no estriba en el arte de versificar el ser poeta; radica en más alta potencia, en más singular disposición. «Estos ciegos, según la expresión con que Anatolio France ha amplificado el antiguo *Vates* (adivino), que ven lo que no perciben los otros mortales,» no brotan como nidada de codornices: son *rara avis,* provistos de facultades privativas, tal cual

se requiere, ora para remontarse á las idealidades psíquicas y revelar en lenguaje humano y bajo formas sensibles lo abstracto é incorpóreo, ora para abismarse en las hondas simas de la conciencia y sacar del fondo la perla ó el cieno, que todo eso yace confundido en los arcanos de nuestra esencia, ora para interpretar las voces de la naturaleza en su sentido íntimo, no de todos penetrado. Esto es ser poeta.

Los tenemos, sí; no todos rayanos á la misma altura, que no todas las abejas del Himeto brillan con el mismo oro, ni liban de la misma rosa: pero sí todos dignos de competir con los que en otros pueblos cultos alcanzan el renombre de poetas.

LÍRICA

El soplo de la inspiración tiene sus gradaciones y hasta sus géneros; pero es, sin duda, en la lírica en la que vuela con mayor libertad. Todas las modulaciones del sentimiento, todas las expresiones de la emoción, las formas todas de lo que el humano espíritu concibe, hallan en la lírica su mejor intérprete, recorriendo sin trabas ni atajadizos, desde el huracán horrísono y desenfrenado, engendro de la pasión febril, hasta el doliente quejido y el suspiro tenue en que se exhalan el dolor, el arrobamiento y la ternura Por eso en la lírica es en la que más genuinamente se revela el genio y el temperamento del poeta.

Tres notables líricos abren la historia de nuestra literatura nacional: D. Andrés Quintana Roo, don Francisco Ortega y D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle. Educados bajo la autoridad de los preceptos del clasicismo, el estro de los tres vates no flamea, sin embargo, con igual fulgor. Son tres personalidades muy distintamente marcadas. Ofrece el primero este singular contraste: la prosa en que escribió los artículos de *El Ilustrador Americano,* órgano de la insurgencia, como ya en otro lugar queda dicho, y aquella su celebrada proclama, intitulada *Aniversario,* improvisada casi bajo los disparos de las huestes realistas, son como lava incandecida al fuego del entusiasmo; en tanto que su oda patriótica, *Al 16 de Septiembre,* en que se aparejan la elevación de estilo y la corrección de forma, suena majestuosa, es verdad, mas sin los arranques y desbordamientos que aquellas producciones del insigne patricio prometían, no pareciendo sino que, al pulsar la lira, cobraban sobre él todo su imperio las frías y severas reglas del arte.

El segundo, por el contrario, se abandona más á sí mismo, deja libre expansión al sentimiento que le domina, y cuando la ira estremece su plectro, va hasta la increpación, hasta el denuesto y el ultraje, como es de verse en sus silvas *Á Iturbide, en su coronación.*

No así Sánchez de Tagle, que difiere de los dos por el temple de su musa, dulce y apacible, nunca

apasionada ni violenta, ni con aficiones á lo trágico y heroico, siquiera cante: *Á la entrada del ejército trigarante* ó *La derrota de Barradas.*

Son nuestros tres bardos legítimo ornamento de la historia de México, en la que vivirán incólumes como patrones del más alto civismo y de las más nobles virtudes privadas.

La nueva nación que, como la Palas helénica, brotara al golpe tremebundo del hacha de la guerra, á los inefables goces de la libertad, fecundada con la sangre de sus héroes, savia generosa que le promete vida intensa é inacabable, no es ya suelo estéril al cultivo de las letras y del arte; que esta doble manifestación de la humana intelectualidad es signo característico de nacional autonomía.

La lírica corre ya franca y confiada, sin miedo á tiránicas compresiones, que ella sabrá quebrantar ó estigmatizar de su propio valer.

Surge una pléyade de líricos en que descuellan D. José Gómez de la Cortina, D. José Joaquín Pesado, D. Manuel Carpio, D. Manuel Eduardo de Goroztiza, el padre Miguel Jerónimo Martínez, D. José Sebastián Segura, D. Alejandro Arango y Escandón y D. Ramón Alcaraz. Gómez de la Cortina se hace notar por la corrección del habla, más que por el vuelo del estro; Pesado bebe sus mejores inspiraciones en la literatura hebrea, y en su arpa resuenan los cánticos bíblicos de mano maestra interpretados, según de ello

dan victorioso testimonio sus paráfrasis de los Salmos y su poema *Jerusalén;* por la fluidez, la elegancia y la profundidad del pensamiento con que acierta á desarrollar el motivo que los inspira, sus sonetos bien pueden competir con lo mejor que en tan difícil género ha producido la Euterpe castellana. Desigual y poco espontáneo es Carpio, gran amigo y correligionario de Pesado, á quien aspira á emular en los asuntos bíblicos y en la poesía descriptiva, sin que logre alcanzarlo, ni por la inspiración, ni por el gusto literario, dotes en que Pesado le es con mucho superior. Las obras poéticas de cada uno han proporcionado caudal para sendos tomos, y hay la particularidad de que, con ser inferior Carpio á Pesado, gane á éste en fama popular. Á hablar con propiedad, Goroztiza carece de títulos para figurar en la lírica; fué en ella su producción débil y por extremo escasa, y es en otro género en el que culmina con brillo singular.

Poeta místico de primer orden es el padre Martínez, á quien, así como á Gutierre Cetina, bastó un solo madrigal para hacer su nombre imperecedero; los sonetos *Jesucristo* y *La Poda* lo levantan á la cumbre del Parnaso. Segura, con tendencias místicas muy análogas, queda á la zaga del ilustre canónigo. Arango y Escandón, y Alcaraz, contrapuestos en ideales políticos, éste liberal y conservador aquél, coinciden en gustos y aspiraciones líricas, sin que por eso lleguen á igualarse: hay en Alcaraz más elevado

sentimiento poético, mayor caudal de letras en Arango y Escandón.

Todo este grupo pertenece á lo que hoy se llamaría la vieja escuela. En la época en que se dieron á conocer, el romanticismo apenas comenzaba á infil-



D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle

trarse en nuestra literatura, en la que estaba llamado á hacerse sentir con no menor intensidad de la que alcanzó en Europa. Este mismo grupo, reforzado con el concurso de otros distinguidos literatos, fundó la Academia de San Juan de Letrán, primer centro importante de cultura literaria organizado en la República.

Comprendiendo esta reseña el desenvolvimiento

nacional de las letras, no hemos de abrir capítulo aparte para cada uno de los campos en que ese desenvolvimiento se ha operado; de hacerlo, quebrantaríamos la unidad del asunto, parecería como si quisiéramos atribuir carácter típico á las manifestaciones literarias de Jalisco y de Yucatán, sin desconocer el hecho de que en uno y otro aquéllas se produjeron de modo espontáneo y con entera independencia de la capital. Así, pues, el sincronismo de la evolución literaria nacional nos obliga á saltar de uno á otro de tales centros, sin que ello importe en el fondo solución de continuidad.

Tiénese á D. Pablo Moreno por el iniciador del movimiento literario en Yucatán, y á él se deben, sin duda, las primeras enseñanzas de los yucatecos en el cultivo de las letras. Mas su influencia no se traduce por lo que llegara á producir, que si algo produjo se quedó perdido, sino por la doctrina que como maestro difundió, tocando á él propagar los principios que la filosofía del siglo XVIII dejó en gloriosa herencia á la centuria que acaba de agonizar.

Antes de que la literatura tuviera en Yucatán maestro y fundador, ya se marcaban las aficiones literarias, y no de modo baladí, sino por producciones dignas de llamar la atención de la gente letrada.

Rompen la marcha en el desfile de los líricos peninsulares, D. Wenceslao Alpuche y D. Mariano Trujillo. Fogoso hasta la impetuosidad el primero, y

quizás por eso poco coercible dentro de las reglas del arte; reposado é incontestablemente menos incorrecto el segundo, quien nunca intentó salir de las fronteras de la lírica, empleando su no desacorde estro en asuntos ya religiosos, ya festivos, en tanto que Alpuche se atrevió á mayores, que llegó á ensayar su aliento en la homérica trompa, no muy acertadamente, dígase en justicia.

De la producción de Trujillo dentro de poco se habría perdido toda memoria en Yucatán mismo; la editada de Alpuche enciérrase en volumen de poco bulto, del que el distinguido biógrafo D. Francisco Sosa entresacó las composiciones que juzgó de más valer para insertarlas en el *Ensayo Biográfico Crítico,* con que ha honrado la memoria del bardo su conterráneo.

Hablaremos ahora de la génesis y desarrollo de la literatura en Jalisco, considerada en su punto de vista individual y en su conexión con la nacional, de que es parte integrante.

Natural ha sido que la producción de toda índole de la antigua Nueva Galicia se diera á conocer más fácilmente en la capital que la yucateca, por simple razón de geografía, como que Jalisco se halla en inmediato contacto con aquélla, en tanto que Yucatán ha continuado viviendo con el resto del país en la misma condición de la época del dominio de España. Nuestra península oriental sigue haciendo el papel de

colonia insular mexicana, con lo que no hay que decir que sus relaciones con el centro y los otros Estados no son más íntimas que las que se cultivaran entre pueblos puramente vecinos, mas no ligados por identidad de intereses.

Nido de águilas la simpática Guadalajara, sus pensadores no han tenido necesidad de cansar el vuelo para venir á posarse en las alturas de la capital, que con sólo serlo, basta á dar notoriedad á todo lo que en ella por cualquier concepto se distingue. Padre de las letras jalisciences fuélo de pleno é indiscutible derecho el conspicuo varón D. Francisco Severo Maldonado, quien dió su verbo á la insurrección de Dolores en el justamente titulado *El Despertador Americano,* primer órgano de publicidad periódica al servicio de la causa de la independencia, y ave fénix de cuyas cenizas brotó, días más tarde, *El Ilustrador Americano,* ya arriba mencionado. Comparte con Maldonado el honor de la prioridad literaria jalisciense D. Judas Tadeo Ortiz, dotado de señaladas aficiones á los estudios sociológicos, en los que, al decir del ya notable joven literato D. Victoriano Salado Álvarez, á cuyo ilustrado dictamen nos atenemos, aventajó al ilustre guanajuatense Dr. D. José María Luis Mora.

Empero, Maldonado y Ortiz deben ser considerados como los precursores de la era de las letras en Jalisco, que el doble título de fundador y maestro lo reivindica el preclaro y eminente reverendo padre

carmelita fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera, quien, á modo de aquellos ingenios tutelares del Renacimiento, así cultivó letras y artes como las enseñó y propagó con amor singularísimo.

Durante el período transcurrido de 1834 á 1856, en que este gran pensador ejerció su luminosa influencia en Jalisco y en todo en Occidente, su modesta celda radiaba como santuario consagrado al culto de Palas Atenea, adonde acudían á abrevarse en las doctrinas del gayo saber y de las gayas artes, y aun de las complexas ciencias políticas, pintores y músicos, poetas y prosadores, estadistas, oradores y periodistas; de todo entendía el disertísimo fraile, y puede asegurarse que no hay ramo del humano saber que no haya cultivado con acierto ejemplar. Gloriosa fué la misión del padre Nájera, y dan testimonio de su fecunda enseñanza nombres tan ilustres como los de Calderón, Cruz Aedo, Villaseñor, D. José María Vigil y otros, orgullo legítimo de las patrias letras (1).

Mientras así se desarrollaba la literatura en los

(1) Ponemos al padre Nájera como fundador y maestro de las letras de Jalisco, no por nacido en aquella región de la República, pues vió la luz en esta ciudad de México en 19 de mayo de 1803, en la cual hizo sus estudios, sino porque, ya cargado de saber, en la plenitud del desarrollo de sus altas facultades, fué á establecerse en Guadalajara, en desempeño del priorato del convento de su Orden, y allí fué donde derramó el caudal de su sabiduría en juveniles cerebros que no defraudaron los afanes y esperanzas de tan insigne maestro.

extremos Oriental y Occidental de la República, cobraba en el centro más amplios y empinados vuelos.

La agrupación lírica fundadora de la Academia Lateranense se enriquece con el concurso de poetas de lozana y ardorosa inspiración. Numerosa es esta nueva falange, mas, como en todas las manifestaciones de ingenio, unos cuantos son los llamados á culminar y ganar la palma del triunfo.

Aunque nó hijo de la tierra mexicana, de la que en sus ansias de libertad, astringidas en el suelo natal, la cautiva Cuba, hizo su patria de adopción, D. José María Heredia merece ser colocado á la cabeza de esta constelación de vates que brilla sin ocaso. Viril y levantada la inspiración, robusto y lleno de majestad el acento, sencilla hasta la nitidez la expresión de la idea, es Heredia como la encarnación de aquel dios que en la vieja teogonía preside y armoniza el movimiento de los astros. Fué lírico fecundo, produjo mucho y bueno; mas de sus producciones, una hay que, cual excelsa cumbre de elevada cordillera, á todas las sobrepuja: su canto al Niágara, que habrá de vivir mientras atruene el espacio la portentosa catarata.

D. Ignacio Rodríguez Galván es la personificación genuina del romántico mexicano. Ninguno de los poetas de su época vertió como él su alma con más espontaneidad de sus vigorosas estrofas. Su musa habitualmente sombría, siniestra á las veces, hace

resonar su lira con vibraciones terríficas. Nadie como él presintió las desgracias de la patria, y al increpar á los que gobernaban, toman sus versos toda la aterradora solemnidad de los trenos de Jeremías; y cuando vaticina lo porvenir, relampagueando de ira é indignación, pinta los infortunios que van á sobrevenir, y que, ¡ay!, en hora menguada sobrevinieron, cual si los estuviera presenciando, como si sus ojos de vidente poseyeran la dolorosa facultad de penetrar las tinieblas del futuro.

Rodríguez Galván goza del don de traducir sus ideas con claridad singular, sin sacrificar para nada el giro poético; hay en sus imágenes palpitante realismo; su estro es arrebatado, cual cuadraba á su temperamento nervioso, y es trueno y torrente y desatado huracán su acento, cuando su inspiración toca al paroxismo. ¡De cuánta promesa de gloria literaria nos defraudó su temprana muerte! ¡Qué no habría dado de sí aquel talento precoz en llegando á madurez! (1)

Hay que dar aquí lugar á D. Casimiro del Collado, que si español por nacimiento, nacionalidad que nunca quiso perder, no embargante el acendrado cariño que profesaba á esta tierra mexicana, en ella fué donde su bien inspirada musa produjo sus sazonados frutos. Es el temperamento contrapuesto al de

(1) Rodríguez Galván murió en la Habana, á la edad de veintiséis años.

Rodríguez Galván. Su estro plácido y sereno desconoció los arranques de la vehemencia, y fluían sus versos como mansa y diáfana corriente, que así deja percibir las arenas de oro en que se encauza, como refieja el cielo azul de una conciencia pura, nunca obscurecida por el torbo negror de las tempestades. Si la obra de Collado hubiera de ser afiliada en alguna escuela, seríalo sin vacilar en la clásica, de cuyos principios estaba empapado. Á no ser profundo cristiano, habría sido un estoico. Enteramente dueño de sí mismo, sus composiciones salían de primera mano tal como quería que fueran conocidas, con esa frescura y ese tono de dulzura que se advierte en las pinturas de los maestros por las que ha pasado ya la pátina del tiempo.

Fué también notabilísimo lírico D. Fernando Orozco y Berra, sin embargo de que fuera en otro género de letras en el que más sobresalió. Con diversa vocación de la de su hermano D. Manuel, son los dos como las dos caras de preciosa medalla. Ambos poseyendo talentos privilegiados, en tanto que éste los aplicaba á los estudios de historia, los de aquél, menos coercibles, obedeciendo á sus impulsos creadores, dábanse á las bellas letras, en las que no subió á menor altura que el sapientísimo hermano.

D. Luis Gonzaga Ortiz fué el romántico de la agrupación que venimos esbozando, cuya lira pagó mayor tributo al divino Eros. Anacreonte fué para él

el intérprete por excelencia del sentimiento poético; mas su sensual musa nunca atentó contra los inviolables fueros de la honestidad, semejando á la Arsinoe de Merejkowski, mitad pagana, mitad cristiana. Bien que tal moderación fuérale quizás impuesta por el medio en que floreció, en el que aun no llegaban á conocerse las obscenidades del naturalismo.

Valieran más de lo que valen los tesoros que guarda el suelo de Guanajuato, más que ellos pesa y vale su excelso poeta D. Juan Valle. Huérfano de la luz, huérfano de la escuela, huérfano de la fortuna y huérfano hasta del materno amor, esa cuádruple orfandad no impidió el desarrollo de su alta y creadora fantasía, que, ciego como fué, acertó á concebir y expresar la forma y coloración del mundo externo. «El poeta de la revolución» llamóle su ilustre biógrafo D. Francisco Zarco, que la gloriosa revolución de Ayutla, la más radical de nuestra historia, fué el inspirador numen de Valle, á cuyos ideales consagró sus mejores cantos. Y obtuvo el premio, cómo no; sufrió la innoble venganza de sus inmisericordiosos adversarios políticos, á quienes no alcanzó á aplacar ni el aislamiento, ni la pobreza, ni la ceguera misma del poeta sin ventura; que en las guerras civiles los hombres se tornan en implacables fieras.

Daremos el calificativo de poetas menores, no en el sentido clásico del concepto, quede entendido, á los que aun cuando no produjeron obra trascendente,

ni influyeron de modo notable en el desenvolvimiento literario, por haber pagado tributo á la madre Poesía, alguna vez con afortunado estro, tienen derecho á que se les recuerde. Larga es la lista, con todo y que en ella no entran á figurar cuantos han versificado en el diluvio de hojas impresas llovido de nuestras tipografías, sino únicamente aquellos que, no faltos de estudio ni de acierto, llegaron á producir obras, bien que no desdeñadas, no capaces de romper las penumbras de la mediocridad.

Este fenómeno de la muchedumbre de poetas, en la época de que tratamos, responde á una ley del tiempo: de una parte el sentimentalismo que domina en los pueblos jóvenes; de la otra, la escasa difusión de las ciencias positivas, cultivo reservado á un escaso número de personas, y luego, como complemento de esos coeficientes, los impulsos del romanticismo, que dió voz y autoridad á cada individuo para externar su propio sujeto en la simpática forma del verso, forma á la que se presta á maravilla nuestra harmoniosa lengua.

Á esta categoría pertenecen D. José María Lacunza, D. José María Lafragua, D. Félix María Escalante, D. Francisco Granados Maldonado, D. Francisco González Bocanegra, autor de nuestro himno nacional, D. Antonio Larrañaga, D. Agustín A. Franco, D. Juan Díaz Covarrubias y D. Manuel Mateos, promesa cegada en flor por las iras del odio

político (1), D. Manuel Tosiat Ferrer, D. Andrés Davis Bradburn, D. Marcos Arróniz, D. Joaquín María del Castillo y Lanzas, D. José González de la Torre, D. José María Rodríguez y Cos, y las poetisas doña Josefa Letechipía de González y D.ª Dolores Guerrero, hija de Durango ésta, y aquélla de Zacatecas.

Las publicaciones en que se dieron á conocer estos ingenios, y que influyeron poderosamente en la propagación y cultivo de la literatura en todo el país, fueron, aparte de las hojas de carácter político, las que, como en otra parte queda dicho, consagraban una sección á las bellas letras, los semanarios *El Amigo del Pueblo, La Minerva* y *El Recreo de las familias,* que deben ser considerados como los iniciadores del movimiento literario en la República, á los que sucedieron los de imperecedera fama *El Mosaico Mexicano, El Museo Mexicano, El Semanario de las Señoritas, El Presente Amistoso, El Liceo Mexicano* y *El Repertorio de Literatura,* en los que se emularon, con honra de la tipografía nacional, editores tan inteligentes como D. Ignacio Cumplido, D. Vicente García Torres, D. Mariano Lara y D. Ignacio Escalante.

(1) Díaz Covarrubias y Mateos sucumbieron á los veintiún años de edad el primero y á los veintitrés el otro, el 11 de abril de 1859. Estudiantes de Medicina, prestaban servicios humanitarios al cuerpo de ejército constitucionalista que mandaba D. Santos Degollado. Derrotado éste en Tacubaya, Díaz Covarrubias y Mateos cayeron prisioneros y fueron pasados por las armas.

Oblíganos la cronología á volver á Yucatán, donde la aparición de un hombre verdaderamente extraordinario funda y enseña el culto de lo bello con la autoridad de maestro indiscutido, autoridad que nadie impone, sino que se establece de sí misma, como se establece é impone todo lo que es superior. Fué este varón el doctor D. Justo Sierra, versadísimo humanista, diserto en todo linaje de conocimientos, jurisconsulto de nota, eminente publicista, novelador original, y sólo no fué poeta; es decir, no hizo versos, porque harto sabía, su recto juicio se lo habría dictado, que Apolo no adjudica el lauro á las mediocridades.

Entre todo lo mucho y excelente que fluyó de la inagotable vena del ilustre yucateco, dejó un monumento que por sí solo basta á justificar la universalidad y solidez de sus conocimientos: *El Fénix,* periódico poligráfico que publicó en la ciudad de Campeche, en el que pueden hallar sana y sabrosa enseñanza todos los apetitos de saber.

Débese al doctor Sierra la mayor iniciativa y el empeño no menor en la fundación de la Academia de Ciencias y Literatura de Mérida, instituto del que partió el esparcimiento fecundo de las Buenas Letras y de los estudios científicos por toda la esfera de influencia en que la capital de la península ha hecho sentir desde tiempo atrás su supremacía intelectual. El doctor Sierra presidió, impulsó y alentó

aquella nueva evolución, cuyas nobles tendencias no tuvo poder de estorbar el horror de la guerra de castas, de aterradora recordación. Bien que, dicho sea en honor de aquel pueblo peninsular, no ha habido contrariedad del orden social ó de la naturaleza á que no haya sabido sobreponerlo la inquebrantable tenacidad de su carácter y el inextinguible entusiasmo en que arde por ascender á las cimas del progreso humano.

Dió la Academia vida y aliento á talentos notabilísimos, que adquirieron notoriedad en los diversos ramos del saber. Ahora nos limitaremos á hablar de los poetas líricos, género en el que llevaron la palma don Vicente Calero Quintana, D. José Antonio Cisneros, D. Pedro Ildefonso Pérez, D. Ramón Aldana y D. Wenceslao Rivas, en Mérida, y en Campeche D. Miguel Duque de Estrada-Leclerc y D. Luis Aznar.

Calero Quintana adquirió renombre más merecidamente como prosador que como lírico, género en el cual produjo poco, mas ese poco puro y correcto, cual cumplía á quien como él hizo del estudio asunto de seria ocupación, gobernado por un criterio exento de falaces influencias ó de opiniones preconcebidas. Fué grande amigo del doctor Sierra, cuyas doctrinas respetaba como cánones. Su inspiración no rompió ningún dique, y se distinguió por lo sencilla y discreta.

El estro de Cisneros es el del hondo pensador que se acoge á las gracias de la musa para dar atractivo y encanto á las sugestiones de la razón. Poeta esencialmente reflexivo, no obedeció á los geniales arranques del romanticismo, y hay que emparentarlo con Jorge Manrique ó con el autor de la *Epístola Moral.*

Espíritu inventivo, bajo el título de *Quimeras* trató de crear una forma de poemitas, contrapuestos á las *Doloras* del inmortal Campoamor. Cisneros daba ó pretendía dar en ellos, á todas las evoluciones del ente humano y á todos los accidentes de la vida, explicaciones, no cabe decir soluciones, optimistas, á las veces empapadas de ternísima piedad. Esta invención no ganó favor, y no que pecara por el concepto, ni por la tendencia, sino por las circunstancias que presidieron á su aparición. Su horóscopo fué impropicio: nació cuando Yucatán era presa de la guerra civil más desatentada; lo que allí se producía en letras no resonaba más acá del Grijalva. Las *Quimeras* hubieron, pues, de morir en grumo.

El maestro, que alcanzó á serlo á su turno, cuando ya el doctor Sierra había abandonado cátedra y liza, llegó á ejercitarse en la sátira, y pluguiera á Dios que nunca tal hiciera, que en ella se mostró cruel, despiadado, sin misericordia. Su envenenado aguijón rasgaba las carnes y se clavaba en los huesos. Cabe una atenuante: su sátira fué erupción de desahogos

personales. Perverso animal, se defendía cuando era atacado.

Maestro fué Cisneros, y fuélo por adivinación de su ingenio, según los procedimientos modernos: quería que cada inteligencia se desarrollara por el esfuerzo propio; buscaba, ó, mejor dicho, provocaba las manifestaciones espontáneas del talento, y el estudio era para él, más que asunto de reglas y doctrinas, de puro estímulo. Su influencia sobre la juventud que le rodeó fué sana y provechosa, y no hay que imputarle á mal acierto el que algunos defraudáramos sus esperanzas.

Don Pedro Ildefonso Pérez, Pílades de su Orestes Cisneros, en no corto período de su vida, en las luchas por los ideales contra la ignorancia y la protervia, gozó de la merecida reputación de altísimo poeta. En su lira de infinitas cuerdas hallaron interpretación todos los afectos, y siempre ganaron sus cantos corona de aplausos. Era portentosa su facilidad para la metrificación; parecía como si pensara y sintiera en verso, y vaya que su pensar era elevado y noble, y bueno y generoso su sentir. Su verso brotaba terso, sonoro y acabado, y así se dilataba en el majestuoso alejandrino como suspiraba en el tierno sáfico. Tirteico en la oda cívica, herreriano en la elegía, en el ditirambo impetuoso, melifluo en la canción erótica, gracioso y ligero en la poesía humorística, no hay una sola de sus composiciones que no

revele al poeta en la más genuina y aquilatada expresión del significado. Por lo numeroso, lo pictórico y musical de sus versos, quisieron darlo por feliz imitador de Zorrilla, á lo que contribuyó, no cabe duda, el don de lectura que poseyó en alto grado; mas tal supuesto no pasó de una ligereza, puesto que Pérez tuvo una fisonomía, una forma, un estilo enteramente suyos.

En D. Ramón Aldana predominaron las aficiones al estudio de los clásicos del siglo de oro de la poesía española, del que sus innegables talentos supieron sacar partido. Su musa siempre voló por lo alto; jamás rastreó ni se entretuvo en asuntos pueriles. Cultivó el soneto con singular fortuna, fué solemne y sentencioso en la oda, y en el romance admirable de sencillez y donosura.

Don Wenceslao Rivas hizo pacto de por vida con el romanticismo. Taciturno, retraído, casi huraño, los pies sirviéronle para mantener su cabeza por los aires de la fantasía. Dulce y melancólico, sus versos revelan su estado psíquico, en el que predominó un desdén infinito por las cosas del mundo.

Don Miguel Duque de Estrada-Leclerc fué poeta de valiente inspiración, y en su elegía: *Ante el cadáver de D. Luis Aznar,* hay octavas de mano maestra, rayando en lo sublime en alguna de ellas.

Don Luis Aznar no tuvo dominio sobre la fogosidad de su estro. Dotado de riquísima fantasía, dejóse

arrebatar de ella, y la vida no le dió tiempo, que murió asaz joven, para gobernar sus arranques y sazonar con el estudio las bellas dotes con que le favoreció la naturaleza.

Este grupo de líricos peninsulares tuvo por principales órganos las revistas literarias *El Museo Yucateco, El Registro Yucateco* y *El Pensamiento*, los dos primeros publicados bajo la dirección del doctor Sierra, que fué también el más fecundo de sus colaboradores.

Los Polares abrían en Jalisco una gloriosa era literaria. Fueron con aquel mote designados del nombre de la sociedad político-literaria *La Estrella Polar,* fundada por lo más florido é inteligente de la juventud de Guadalajara.

Sus redactores estaban afiliados, en política, en el partido liberal avanzado ó radical, y en literatura obedecían á los impulsos del más exagerado romanticismo.

La figura más culminante de aquella pléyade fuélo D. Fernando Calderón, no digamos como lírico, que por ese lado no ganó mayores palmas, como que no hizo otra cosa que imitar á Espronceda, tarea bien difícil para quien no había recibido de la naturaleza las poderosas alas del gran poeta extremeño.

En otro lugar de las Bellas Letras es en el que Calderón ocupa el puesto de honor.

No fué extraño á la benéfica influencia que en Le-

tras y Arte ejerció el maestro Nájera, á quien ya hemos consagrado meritísima mención, y no en *La Estrella Polar,* sino en publicación posterior, fué en la que hubo de dar sus mayores frutos la enseñanza del benemérito fraile.

Queremos aludir á *La Aurora poética de Jalisco,* que reivindicó para Guadalajara timbres de imperecedera resonancia. Sol de aquella *Aurora* fué la insigne poetisa D.ª Isabel Ángela Prieto de Landázuri, cuyos talentos y saber rayaban en fenomenales, y á quien, si hubiéramos de darle un epíteto, llamaríamosla la Undécima Musa, para no privar del que se ha adjudicado á la excelsa monja Sor Juana Inés.

Su lírica, inspirada en el más puro idealismo, tiene todo el encanto, todo el hechizo de la frescura consonada con la sonoridad y melodía del ritmo. En la composición de la poetisa, á la elevación de la idea van siempre unidas la delicadeza del sentimiento, lo hondo de la emoción y la ingenuidad en el modo de manifestarlos. Su poesía es la de su noble sexo; es decir, dos veces poesía.

Y no sólo como lírica cabe admirarla, que también en otro género sobresalió, como adelante lo veremos.

Don Miguel Cruz Aedo, espíritu levantado hasta el heroísmo, canta á los más soberanos ideales humanos, y su espada sanciona lo que su pluma escribe. Poeta y guerrero, Apolo y Palas ciñeron con doble lauro sus ardorosas sienes, y de seguro habría

dado más opimos frutos á haber podido substraerse algún tiempo á su caballeresco y acendrado entusiasmo por la realización de las grandes promesas de Ayutla y la Reforma. Fué por eso su poesía más bien explosión de sus aspiraciones de liberal, que meditado fruto de estudios literarios.



D. Wenceslao Alpuche

Á no corta distancia de Cruz Aedo siguióle el ilustre vencedor de San Pedro de Culiacán, D. Antonio Rosales. No desdeñó á las musas este afortunado hijo de Marte, y si bien de su labor poética no nos queda, ó más bien dicho, no tengamos á la mano ningún documento, entre los hombres de letras de su época dejó no despreciable reputación.

Don Epitacio J. de los Ríos fué otro poeta jalis-

ciense, más notable por su fecundidad que por el mérito de su producción.

Extraordinariamente fecundo fué D. Aurelio Luis Gallardo, cuya tormentosa vida diera asunto á interesantísima novela. Romántico de credo literario y en todo su modo de ser, cuanto compuso en verso ó prosa fué revelación de su vida íntima, ó, cuando menos, de concepciones que, á tener poder para ello, habría realizado. Hubiera deseado ser, ya que no otra encarnación de Byron, la de su héroe *Don Juan.*

Sus composiciones líricas llenan cuatro tomos nada diminutos: *Sueños y Sombras, Nubes y Estrellas*, *Leyendas y Romances,* aquellos dos editados en Guadalajara y éste en San Francisco de California, donde también dió á la estampa el cuarto, bajo el título de *Leyendas íntimas.*

Cerramos con Gallardo el segundo ciclo del desenvolvimiento literario en Jalisco, que dejó como monumentos, aparte de las revistas ya mencionadas, *El Ensayo Literario,* que fué enriquecida con producciones de poetas y literatos de la capital, en donde continuó reinando por algún tiempo la espesa noche en que la envolviera la ocupación del vencedor ejército norteamericano.

El torvo destino que nos cupo, fruto fatal de nuestros propios errores y extravíos, en el conflicto con la vecina del Norte, mal podía dejar tras de sí gérmenes de inspiración poética. Nuestras derrotas

en los campos de batalla engendraron el más profundo abatimiento moral en nuestros espíritus, y tan amarga lección se proyectó como sombra verecundiosa en nuestras almas.

Es la experiencia para los pueblos simiente fructífera que de sí misma y por latente crecimiento se va desarrollando. Nuestros desastres del 46 y 47 despertaron el sentimiento de vida nacional, y por movimiento reflejo se concausaron con otros fenómenos sociológicos, llamados á operar nuestra transformación política.

Cuatro egregios líricos, cuatro cúspides de nuestro Parnaso, emergen en este período histórico: don Guillermo Prieto, D. Ignacio Ramírez, D. Ignacio Manuel Altamirano y D. Vicente Riva Palacio, los más poderosos impulsores y reguladores de nuestra evolución literaria.

Prieto, el rey de nuestra lírica, eslo en toda la amplitud del concepto: lírico en la poética, lírico en el periodismo, lírico en la tribuna parlamentaria, lírico como *viajista*, como historiógrafo y hasta como hacendista y maestro de Economía Política. Jamás en hombre nacido la imaginación superó como en él á las demás facultades del espíritu. De ahí sus grandes errores de hombre práctico.

La naturaleza humana ofrece estas anomalías: no se es grande por un concepto ó atributo sin aparecer pequeño por otros. ¿Y cuál fué el hombre extraordi-

nario que no llevara en sí algún achaque de incurable flaqueza?

De este molde fué Prieto, lo que no impide que sea ornamento y gloria de la literatura nacional.

No vamos á biografiarlo: de ello no es ésta ocasión ni lugar. Una de las más grandes figuras de la política mexicana, su vida abarca un período histórico de medio siglo, durante el cual giró como un astro, ya en plena luz, en eclipse á las veces, por los espacios de nuestra historia contemporánea, en cuyas tempestades anduvo envuelto, y en cuyos triunfos cúpole parte no corta.

Honrado, sencillo, enemigo de la ostentación, radicalmente demócrata, republicano neto y sin recortes, liberal revolucionario, con exaltaciones, no con crueldades, de jacobino, patriota sin miedo, sacerdote del progreso, soñador hasta la utopía, tal fué Prieto en política. Puro y sin mancha en el manejo de los intereses públicos, por entre sus manos pasó todo el Pactolo de la desamortización sin que se le pegara un grano de oro. Vivió pobre y no murió rico.

Integer vitæ scelerisque purus. ¿Y como poeta? ¡Ah! ¡qué altísimo, qué soberano poeta fué Prieto *el Divino!*

Hubiera regido con mano maestra el carro de Apolo y paseádolo triunfalmente por los cielos de la poesía.

Fácil en todos los géneros que cultivó; rotundo,



D. Guillermo Prieto

Lírico insigne

grandioso, soberbio en el elevado; sencillo, gracioso, festivo en el ligero; su numen vomita llamas como el volcán, lanza rayos como la tempestad, como el huracán arrolla, escupe al cielo como el mar en ira, si canta la oda heroica; gime, solloza, desespera, aúlla adolorido en la elegía; suspira, se enternece, delira en el idilio; corre, bulle, salta, juguetea, ríe á carcajada en la poesía popular, que en él todo es vida y movimiento, animación y poético entusiasmo; sol ó lucero, altura ó valle, ya océano, ya río, ya arroyuelo ó cascada, ya torrente, callado manantial ó tenue rocío; ahora hierbecilla ó florido rosal, laurel que triunfa ú olivo que solaza, mustio sauce ó regia empenachada palmera. Todo eso es Prieto.

Quien dude, léalo y diga si hay en estas líneas ponderación desmedida. Sin hiperbolizar, Prieto es el poeta mexicano por excelencia, y la presente generación, como la que le sucederá y las que la sigan, le recordarán con amor, no podrán olvidar á aquel *Fidel,* seudónimo de que usó principalmente en su incomparable *Musa Callejera,* en tanto que en esta tierra se hable castellano (1).

(1) Ignoramos por qué causa la familia de D. Guillermo Prieto no provee á la edición de las obras del inmortal poeta. Si es por escasez de recursos, no ha de faltar editor que realice la empresa, y faltando, ya que no la Academia Mexicana (Prieto, como Pirón, no fué académico), el Gobierno subvendría á la publicación, como que se trata de una gloria nacional.

¡Ecce Magister! Y maestro no como quiera, sino como aquellos grandes fanales del espíritu humano que aun orientan su marcha; como Sócrates, como Platón y Aristóteles.

Don Ignacio Ramírez es condensación y suma del saber en ciencias morales y en arte: profundo y sagaz pensador, no se queda en su tiempo, penetra en lo venidero, anticipa conocimientos todavía no revelados, y viene á ser así el precursor de verdades que aun no concluían su etapa.

Empapado en el estudio de los clásicos españoles, su poesía es substanciosa, honda en la intención, acabada en la forma, delicada y espontánea, y en ella se retrata su espíritu sereno, alto, inquebrantable, capaz de hacer cara firme á las amenazas de la adversidad, como cara desdeñosa á las seducciones de la fortuna. Es un mar hondísimo, reflejando un altísimo cielo; profundidad arriba, profundidad abajo.

Eran sus pláticas llanas y familiares, inexhausto venero, inagotable tesoro de enseñanza. De sus labios, carcax de dardos, partían, entre sonrisa y sonrisa, la sátira, la ironía y el sarcasmo, con tal gracia y acierto empleados, que mataban sin ruido usurpadas reputaciones y falsas glorias. Fué temido, sin ser odiado, y si alguien hubiera pretendido que sus epigramas eran engendro de un corazón malsano, contra tal supuesto habría protestado aquella impasibilidad de su broncíneo rostro.

Díjose de él, y él se lo dejó decir, que era ateo, cuando habría sido capaz de inmolar otro gallo á Esculapio y aun alguna doncella á Pan. Semejante vulgaridad cae de sí misma, que él amó lo bello, rindió culto á los ideales y practicó la virtud.

El Nigromante, seudónimo bajo el cual ocultó su nombre á los comienzos de su vida literaria, andando el tiempo vino á ser su sinonimia, y es probable que haya en el país quien no le conozca por otro nombre.

Nadie como D. Ignacio M. Altamirano llegó á ejercer tanta ni más duradera influencia en la literatura nacional. Pruébalo el hecho de que, no sólo la generación que él educó, sino las que la han sucedido, le veneran bajo el epíteto de *el Maestro*, título que todo el mundo le reconoce.

Altamirano, que era ya un nombre bien conocido, casi una celebridad, cuando sobrevino la guerra llamada de Intervención, al glorioso término de ella fué á quien cupo presidir la restauración é impulsar el movimiento de las letras patrias, alzándolas á su más alto culmen y apogeo.

La nación, la República, tras rudo y prolongado batallar, tornaba, victoriosa y rescatada, á asentarse en la vieja capital de los aztecas, y no bastándole los mil y mil lauros que había arrancado á la victoria, mostrábase ansiosa de ceñir también á su frente los de la excelsa Virgen, madre del pensamiento.

Altamirano, consciente de su poder, se hizo el intérprete y realizador de esa aspiración. Y, cosa al parecer singular, este demócrata intransigente, este exaltado, este revolucionario que ganó de sus adversarios políticos el mote de demagogo, fué en literatura un organizador, un fiel observante de los cánones del docto saber, un clásico, para no decir más, en lo que la palabra tiene de aceptable. Volvía Altamirano de los campamentos, adonde lo llevaran sus alientos de patriota, henchido el corazón de generoso entusiasmo, y la cabeza, aquella cabeza coronada de espesos, lacios é incultos cabellos, como Olimpo de ideas, que se anunciaban en el vívido relampagueo de su mirada y exteriorizaba una dicción fácil, abundante, sonora, templada en todos los matices de la gama, meliflua en la plática, en la cátedra ó en la lectura, arrebatada y tormentosa en la oración tribunicia.

Dió espacio á los impulsos de Altamirano la iniciativa de D. Luis Gonzaga Ortiz para la inauguración de las *Veladas literarias*, verdadero Ateneo en que, bajo el modesto nombre de *tertulias*, se congregaban de tarde en tarde los poetas y literatos más distinguidos y los jóvenes que se ensayaban en las bellas letras, de los que no pocos llegaron á conquistar universal aplauso.

Puede decirse que las *Veladas* contuvieron en germen la revista *El Renacimiento*, que apareció

en 1869, y en la que brillaron en todo su esplendor los mayores ingenios de la época, y recibieron su bautizo de gloria jóvenes meritísimos de los que ya no pocos pagaron el último tributo á la madre tierra, y otros aun viven, circuída la frente del lauro inmortal.



D. Ignacio Rodríguez Galván

La labor de Altamirano fué continuada, y por ende, copiosa, y constituye uno de los más preciados florones de nuestra literatura. Su lírica se marca por la sencillez, la naturalidad y la galanura del estilo, por la pureza de la dicción, el fino aticismo en la forma, y la frescura de la inspiración; quedó esparcida como lluvia de flores de inextinguible perfume en las diversas publicaciones en que tomó parte, ora como director, ora colaborando, y de ella una

buena porción se halla coleccionada en su libro intitulado *Rimas*.

Don Vicente Riva Palacio, *el General*, sinécdoque con la cual llegó á ser designado en la república de las letras matritenses, fué otro de los ingenios más fecundos de que puede enorgullecerse la patria mexicana. Él, como Altamirano, fué abogado, y como él sólo hizo de su profesión título honorífico. Nos atrevemos á pensar que tomaron el título para no ser condenados al limbo de los *bohemios*, en una época en que ser poeta ó literato era punto menos que sinónimo de holgazán ó de hombre inútil. Era que para los ímpetus de su fantasía, de su potencia creadora, habría sido intolerable tortura quedar aprisionados dentro del formulismo de la Curia ó los rigores de la dialéctica forense.

Espíritu vasto y dotado de admirable facultad de adaptación á todo lo que cae bajo los dominios de la intelectualidad, Riva Palacio aplicó con feliz acierto sus talentos á materias de varia índole, ya en ciencias, bien en letras ó en arte, y siempre salió airoso, cuando no aplaudido en lo que emprendió.

Ardoroso partidario de los principios de la civili zación moderna, se coligó bajo los estandartes del liberalismo radical, sabiendo mantener esos principios en todas las lizas: en el periodismo, en la tribuna, en las batallas, que tal como manejaba la pluma, esgrimía la espada. Era el Caballero de la Libertad,

cuya vela de armas había hecho en su cuna misma. Es sabido que por sus venas corría sangre del Mártir de Cuilapan, con lo que huelga agregar si fué patriota, y como patriota y como liberal nunca se dió á partido, que siempre sostuvo valeroso la integridad de sus convicciones cívicas. Si bien la fortuna le sonrió por todos lados, justo es decir que supo ganarse sus favores.

La lírica de Riva Palacio no fué abundante, pero en cambio delicada, exquisita, deleitosa. *Páginas en verso* es el título de un pequeño tomo de sus poesías, y el de *Apólogos y Cantares,* otro no mayor que contiene lo que dió á luz bajo el seudónimo de «Rosa Espino», que logró hacer pasar como respondiendo al nombre de una poetisa real y efectiva; tal fué el arte con que acertó en esa producción á interpretar los sentimientos de delicadeza y ternura femeniles.

Riva Palacio consagró la mejor parte de su vida á labores literarias, de las que dejó monumentos de toda especie, como aun habrá ocasión de consignarlo en estas páginas.

En Yucatán, adonde el plan que venimos siguiendo oblíganos á volver la vista, después de la muerte de la revista *El Pensamiento,* sobrevino en las letras perezosa somnolencia, que un grupo de entusiastas jóvenes trató de sacudir, acogiéndose á la magistral dirección de D. José Antonio Cisneros, D. Fabián Carrillo y D. Pedro Ildefonso Pérez. Desgraciada-

mente, el entusiasmo no basta á realizar por sí solo los prodigios reservados al ingenio, y la empresa de aquellos muchachos fué punto menos que un aborto. Señales de aquel movimiento, que no pasó de conato, fueron las revistas que llamaremos literarias *La Guirnalda, El Álbum Yucateco* y *El Repertorio Pintoresco,* en cuyas páginas, exceptuando lo que para ellas compusieron los directores y D. Ramón Aldana, don Juan Antonio Esquivel, D. Eligio Ancona y D. Pedro de Regil y Peón, lo demás acusa menos que apitudes literarias, un noble esfuerzo para alcanzarlas. Mientras en Mérida se operaba este intento, en Campeche otra falange de entusiastas fundaba la revista *El Campechano,* en la que hicieron sus primeras armas jóvenes talentos que al correr del tiempo vendrían á ser figuras de primer orden en la política.

Dos poetas se revelaron en *El Campechano:* don Pablo J. Araos y D. Joaquín Blengio. El primero, que del anagrama de su apellido hizo el seudónimo «A. Rosa», con el que signó sus producciones líricas, se dió á los cantares populares y al humorismo, en los que fué y ha de seguir siendo justamente celebrado por la ingenua gracia de su estro. El segundo, que aspiró al Parnaso ya en virilidad plena, no cultivó la poesía en otra forma que en la del soneto, como si las dificultades del compendioso poema desafiaran su temperamento fogoso y tesonero.

Su grande amigo D. Joaquín Baranda dió á la

estampa una selecta colección de los sonetos de Blengio, con un erudito y galano estudio sobre ese género de composiciones, que el distinguido estadista puso á guisa de prólogo en cabeza del volumen.

El esfuerzo de la juventud de Mérida y de Campeche halló correspondencia en la capital de Tabasco, donde un devoto de las letras, un humilde artesano á quien sus empeñosas aficiones al estudio lo levantaron á la altura de poeta lírico, y luego á puestos públicos no desdeñables, D. León Alejo Torre, bajo la dirección de D. Límbano Correa, poeta y literato de no escaso fuste, fundó la revista *La Abeja*, en la cual tuvo por aplaudido colaborador á D. Justo F. Santa-Anna, poeta, periodista y patriota esclarecido, que vivirá sin tasa en el corazón de sus paisanos.

Aun cuando Veracruz no puede ser estimado como un foco aparte de cultura, por el motivo que nos determinó á considerar separadamente á Yucatán y á Jalisco, hay que saber que la literatura tuvo allí vida y desarrollo propios. Sobresalieron en la lírica con empuje y originalidad características, los hermanos don Mariano y D. José María Esteva, á quienes somos deudores de ensayos felicísimos de poesía regional, netamente mexicana, y D. Manuel Díaz Mirón, de altísimo numen, entonación vigorosísima y admirablemente harmoniosa. En el alejandrino compitió con el yucateco D. Pedro Ildefonso Pérez, y sus endeca-

sílabos son rotundos y acabados. Este esclarecido poeta parece como que burló la ley del perecimiento, pues una continuación de su propio ser está conmoviendo y arrebatando con la sinfonía de sus potentísimas estrofas á todo el continente hispano-americano (1).

Por el propio motivo que á Veracruz hemos consagrado párrafo aparte, hacémoslo respecto de otro Estado de Oriente, cuya influencia en los destinos generales del país ha sido potentísima. Hablamos de Oaxaca, que si no escatimó su sangre por la conquista de los ideales de la República, no se conformó con eso, ni con ser cuna del fundador del México de la civilización, Benito Juárez, y de tanto ilustre prócer de la política y de las armas, sino que comprendiendo cuánto acrecienta y afirma la grandeza de los pueblos el cultivo de las letras, nunca dejó de ofrendar al divino Apolo.

Poca noticia tenemos del desarrollo y adelanto de la literatura oaxaqueña en otros géneros distintos del

---

(1) Noticia más extensa de la lírica veracruzana nos proponíamos consignar; mas á pesar de los grandes empeños que hubimos de impender para obtener datos de quienes con toda competencia podían facilitarlos, tuvimos la desgracia de no conseguir nada. El desdén con que hemos sido tratados por los ilustrados veracruzanos, á quienes nos dirigimos, prueba, no falta de interés por parte de ellos por que las glorias de su heroico Estado sean celebradas, sino celo porque lo sean debidamente. Nosotros defendemos nuestra incapacidad con el *in arduis sat tentare est.*

de la lírica, y de ésta la principal fuente de información debémosla al distinguido novelista D. Emilio Rabasa, quien, bajo el título de: *La Musa Oaxaqueña*, dió á la estampa, hace ya quince años, una colección de composiciones selectas de los poetas de aquella región, precedida de un breve estudio atinente al asunto.

De esos poetas, los más fecundos son D. José María Unda y D. Esteban Maqueo. El primero parece haber sido poco escrupuloso en el respeto al ajeno huerto, pues fué más allá de la feliz imitación de los líricos españoles del siglo XVIII, con lo que pudo y debió conformarse como gloria bastante, llegando á plagiar á los Moratín con admirable desenfado. El segundo, Maqueo, cantó con estro afortunado. Alto el numen y valiente la entonación, fué merecidamente aplaudido y es digno de figurar en la historia de nuestras letras.

Don Carlos López Amelibia no es en modo alguno inferior á Maqueo, y es la ternura, el sentimiento que domina en sus versos. Poeta de tinte místico es don Juan B. Santaella, ferviente adorador de la Roma pontificia; D. José Guillermo Carbó, poeta y soldado, es lo uno y lo otro con temperamento distinto: soldado, es fogoso, arrebatado, incoercible; poeta, es tranquilo, apacible, inclinado á la meditación. Su hastío de la vida ha de haber sido sincero, y no recurso de enfermizo romanticismo. De dos poetisas

se enorgullece la antigua Antequera: D.ª María Santaella y D.ª Luz G. Núñez de García. La lira de aquélla suena con vibraciones semejantes á la del poeta Santaella, tal que parecen íntimamente emparentadas. En la de ésta cantan hermanados el amor y la ternura. Al leer alguna composición suya vienen á la memoria Grossi, el autor de *La Golondrina,* y don José Selgas.

En la colección que hemos consultado figuran otros poetas que el señor Rabasa da por vivos, y no teniendo noticia de que hayan muerto, para no correr riesgo de quebrantar nuestro plan, nos abstenemos de mencionarlos.

Tronó en los Estados de Oriente el cañón intervencionista, enmudeció la Musa, y zampoña y lira viéronse trocadas por el bélico clarín y la desnuda espada. Por Occidente, en Guadalajara al menos, la poesía siguió haciéndose escuchar, no embargada por el estrépito de las armas.

La ilustre michoacana D.ª Ester Tapia de Castellanos reveló por aquel tiempo sus singulares dotes poéticas. Nobilísimo el sentimiento y muy alta la inspiración, cantó á lo grande y elevado: con acento varonil al suscitar el amor á la patria, en horas en que la patria reclamaba el esfuerzo y el sacrificio de los mexicanos contra la dominación extranjera; con delicadeza y ternura al interpretar los afectos del corazón; con acierto y gallardía en todas las ocasiones.

También por entonces hizo su aparición el simpático y sentido poeta D. Joaquín Gómez Vergara, cuyo notable ingenio y dedicación á las lucubraciones intelectuales tanto habrían enriquecido á la literatura nacional si una temprana muerte no nos lo hubiera arrebatado.

El triunfo de la República, consecuencia del acuerdo común y de la fusión de los intereses políticos de los mexicanos, que habían luchado en defensa de ella por toda la haz de su territorio, al afirmar la nacional autonomía, produjo la unificación del movimiento general por el logro de las aspiraciones que reclamaba la nueva etapa recorrida de 1862 á 1867. A partir de esta nueva época las fuerzas del país, antes dispersas y á las veces desmaridadas, obran ya de consuno y en harmonía, para producir una resultante general de progreso. Este fenómeno alcanza á la literatura, y ya la capital viene á ser como el Areópago en que se congrega y brilla cuanto vale en Letras y Arte, para radiar y esparcirse del centro á la periferia.

Ya vimos el papel que representaron en el nuevo impulso que las letras hubieron de recibir, *Fidel* y *el Nigromante,* Altamirano y Riva Palacio. Fué secundada la iniciativa de éstos por el poeta lleno de gracia é ingenio D. Joaquín Téllez, y por el correcto estilista D. Manuel Peredo, agrupados en el *Liceo Hidalgo,* colmena de que fluyó abundante miel de

sabiduría y á la que atrajeron al enjambre de jóvenes literatos que aspiraban á ganar merecido renombre.

La asociación literaria que acabamos de mentar puso lo que quizás ninguna otra de su índole en el fomento y estímulo de las letras y las artes, y quedará en nuestra historia como el monumento más significativo de la cultura nacional, ya que en él hallaron cabida y asiento las notabilidades de todo el país.

Derecho conquistó *El Renacimiento* á una vida duradera, puesto que satisfizo plenamente las exigencias más descontentadizas de su tiempo; y, sin embargo, *El Renacimiento* murió dentro del año de su fundación. Mas la efervescencia literaria bullía por todas partes y la prensa política suplió por algún tiempo á las necesidades de expansión de los hombres de letras, aparte de que las cuestiones mismas de política especulativa, que por entonces solventaba el diarismo, eran tratadas en una forma atildada, como si todos reconocieran la necesidad de no sacrificar á la seriedad y prosaísmo del asunto la belleza y donosura del estilo.

Don Gustavo Gostkouski, que había llegado al país aportando de Francia, con un buen caudal de conocimientos en arte y letras, las últimas novedades de aquella literatura, se constituyó en centro de atracción de la juventud pensadora, cuyas dotes se en-



POETAS EXIMIOS

D. José Joaquín Pesado. **D. Manuel Acuña.**
D. Manuel M. Flores. **D. Manuel Gutiérrez Nájera.**

cargó de revelar ó de popularizar el semanario *El Domingo,* que vino á llenar el vacío de una publicación netamente literaria, parcialmente satisfecho hasta ahí por *El Siglo XIX, El Monitor Republicano* y *El Federalista,* recién fundado por el inteligente, erudito y delicado escritor D. Alfredo Bablot.

De los poetas de aquel período no faltan quienes hayan ganado el derecho de sobrevivirse, y dos de los que aun alientan vida, gozan del singular privilegio de saborear anticipadamente el néctar de los inmortales.

Ardorosa, febril, casi enfermiza la fantasía, D. Manuel María Flores erigió altar bajo el sol del trópico á la diosa de Cnido y Pafos, y cantó al amor con tal pasión y vehemencia, que ya no ha de haber quien entre nosotros le iguale.

Continuador del culto de Ortiz, alteró la liturgia. En éste el amor es idílico; frenético en aquél. Los besos que canta Ortiz son los de Céfiro á la Hamadríade, recatados entre las frondas; son los de Flores los de Fauno á la Ninfa, lúbricos, orgiásticos, estrepitosos. Aquél idealiza la carne, éste sensualiza la idea. Empero, la inspiración de Flores es más potente, más franca y aun más original. Juzgando á Flores por sus versos, salvo en lo de tenerlo por poeta, y poeta de primera magnitud, hay riesgo de equivocarse, y aun habría equivocádose después de leerlo, quien lo conociera por su figura, sin tratarlo. Sus grandes ojos

negros en que centellaba la luz, su boca gruesa y encendida, su pelo atezado, denunciaban el temperamento fogoso y carnal; pues nada de eso: su sensualismo era de imaginación pura, y si no fué un asceta, tampoco fué un libertino. Mas bien retraído que entregado al mundo, pudiera no haber sido otra cosa el movimiento de su musa que oposición pura á la realidad de su naturaleza. No son raros estos fenómenos biológicos de compensaciones y equivalencias. ¡Ah!, ¡y cuán penoso nos fué contemplar al simpático bardo caminando á tientas, muertos para la luz aquellos sus ojos fulgurantes!

Dulce, sencilla, apacible, diáfana es la lira de don José Rosas Moreno, honra y prez de la tierra guanajuatense. «El Poeta de los Niños» es el epíteto con que sobrevive, y ningún otro más propio y merecido. En pocos poetas como en él la producción refleja al individuo. Leer los versos de Rosas Moreno, es conocerlo: allí está su alma, allí su carácter. Vuelo tranquilo, sin bruscos aleteos, sin espirales ni parábolas, nada hay en él del ave carnicera: su numen lo mantiene á la misma altura, siguiendo la línea recta, remontándose al cielo con la aspiración de las almas honradas, sin perder de vista la tierra, en la que quiere que su obra caiga como bienhechora simiente. Cultivó la fábula moral con envidiable acierto, y por su labor y por su personalidad es gloria legítima de la patria.

Divinizar la materia; hacer de lo prosaico poesía, y poesía honda, trascendental; romper atrevidamente las vallas del convencionalismo; herir, y herir con profunda y perdurable herida el sentimiento religioso sin suscitar protestas, es revelarse Titán, es retar á Júpiter á singular combate, es luchar con el Ángel y dejarlo vencido. Ese extraordinario fué un adolescente, D. Manuel Acuña, astro devorado por la intensidad de su fulgor mismo. Meteoro de la magnitud de un sol, se extinguió al brillar, mas fué tan vívido su brillo, que aun persiste la impresión. La potencia del numen de Acuña la demuestra el hecho de que hoy leemos sus versos con el propio interés y el propio embargo que cuando por la primera vez salieron estampados. La ciencia, en lo que tiene de más descarnada y fría, halló hermosura y vida y fuego en la inspiración del altísimo poeta, que en todo cuanto produjo supo imprimir el sello de la originalidad, hasta en el amor mismo, obligado tema de cuantos llevan ofrenda de rosas á la divina Euterpe.

Su muerte voluntaria, ¿fué súbita resolución fatalmente determinada por desengaños de amor?; ¿sería premeditada y serena ruptura del vínculo que lo ataba á la vida, de la que nada esperaba? ¡Misterio! ¿Quién osaría señalar la causa cierta de aquel deplorable impulso autosicológico? Hay esto de cierto: que la vida le sonreía, que como estudiante teníase captada la estimación de sus maestros, y como poeta

obtenía el aplauso de todos. Su vida habría sido un triunfo continuado. La rapidez, la fugacidad de su carrera no impidió dejara trazado hondo surco en nuestra literatura. ¡Cuán inspiradamente ha sabido interpretar nuestro célebre artista D. Jesús Contreras el momento supremo de Acuña! ¡Qué maravilloso símbolo del poeta suicida nos ofrece en el grupo, si idealmente concebido, magistralmente ejecutado, en que habla el mármol para denunciar el misterio!

Tiene D. Agustín F. Cuenca un título para ser mencionado en esta sinopsis: fué el precursor del *decadentismo,* y á él corresponde en rigor la alabanza ó el vituperio por haber introducido en nuestra poética aquella exótica doctrina.

Con D. Manuel Gutiérrez Nájera se rejuvenece y renueva la lírica nacional: espíritu de vasta comprensión, de gusto delicado, de flexibilidad admirable, de estro nada rebelde, antes fácil y accesible á la traducción de todas las harmonías, alea el habla castiza con el estilo francés, ó, para servirnos de una vieja figura, hace pasar el aliento francés por la zampoña castellana, y crea, no una forma nueva, mucho menos una nueva escuela, sino da un nuevo giro á la dicción poética, en el que, no obstante que se observan las reglas de la estructura española, se percibe el timbre de los novísimos poetas franceses. Hasta hoy Gutiérrez Nájera ha sido sólo aplaudido; aun no juzgado.

Fáltanos hacer mención de la poetisa, no carente

de renombre, D.ª Josefina Pérez de García Torres, quien pulsó la lira con inspiración nada vulgar, y se le atribuye un caudal de saber raro en su sexo.

Y cerramos este capítulo de la lírica consagrando un homenaje de duelo á la memoria de dos jóvenes poetas, en quienes las letras cifraban grandes y legítimas esperanzas: D. José M. Bustillos y D. Fernando Juanes. La muerte, cómplice siniestro de su hermano más cruel y sin entrañas, «el tenebroso olvido, tirano fantástico y odioso al que están sometidas las cosas más bellas de la tierra», que dijo el filósofo, no perdona ni aun las frentes juveniles ungidas para la inmortalidad.

LA ÉPICA

Este género de poesía, el más grandioso y soberano, no ha encontrado suelo propicio en la literatura nacional. Sólo tenemos noticia de un ensayo debido á la laboriosidad, más que á la inspiración, del literato y gramático distinguido D. José María Rodríguez y Cos. El poema *Anáhuac* nació con escasísima fortuna, y tan escasa, que puede asegurarse que, fuera de la capital, apenas si será conocido.

LA DRAMÁTICA

He aquí un género de cuyo cultivo, si no envanecernos, no tenemos de qué avergonzarnos. Nuestra

dramática es rica, y no con mucho inferior en mérito á cuanto se ha producido en lengua castellana en los países en que dominó la vieja España. De las dos formas comprendidas bajo la denominación de «dramática», la comedia ha llevado entre nosotros la mejor parte, no sólo en orden á su producción, sino á la calidad de ésta.

Aristofanesca en sus comienzos, ha ido puliéndose al compás mismo del adelanto de nuestra cultura. Con excepción de algunas piezas ligerísimas, no se ha limitado al gracejo y al chiste, sino que se ha mostrado con miras de trascendencia, ora ridiculizando vicios, ora haciendo la caricatura de errores ó preocupaciones sociales. Durante mucho tiempo nuestra comedia siguió, con varia fortuna, los patrones que nos venian de España en aquella época en que la fecundidad y la vis cómica de D. Manuel Bretón de de los Herreros monopolizaban en el teatro risas y aplausos.

Con D. Adelardo López de Ayala, D. Manuel Tamayo y Baus, D. Luis de Eguílaz y D. Enrique Gaspar se metamorfosea la escena española, y aquí acontece otro tanto, al influjo de la nueva orientación que imprime al teatro el espíritu francés.

El drama propiamente tal, la tragedia burguesa, como la llaman en Francia, halla cultivo en nuestra república literaria, aunque no predestinado á prosperar. Lo que de ella poseemos, cuando no es flojo,

peca de inverosímil, ó versa sobre asuntos que no pueden interesarnos al vivo.

La dramática mexicana no nació en la capital, fué Guadalajara su cuna: allí tuvimos por nuestro primer dramaturgo á D. Fernando Calderón, quien, adoles-



D. Fernando Calderón

cente aún, reveló sus brillantes aptitudes para la poética que preside Melpómene. *Reinaldo y Elina,* su primer ensayo, fué recibido con estrepitoso aplauso, que sin duda lo provocó, más que el intento de celebrar el mérito de la producción, estimular al inspirado joven. Con igual éxito dió en seguida á la escena otros seis ensayos dramáticos; mas no hubo de recibir la corona de insigne dramaturgo, de manos de los doctos, sino cuando dió á conocer á *Ana Bolena, El Tor-*

neo, Hernani ó la vuelta del Cruzado, dramas que le conquistaron popularidad sin competencia, en los que la viveza de las pasiones que animan la acción, el fuego y vigor con que son expresadas y la facilidad del diálogo, hacen de Calderón fundador y cabeza de nuestra dramática.

Los triunfos del ilustre jalisciense despiertan una cuerda de la lira de D. Ignacio Rodríguez Galván, y al vibrar esa cuerda se revela privilegiado dramaturgo. El *Muñoz, visitador de México,* es acogido con entusiasmo rayano en frenesí, y á él sigue: *El Privado del Virrey,* en el cual no decrece el mérito ya conquistado, antes lo acendra y enaltece.

Con Rodríguez Galván desaparecen aquí del Centro, por un lapso de tiempo no escaso, las aficiones á la producción dramática, que viene á hacer revivir el favorecido numen de D. Manuel Eduardo Gorostiza, trocado ya el puñal por la corona de hiedra.

Este insigne mexicano, hijo de la heroica ciudad de Veracruz, es, en cierta manera, como el reflejo de su tierra madre. Es ardiente y apasionado en cuanto afecta á los intereses de la patria, y por este capítulo, arde como la atmósfera que respiró al nacer, y se agita, convulso de ira, como el mar á cuya orilla discurrió su infancia; como poeta, su inspiración fogosa se siente dominada por las prescripciones del arte, y no corre desbocada, sino que marcha á paso lento y majestuoso. Era ya una celebridad cuando

recobró su país de origen. La escena española enorgullecíase de poseerlo y la culta capital de España habíale aplaudido sin reserva. Recobró, pues, su patria ungido ya príncipe de las letras. Y aun ganó mayor lauro: el de luchar como bueno en los campos de batalla por la honra y la integridad de la patria, después de haber sabido mantener como diplomático esa honra y esa integridad. Su fecundidad no fué la de un Lope de Vega, mas lo que produjo fué de la mejor ley, y de él para acá no ha habido en nuestro país y en la comedia quien lograra superarle, ni igualarle siquiera.

Sus comedias, pasadas de moda, ya no se ven en la escena, mas la lectura de ellas basta pera conocer su mérito, por la sencillez del plan, la gracia sin afeites del estilo, la pulcritud del lenguaje, exento de torpes equívocos, y por la fluidez con que se desarrollan y van á su desenlace.

Seis piezas originales fluyeron de la pluma del egregio patricio: *Tal para cual, Las costumbres de antaño, Don Dieguito, Indulgencia para todos, El amigo íntimo* y *Contigo pan y cebolla,* y un acomodo ó refundición del drama *Emilia Galoti,* obra maestra del gran Lessing. l/t/

Mientras que en el Centro y en Occidente dormitaba el drama, manifestábase en Yucatán, y no de modo cualquiera, sino animado de altas tendencias reformistas y creadoras.

Tras la efímera, por más que estrepitosamente aplaudida producción de *Diego el Mulato,* drama en al que D. José Antonio Cisneros agotó los extravíos del romanticismo; luego que, por el estudio, sus bien equilibrados talentos le enseñaron la buena senda, maduro el juicio y disciplinado por la observación atenta de la vida en sus más íntimas manifestaciones, abordó la solución de un gran problema para la escena: la supresión del monólogo y del aparte. Y no se limitó á proclamar la teoría, sino que la expuso ejemplarmente por la obra misma. En 1861 dió al teatro, casi sin interrupción, los dramas: *Mercedes* y *Del vicio al crimen,* y nos parece que en 1862 *La mano de Dios*, sin monólogos ni apartes, victoriosa demostración de su tesis. El hecho no pasó sin crítica; un ilustrado yucateco, de recto juicio y no mezquina erudición, lo atacó indirectamente, proponiendo objeciones de orden psicológico. Esas objeciones miran más á las condiciones del medio que á la esencia del drama.

Cisneros condenaba el empleo del monólogo y del aparte por opuestos á la verdad, porque en los dramas de la vida real no hay apartes ni monólogos; su crítico defendía la necesidad de esos dos recursos por la conveniencia de dar á conocer á los espectadores el estado psicológico de los personajes en el momento dado. Bien visto todo, no viene á cifrarse más que en estos tres conceptos: el ingenio del autor

dramático, el talento del actor intérprete y la cultura del medio, es decir, del público. Por algo en estos últimos años el eminente Henry Ibsen ha tratado de realizar lo que ya Cisneros puso por obra desde hace cuarenta años. Cisneros enriqueció, además, el teatro yucateco con las comedias: *El cuarto con dos camas, La muestra del paño, Á Chan Santa Cruz* y *Matar el gato,* y el libreto de la zarzuela *Por huir del fuego,* en las que se mantuvo dentro de su tesis. En todas estas piezas acreditó que su musa sabía maridarse con Momo, cuidando siempre de hacer servir la burla á fines morales.

Sin afiliarse á la bandera del maestro Cisneros, don Ramón Aldana, aventajado lírico, como dicho queda en su punto, produjo, en la capital de Yucatán y por el mismo tiempo, obras dramáticas que obtuvieron graciosa acogida, cuales son: *Honor y felicidad, Nobleza de corazón. Una prenda de venganza* y *La cabeza y el corazón,* en las que dió inconcusa muestra de poseer privilegiadas dotes para la dramaturgia.

Por la misma época, sobre poco más ó menos, don Aurelio Luis Gallardo daba vida á la escena jalisciense con producciones dramáticas, más aplaudidas de lo que tal vez merecieran: *Abrojos del corazón, El Pintor de Florencia, La Hechicera de Córdoba, María Antonieta de Lorena* y *Los Mártires de Tacubaya,* drama de circunstancias este último, alusivo á un acontecimiento bien conocido y bien anatematizado

de nuestra historia. Estas piezas se informaban por los modelos del excelso romántico D. Antonio García Gutiérrez y de D. Francisco Camprodón.

La egregia poetisa D.ª Isabel Ángela Prieto de Landázuri no agotó su numen en la lírica: tuvo también tributos para Talía y Melpómene. Regocijó á Guadalajara con la ingenua gracia de sus comedias, é hízola llorar con el patético sentimentalismo de sus dramas. La capital de Jalisco se regaló con: *Las dos flores, Oro y oropel, Abnegación, Un corazón de mujer, La escuela de las cuñadas, Los dos son peores, En el pecado la penitencia, Una noche de carnaval, ¿Duende ó serafín?, Espinas de un error, El ángel del hogar, Un tipo del día. Un lirio entre zarzas* deleitó al público de esta ciudad de México, y aun, después de traducir el *Marion Delorme,* de Hugo, y *La Aldea,* de Feuillet, compuso, con la colaboración de D. Enrique de Oalavarría y Ferrari, la pieza de magia: *Soñar despierto ó la Maga de Ayodaric.*

Dos literatos son los únicos que en el Centro pagan tributo á la dramática: D. Pantaleón Tovar, cuya producción, excepto el drama *Una deshonra sublime,* que obtuvo cierta notoriedad, pasó inadvertida, y D. Francisco González Bocanegra, con el *Vasco de Gama,* cuyos versos, llenos de fogosidad, arrebataron á los espectadores.

El triunfo de la revolución de Ayutla, con derrocar el imperio de la tiranía, no pudo ser indiferente á la

causa de la literatura, cuyas expansiones, ya no cohibidas, pudieron manifestarse con franqueza. Es cierto que el período de paz relativa que aquel triunfo produjera, fué de bien corta duración, mas la suficiente para que las letras tomaran su desquite del régimen de opresión á que las había tenido sometidas la dictadura del general Santa Anna. Este reposo pasajero dió ocasión á que la literatura floreciera y fructificara en todos sus géneros, y muy principalmente en el teatro, al que llevó las galas de su inagotable ingenio D. Vicente Riva Palacio, asociado á su fiel Acates D. Juan A. Mateos. Juntos dieron vida á una serie de dramas y comedias que fueron recibidas con señaladísimo favor, sin que la abundancia de la producción cansara el público aplauso. Fueron los dramas: *Odio hereditario, El abrazo de Acatempa* en el cual la figura de relieve, como ya se adivinará, es el excelso patriota D. Vicente Guerrero, abuelo de Riva Palacio; *La hija del cantero* y *Capa y espada;* y las comedias: *Borrascas de un sobretodo, La político-manía, Temporal y eterno, El incendio del portal* y *El uno por ciento,* todas producidas en un espacio no mayor de cuatro años.

Como ya lo asentamos al tratar de la lírica, la restauración de la República tuvo para nuestra literatura toda la entidad de una palingenesia. Por seis años había tronado el marcial cañón, en una guerra en que nuestra habla misma corría el riesgo de perderse, y

hubiérase podido pensar que las patrias letras iban á sucumbir; mas de ellas habríase dicho lo que de la poesía dice Regnier: «Algunas veces parece que va á morir, pero es eterna y no puede morir nunca; duerme y es su sueño como los de la Bella Durmiente del Bosque, de los que despierta cada vez con vida más intensa.»



D. José Antonio Cisneros

Tal pasó en todos los ramos de nuestra literatura, que, sin excepción de la dramática, fueron cultivados con amor, con desinterés absoluto, por el solo atractivo de sus encantos. Como este capítulo no se extienda al estado actual de nuestras letras, nos limitaremos á mencionar las dos obras más notables que han animado á nuestro teatro, calificativo que únicamente se refiere á la producción de los poetas que ya

sufrieron la tiranía de la inexorable, *El álgebra del corazón*, drama de D. Emilio Rey, cuya aparición en la escena fué saludada con las demostraciones más entusiastas, y *El Pasado*, de D. Manuel Acuña, en el cual el soberano lírico no descendió de su pedestal, antes ensanchó los horizontes de su fama. Como en todo cuanto de Acuña brotaba iba impresa su personalidad, su modo de ser, sus convicciones de filósofo y sus maneras de artista, su drama suscitó discusiones y juicios contrapuestos, de que da cuenta la prensa de la época, y de los que salió como oro pasado por el crisol.

LA NOVELA

Abrimos la sección más importante de la presente labor: importante por lo mucho y bueno que del género se ha producido en nuestro país; importante porque en él, como en ningún otro, puede hallarse y estudiarse nuestra índole característica, la expresión de nuestro nacionalismo; importante, en fin, porque es el poema en que se congloba, se condensa é intensifica la vida de un pueblo en todos sus tonos y matices, en todos sus órdenes y gradaciones, en todos sus géneros y categorías. Prosa como es por la forma, *verba soluta*, cae bajo los dominios de la poética, porcuanto en ninguna producción como en ella, la gran Maga tiene campo más vasto para realizar sus ficcio-

nes, para vestir á la fábula con todos los atavíos de las cosas reales y tangibles. La novela es el drama sin teatro, es decir, con un teatro tan amplio como es el mundo. El lector construye y mueve el escenario y anima á los personajes, ya en el fondo de su gabinete, ya en el banco del jardín, bien en la butaca del vagón en que viaja con la celeridad del viento, ya en la litera ó en la toldilla del barco que lo transporta á través de las bravas ondas; en pleno día, como en cerrada noche; arda el sol, diluvie ó escarche, y, por modo semejante, bajo la obsesión del autor, colabora con él á su manera, asociando al libro sus propias facultades. Última expresión á que ha llegado el arte, es lira, es arpa de infinitas cuerdas; es trompa, es flauta de sonidos infinitos; paleta de inagotables colores, cincel de cortes innúmeros... Todo lo pinta, todo lo traduce, así se trate de aspectos ó situaciones del mundo externo como de fenómenos que se operan en los abismos del yo. Todo lo penetra, todo lo inquiere, todo lo resuelve ó lo explica. En vano la Esfinge se le pondrá delante, dirále su secreto, y caerá muerta á sus pies.

Que hemos florecido en la novela, ¿quién osará negarlo? Que la hemos cultivado en todas sus formas, ¿quién se atreverá á contradecirlo? Que poseemos una novela nuestra, esencialmente mexicana, ¿cómo ponerlo en duda? Allí están de pie, solemnes y victoriosos, Fernández Lizardi, Sierra, Orozco, Cuéllar, Altamirano, Riva Palacio y no pocos más.

Con muy contadas excepciones, este género ha sido cultivado por todos nuestros literatos. Y sirva esto de excusa del por qué no hemos de hacer mención de cuantos han escrito novelas en el país, ni de todas cuantas han sido escritas. No es del resorte de este estudio trabajo semejante, ni, si lo fuera, quien esto escribe llenaría las condiciones que él requiere.

De fuerza hemos de concretarnos á los que hicieron obra de verdaderos noveladores y á la obra misma á que deben su notoriedad (1).

Don José Joaquín Fernández Lizardi es el fundador de la novela netamente nacional. *El Periquillo* y *La Quijotita,* sus dos capitales producciones, vivirán como monumentos imperecederos de la sociedad mexicana, tal cual España la dejó educada. La primera no tiene menos valor para nosotros que el que para ésta el *Gil Blas; La Quijotita* es muestra viva del producto de la educación femenina de aquellos tiempos, indigesto amasijo de vanidad, de falsa cultura y de mentida religiosidad. Ambos son documentos histórico-sociológicos de inestimable precio.

Tras la producción de Fernández Lizardi, vino la de D. José Joaquín Pesado, de D. José Gómez de la Cortina y de D. Ignacio Rodríguez Galván, en la

---

(1) El estudioso é inteligente D. Luis González Obregón ha dado á conocer á cuantos han hecho novela en el país, en una laboriosa reseña que publicó el año de 1899 bajo el título de: *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX.*

que éste y el primero se mantuvieron á la altura que como líricos habían alcanzado. Rodríguez Galván fué más facundo que Pesado, pues nos dejó cuatro composiciones del género: *La hija del Oidor, Manolito el pisaverde, La procesión* y *Tras un mal nos vienen muchos,* la primera con sus ribetes de historia, y de costumbres las otras restantes; el segundo nos dió: *El amor frustrado* y *El Inquisidor de México,* todas ellas informadas por el patrón que entonces privaba, el romanticismo neto. Las del conde de la Cortina fueron de imaginación pura: *Leonor* y *Euclea ó la griega de Trieste.*

Surgió en Yucatán quien había de elevar la novela al grado de estudio de observación material y psicológica; fuélo el fundador y maestro de aquella literatura, D. Justo Sierra. No fué flojo en el género, como en ninguno podía serlo tan profundo pensador: su imaginación, al igual que sus otras facultades mentales, corría parejas con su laboriosidad. Aparte de lo que de carácter ligero compuso, leyendas y tradiciones, en las que reveló sus aptitudes para la novela, escribió cinco de éstas, todas ellas superadas por *La hija del judío* y *Un año en el hospital de San Lázaro,* verdaderas creaciones que le aseguran un puesto eminente entre todos los noveladores del mundo. En la primera denunció un poder de fantasía que le habría envidiado el mismo D. Manuel Fernández y González para su prístina manera; la segunda, escrita

en el difícil estilo epistolar, tiene el fondo, la entonación y colorido de la novela moderna, concepto por el cual se adelantó á los tiempos. Sus novelas, como sus escritos correspondientes al género, diólas á luz bajo el seudónimo de «José Turrisa», anagrama de su nombre, en los periódicos de que fué fundador ó dirigió, que ya quedaron anotados en otra parte. Es lástima que esas sus dos principales producciones, como otra de autor distinto de que luego hablaremos, hayan caído en olvido, y estén corriendo riesgo de perderse por completo (1).

Para no apartarnos del orden cronológico, debe entrar aquí el fecundo novelador D. Florencio M. del Castillo, á quien ha dado en llamársele «el Balzac mexicano», título que, á nuestro ver, es hiperbólico. Tal vez el calificativo se refiera á la abundancia y facilidad, que no al fondo de la obra, que en este respecto más de uno le aventajó. Acaso haya sido parte, y la muy principal á su enaltecimiento, el haber sido una de las figuras más simpáticas de la política militante, en la que se dió en cuerpo y alma al partido á que estaba afiliado, el liberal rojo. Todo lo pospuso al servicio de sus convicciones: reposo, fortuna y hasta la vida misma, y no le intimidaron las persecu-

(1) Asegúrase que el hijo y homónimo del ilustre D. Justo Sierra se ocupa en arreglar la reedición de las dos novelas. Si tal hiciere, prestará con ello un gran servicio á las letras patrias.

ciones de sus adversarios vencedores, ni le arredró la muerte, que arrostró unas y otra, aunando á la fogosidad juvenil la serenidad estoica.

Sus novelas ó sus leyendas, como sus biógrafos las llaman, son: *La corona de azucenas*, *¡Hasta el cielo!*, *Dolores ocultos*, *El cerebro y el corazón* y *La hermana*



D. Joaquín Blengio

de los Ángeles. Por la delicadeza de su estilo y la idealidad de sus tipos de mujer, el maestro Altamirano, y vaya si es autoridad, le apellidó «el Rafael de nuestra poética».

La muerte codiciosa tenía en acecho su presa, parecía impaciente de arrebatárnoslo antes de que llegara á plena madurez. No cumplía aún los treinta años cuando D. Fernando Orozco desaparecía de la

escena del mundo, dejando esbozada apenas su obra literaria. Lírico de potencia, no era el lado por donde más atraído se sentía al culto del arte. Su pincel necesitaba lienzos más amplios á que trasladar sus imágenes y concepciones.

Sus talentos habían sido creados para la novela y el teatro. Del primer género sólo una producción nos dejó, mas en tal modo viva, honda, sentida y verdadera, que no habría que pedirle más para colocarlo á la cabeza de nuestros novelistas.

No fué blanca la estrella de Orozco, y ella presidió los destinos de la obra: *habent sua fata libelli,* y *La guerra de treinta años* no pasó de la generación que la vió apuntar en nuestro horizonte literario como fulgente mañana de primavera. Esa novela, del más alto interés psicológico, amenaza quedar sumergida en el olvido.

Mención honorífica habría merecido al tratarse de la dramática; mas fué el caso que ninguna de sus cinco comedias, *La tienda de modas, Tres patriotas, Tres aspirantes, Amistad* y *El novio y el alojado,* escrita ésta en colaboración con el eminente literato D. Manuel María de Zamacona, se vieron en la escena.

Dejónos Orozco otros manuscritos, que sería de desear nos los diera á conocer mano amiga de las letras, ya que, por venir de quien les dió forma, han de ser interesantes.

En aquellos días en que Sué era objeto de devoción en España y aquí, en que eran leídos con avidez *El Judío errante* y *Los Misterios de París,* y se escribían *Misterios* de todas partes y de todas las cosas, D. Pantaleón Tovar pagó tributo á la moda dando á los tipos su novela: *Ironías de la vida,* en la que puso á servicio y extremó los recursos del romanticismo.

El numen de *el mártir de Tacubaya,* epíteto con el que es designado el joven poeta D. Juan Díaz Covarrubias, no fué extraño á la composición romancesca, del cual género nos dejó: *La clase media, El diablo en México* y *Gil Gómez el insurgente,* de costumbres la primera é histórica la tercera, que fué la más estimada y aplaudida, por el acierto con que su viva imaginación explotó la historia de nuestra guerra de emancipación en uno de sus períodos de mayor recrudescencia.

El fistol del diablo, de D. Manuel Payno, llamó la atención por la belleza y humorismo del estilo. Á causa del papel que hace el funesto *fistol,* instrumento de maleficio, confina con la leyenda. Esta novela pudiera haber sido sugerida al autor por la de Pablo Feval: *El hijo del diablo.* El célebre hacendista gustaba de entretener sus ocios en ese género literario, y escribió algunas novelas más, entre ellas: *Los bandidos del Río-Frío.* Su trascendencia en nuestra literatura no ha tenido importancia.

Filósofo nada vulgar fué D. Nicolás Pizarro, como

lo dió á conocer en sus escritos, y señaladamente en el orden sociológico en *El Monedero,* novela de costumbres impregnada de espíritu reformista y de nobles aspiraciones por la suerte de la desvalida clase del pueblo. Su otra novela, *La coqueta,* es algo así como una paráfrasis de *La Quijotita.*

Todos recordamos todavía á *el Viejo,* mote que llegó á substituir el nombre de D. José María Ramírez. Rica fué la labor romancesca de este notable literato, que en sus días logró ser el más popular de nuestros novelistas. Cada una de sus producciones es estudio escrupuloso de determinado *estado de alma* ó de tipos que no escasean en nuestro medio social, y de ahí el interés con que fueron recibidas. Pasiones y sufrimientos en juego harmónico ó contradictorio constituyen los temas de sus libros, que acierta á desarrollar hábil y agradablemente. He aquí los títulos de sus novelas, por el orden que las dió al público: *Avelina*, *Celeste*, *Ellas y nosotros*. *Gabriela, Los pícaros, La rosa y la calavera, Herminia*, *El anillo y la flor blanca, María de las Angustias, Una rosa y un harapo* y *Mi frac.*

Más fecundo que Ramírez, pero menos feliz que él, fué D. José Ribera y Río, quien llegó á dar á la estampa hasta más de un veintenar de novelas, número exorbitante, si se atiende á que casi todas alcanzan fatigosa extensión. Según opinión corriente, el mérito que las distingue es la verídica pintura de

algunos tipos de nuestra sociedad. La lista que consultamos de sus novelas, contiene las siguientes: *Alfredo ó los remordimientos, Los misterios de San Cosme, Paula, La vida del corazón, La virgen del Niágara, Fatalidad y Providencia, Mártires y verdugos, Los dramas de Nueva-York, El hambre y el oro, Esqueletos sociales, Memorias de unos náufragos, Pobres y ricos de México, Recuerdos y desencantos, Las tres aventureras* y *La beldad de los sepulcros.*

La novela hacía su evolución; su fisonomía íbase delineando en el sentido de acusar un sello de nacionalidad bien marcado, y á tan importante labor fueron cuatro (ya es sabido que no hablamos de nuestros novelistas aun vivientes) los que más eficazmente contribuyeron, como que por su ingenio, por su saber y peculiares aficiones eran los más aptos para la realización de esa fenomenalidad literaria; por supuesto, que no todos sembrando en el mismo surco, sino según sus características inclinaciones: D. Vicente Riva Palacio, D. Ignacio M. Altamirano, don José T. de Cuéllar y D. Eligio Ancona, aquí en el centro los tres primeros y el último en Yucatán.

En nuestra historia halló Riva Palacio el filón de su tesoro novelesco, que es abundante y de crecidos quilates. La verdad y la ficción se encuentran en aquél felizmente consonadas, de modo que la parte meramente imaginaria resulta verosímil, sin falsear para nada los hechos establecidos ó admitidos, sino



NOVELISTAS DISTINGUIDOS

D. José Joaquín Fernández de Lizardi. **D. Ignacio M. Altamirano.**
D. Vicente Riva Palacio. **D. Justo Sierra, padre.**
D. José T. de Cuéllar. **D. Fernando Orozco y Berra.**

sirviéndose del relato anecdótico para hacerlos más interesantes. Tal parece que debe ser el criterio que informe lo novela histórica, y Riva Palacio siempre se mantuvo dentro de él. Agréguese á esto la fácil donosura del estilo, y quedará explicado por qué su producción goza del favor del público. Á raíz del triunfo de la República contra la invasión extranjera y el Imperio, editó su primera novela bajo el simbólico título de *Calvario y Tabor,* á la que sucedieron, acaso no en el orden en que van mencionadas, *Monja y casada. Martín Garatuza, Los piratas del Golfo, Las dos emparedadas, La vuelta de los muertos* y *Don Guillén de Lampart.*

Riva Palacio fué una personalidad gratamente conocida y grandemente estimada en la corte de España, donde alternó con lucimiento con ambas noblezas, la del talento y la hereditaria. En la casa de la calle de Valverde entraba como en la propia suya, y los académicos se disputaban el favor de su amistad. Allá dió á la estampa los *Cuentos del General,* postrimera muestra de su gracia de narrador y de la riqueza de su inventiva.

Águila que se remontaba más allá de las cimas, D. Ignacio M. Altamirano dominó todos los asuntos á que aplicó su poderosa intelectualidad; por eso fué y es «el Maestro». Como en la lírica, fuélo en la novela, género del que nos legó imperecederos ejemplares. Psicólogo finísimo, el escalpelo de su análisis

penetró muy hondo, y las pasiones y los sentimientos que él pinta son pasiones y sentimientos netamente humanos, que no pecan ni de exagerados ni de deficientes. Une á la sencillez el aticismo más delicado, el arte más depurado á la naturalidad, y su frase, no sólo se oye con fruición, sino que se pala-



D. Casimiro del Collado

dea, valga la figura. *Clemencia* y *Beatriz*, sus dos novelas más conocidas, con ser gemelas, nada tienen de semejantes, cada una de ellas es un tipo, una creación aparte. Si Pigmalión en la una, es Fidias en la otra; y no que sean inferiores á estas dos *Julia* y *Antonia*, que aquélla fué su revelación de inspirado romancista, y ésta, dato elocuente del pleno desenvolvimiento de sus facultades para este género de producción.

Obra póstuma suya es *El Zarco*, recientemente editada con prólogo del atildado y correctísimo don Francisco Sosa, que en vida y en muerte de Altamirano fué y está siendo su sincero admirador. En el prólogo citado, con la sobriedad de estilo que le es genial, pesa y mide en su punto el valer de esta última novela de Altamirano, con la que, como con broche de oro y esmalte, cerró su manto de inmortal.

Si el sol de Yucatán caldea los cuerpos, la divina inspiración enciende al igual las almas. Hémoslo visto ya al tratar de la lírica y de la dramática; mas en la novela nadie había levantado la pluma caída de la helada diestra de D. Justo Sierra, hasta que un modesto literato, tan modesto cuanto lleno de mérito, vino á recogerla. Ese sucesor fué D. Eligio Ancona, que no desdijo de su antecesor y maestro. *La Mestiza* es un estudio modelo de la clase de aquella sociedad que allí pintó, y en *La cruz y la espada*, *El filibustero* y *Los mártires del Anáhuac*, trató los asuntos históricos, que le sirvieron de cañamazo para bordarlas, con la circunspección propia de un juicio bien gobernado, sin por eso sacrificar los fueros de la fantasía, necesario obrero en los poemas de esa índole.

Facundo, D. José T. de Cuéllar, fué facundo con su pluma, hízola hablar, y con tal abundancia y galanura, con tal picaresco donaire, que los cuadros de

sus novelas viven y se mueven, divierten con risa inofensiva, con malicia sin veneno, y enseñan con enseñanza sin énfasis ni pedantería. Exceptuando su buena novela histórica: *El pecado del siglo*, en que reprodujo fielmente las costumbres coloniales de México al promediar el siglo XVIII, en sus demás composiciones, que constituyen la colección de *La linterna mágica*, juguetea un humorismo sano, encaminado á ridiculizar vicios, defectos y manías que habría deseado desterrar de nuestra sociedad, pero que, falto de poder para efectuarlo, se conformó con ponerlos en caricatura. Cuéllar es un novelador costumbrista, y en este respecto viene á ser como el continuador de Fernández de Lizardi; naturalmente que, mudados los tiempos, con un caudal de cultura y de arte de que éste careció. Escogido un tipo, lo modelaba, lo animaba y lo movía con gracia y verdad tales, que sus figuras resultaban seres vivientes y terrenales. *Ensalada de pollos*, *Historia de Chucho el Ninfo*, *Isolina la ex figurante*, *Las jamonas*, *Las gentes que son así* y *Gabriel el cerrajero ó las hijas de mi papá*, cualquiera de ellas vale por el mejor título de novelador de costumbres.

Henchida el alma de ilusiones y el pecho de esperanzas, cuando su ingenio ya en sazón prometía fruto abundante y sabroso, tal cual lo anunciaban sus primeros trabajos, el joven D. Joaquín Gómez Vergara penetró en la eterna noche, con duelo de Jalisco, su

tierra natal, y de las letras nacionales, desheredadas con su muerte del entrevisto tesoro.

Mexicano por el colorido y la entonación del estilo, por la estructura y el giro de la frase, y por la condición de los asuntos en que ejercitó su pluma de oro, es una figura literaria que interesa y seduce. Sus dos cuentos: *Quien mal anda mal acaba* y *La puerta del cielo*, le franquearon de par en par la entrada á la novela. La única muestra que de ella nos proporcionó, *Las cruces del Santuario*, sobre ser una bella concepción, nada deja que desear en su fina y exquisita textura. Bien merece, pues, figurar entre nuestros más distinguidos novelistas.

LA PROSA

La poesía no ha podido satisfacer á todas las necesidades del pensamiento humano. Su dominio se halla restringido por su naturaleza misma, por las leyes que rigen la métrica, que no permiten que la idea sea enunciada en toda su amplitud, el concepto en todos sus detalles, en todo su alcance la intención, el asunto en todo su fondo. La poesía busca, para interesar, antes que todo, el halago al oído, y es de lo último de que la prosa se preocupa. No es decir que la prosa sea modo desaliñado de expresar las ideas; mas cábele mayor soltura en el movimiento, mayor libertad en la estructura, menos cuidado en el

atildamiento de la frase. Ambas están sometidas á cánones, que en la poesía miran al orden externo, y al orden interno en la prosa; es decir, que ambas son arte. El arte de la prosa, sin embargo, goza de mayores fueros, puesto que si la poesía métrica no puede invadir la jurisdicción de aquélla, sin degenerar, la prosa puede penetrar, y airosamente, en el campo de la poesía propiamente dicha. Sobre que tenemos la prosa poética para asuntos descriptivos, á que se adapta cumplidamente; la novela, que es un poema, no se escribe más que en prosa, y esta forma, no sólo alterna con la métrica en el drama y en la comedia, sino que aun le disputa prelación. Vámonos, pues, á ocupar en pasar revista, tan rápidamente cuanto este trabajo lo impone, á nuestra producción literaria en prosa.

EL PERIODISMO

POLEMISTAS, CRÍTICOS, COSTUMBRISTAS

Hijos gemelos de la libertad, á la vez que sus paladines, son el periodismo y la oratoria. De ella nacidos, con ella viven y crecen, con ella se identifican, por ella pugnan hasta el sacrificio, como que es ella su condición necesaria de vida. Muerta la libertad, vano sería buscar en las hojas impresas el latido del periodismo ó el grito de la oratoria; aquél es su yugular, ésta su voz. Empero, como la oratoria no vie-



ESCRITORES NOTABLES

D. J. Aguilar y Marocho. **D. Andrés Quintana Roo.**
D. Juan Bautista Morales. **D. Manuel Peredo.**

ne á ser literatura sino después de convertida en palabra escrita, hemos de hacer de ella asunto postrimero de este capítulo.

Ya se entenderá que cuando decimos «periodismo» no intentamos significar otro que el político, el consagrado á iniciar ó discutir las cuestiones de interés público.

Nuestro periodismo tuvo su génesis en las primeras manifestaciones de nuestra vida nacional. De esa génesis ya hablamos, y de ella fueron muestras: *El Despertador Americano*, periódico que fundó el padre Hidalgo, en Guadalajara, y dirigió D. Francisco Severo Maldonado, y *El Ilustrador Americano*, del que fué alma D. Andrés Quintana Roo. Ya hablamos también de *El Pensador Mexicano*, de Fernández Lizardi; *El Sol*, de los escoceses ó centralistas, y *El Correo de la Federación*, de los yorquinos ó federalistas. Fueron, estos dos últimos, órganos de apasionada polémica entre los dos partidos contendientes, cuya importancia principal consiste en haber marcado la fisonomía y tendencias propias de cada uno de esos dos partidos.

Necesaria manifestación de la vida de las democracias, el periodismo, allí donde éstas existen, tiene por misión proclamar y sostener la opinión del pueblo, de las grandes agrupaciones populares, según los matices en que aquélla se halla dividida. Aquí donde el pueblo, en el recto sentido del significado político,

no existe, la prensa, el periodismo, tomó el papel de órgano educador, docente y director del criterio popular: no vino á ser instrumento de la democracia, sino maestro y fundador de ella. Por eso nuestro periodismo, en la propaganda y sostenimiento de sistemas políticos, fué la expresión de señaladas individualidades, que, armadas del prestigio de sus talentos ó de su instrucción, se constituían conductores de las multitudes; por eso mismo los candidatos para el gobierno no surgían de las asambleas públicas, sino de los interesados manejos puestos en juego por oligarcas explotadores del caudillismo y, con frecuencia, mezquinos y codiciosos.

Tal fué, por mucho tiempo, el carácter de nuestra prensa política, hasta que advino la triunfante revolución de Ayutla y su complemento, la Reforma, que plantearon nuestro régimen político en condiciones definidas y sobre la inquebrantable base de los principios.

El periodismo sirvió de medio de revelación de los hombres superiores, y de ahí que de la redacción de los diarios salieran los estadistas (no siempre tales), que tomaban á su cargo y riesgo la gestión de los negocios públicos. Periodista de nota y ministro de Estado llegaron á hacerse sinónimos, porque aquél era el título que daba acceso á los consejos del Gobierno. Esta predestinación de los periodistas fué común á ambos de los dos partidos que se han dis-

putado la dirección de la política nacional, pues como periodistas ganaron sus asientos de ministros D. Joaquín Castillo y Lanzas, el padre Miranda y D. Ignacio Aguilar y Marocho, del bando reaccionario, así como D. Mariano Otero, D. Luis de la Rosa, don Francisco Zarco y D. José María del Castillo Velas-



Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera

co, del partido liberal, para no citar más que nombres culminantes.

Los diarios de mayor importancia, órganos principales de las ideas políticas que aspiraban á predominar en la nación, fueron, después de los que ya quedaron nombrados: *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*, decanos de la prensa liberal, y *La Cruz*, *La Sociedad*; *La Voz de México* y *El Tiempo*, paladines conservadores. De éstos, sólo dos de los últimos citados sobreviven. Con ellos contendieron otros

muchos diarios de vario color político, y se multiplicaron al infinito los que, tras el triunfo definitivo del partido liberal, se erigieron en órgano de las facciones en que aquél se dividió, á causa de la muerte de la reacción, como partido militante, y de las ambiciones que, como natural era, brotaron en el seno de la causa vencedora.

Al nombrar á *El Siglo XIX* y á *El Monitor Republicano,* viene involuntariamente á la memoria el recuerdo de dos editores, de muy alta significación en el desarrollo de nuestras artes tipográficas y del periodismo: D. Ignacio Cumplido, fundador del primero de dichos diarios, y D. Vicente García Torres, del segundo. Ambos se prenetraron de la trascendental influencia de la imprenta en la civilización y del periodismo en las democracias, y se consagraron afanosos á los adelantos de aquélla y á la difusión de éste en la República.

Ningún otro documento puede igualarse al de los diarios para conocer los estados sociales y políticos por los que México ha evolucionado, y nunca alcanzó á tener significación mayor que en aquellos períodos de acerbísima lucha que presidieron nuestra transformación nacional. La pasión y la vehemencia, rayanas en el paroxismo, por el sostenimiento de tesis diametralmente contrarias; la febril enemiga de los bandos en conflicto, allí, en la prensa, se hallarán al vivo retratadas. Nada respetaron los contendientes

para herir al adversario; cuando no la calumnia, el denuesto. Hubo, sin embargo, quienes, en medio de aquel torbellino de iras, guardaron la serenidad y compostura, tan convenientes en las querellas de razón.

Fué D. Francisco Zarco el alma de *El Siglo XIX*, de cuya dirección y redacción se encargó en época en que ya el diario teníase ganado puesto brillante en el estadio de la prensa, cuyas columnas habían sido ilustradas y amenizadas por inteligencias de la magnitud de D. Juan Bautista Morales, D. Mariano Otero, D. Luis de la Rosa y D. Guillermo Prieto; sin embargo de lo cual, Zarco lo levantó á mayor altura, al extremo de que llegara á ser el colmo del honor para un periodista ó un literato figurar en la redacción de *El Siglo XIX*. El prestigio de éste sobrevivió al ilustre repúblico, hasta la época en que abandonó su dirección el eminente publicista y hombre de letras D. Francisco Gómez del Palacio, que contó entre sus colaboradores al malogrado joven jalisciense D. Ignacio Silva.

El secreto de la autoridad que Zarco conquistó para su diario, no consistió solamente en sus indiscutibles excelencias de periodista, en la fluidez de su pluma, en la profundidad de sus juicios, en la nítida claridad de su frase; más que en todo eso, en la franca sinceridad de sus convicciones, en la lealtad para con sus adversarios, en su amor sin tasa á los fueros

de la libertad, que la quería una para todos, para sus contrarios mismos. Por eso quiso y sostuvo siempre, partidario como era de la libre emisión del pensamiento, que no hubiera atajadizos para la prensa, y confiaba tanto en la suficiencia de este su dogma, que no admitía para ella otro correctivo que la prensa misma.

A la manera que Zarco para *El Siglo*, fué D. José María del Castillo Velasco para *El Monitor Republicano*, del que hizo fortaleza inexpugnable de las libertades públicas. El notable publicista daba la nota precisa á la prensa de oposición y sus ataques eran los únicos que preocupaban al gobierno constitucional, por cuanto partían de mano no sospechosa á la causa de las instituciones, realzada por virtudes cívicas casi excepcionales. Entre los colaboradores de *El Monitor* cabe mencionar á D. José Ribera y Río y á D. Juan Pablo de los Ríos, y al que tan popular se hizo con sus humorísticas *Charlas dominicales*.

Terciando con esos dos adalides aparece *El Federalista*, fundado bajo los auspicios del gobierno del presidente Juárez por el hábil periodista D. Alfredo Bablot, quien asoció á su obra á lo más granado de la juventud literaria de aquel entonces. Otro diario que, sin la circunstancia de haberse jurado á la defensa de intereses circunscriptos, habría ganado prestigio, fué *La Revista Universal*, de D. Ángel Núñez, sujeto nutrido de sólidos conocimientos y dotado de

espíritu conciliador, que le hacía poco acepto á los partidos extremos. Andando el tiempo, este diario pasó á dirección distinta, y en él se revelaron talentos distinguidos que ahora recordamos con tristeza: D. José Negrete, muerto en el orto de su vida, don Eduardo Garay y D. Jorge Hameken y Mejía.

Tras de estos diarios de la afiliación liberal, el que llegó á gozar de una significación lisonjera fué *La Libertad*, sin duda, más que por otra cosa, por la agrupación de jóvenes henchidos de intelectualidad que formaron el grupo de su redacción. Fué en él donde relampaguearon los primeros destellos del positivismo político. *La Libertad* sirvió de sudario á un joven, á Santiago Sierra, en quien la naturaleza había encarnado con esmero las dotes de Psiquis. Mucho le amamos, y pedimos perdón al lector si colocamos aquí una nota personalísima: sólo una lágrima, no más que una lágrima á su ternísima memoria.

Diaristas dignos de sus adversarios tuvo á su servicio la bandera del *stato quo*. *La Cruz* fué el lábaro enarbolado por la flor y nata del tradicionalismo, signo al que ya no era propicia la victoria. Diario radicalmente católico, él dió campo al lucimiento del hondo saber y de los privilegiados talentos de don José Joaquín Pesado, del obispo Munguía, D. José Bernardo Couto, D. Luis Gonzaga Cuevas y de algunos más de inferior talla; mas á todos sobrepujó, con tamaños de atleta, D. Ignacio Aguilar y Ma-

rocho, que aunaba á un verdadero tesoro de conocimientos, aptitudes tan singulares como las de Zarco para el periodismo de combate. Muerto su partido en el Cerro de las Campanas, Aguilar y Marocho continuó sosteniendo sus ideas con brío de batallador en *La Voz de México*, hoja en que se refugiaron los tenaces imitadores de la mujer de Lot que habían sobrevivido á la espantosa catástrofe de Querétaro.

En el periodismo muy principalmente se abrieron, como en liza de titanes, las polémicas suscitadas por el choque de los dos partidos en guerra, y en ellas se distinguieron, del lado liberal, D. Francisco Zarco, el mártir D. Melchor Ocampo, D. Ignacio Ramírez, D. Joaquín Ruiz, D. Ponciano Arriaga y don José María Iglesias; y del lado tradicionalista, los redactores de *La Cruz* y el incomparable Aguilar y Marocho, que hallaba recursos y argumentos para defender una causa irremisiblemente perdida.

También la crítica halló espacio en el periodismo para lucir sus juicios. Fueron dos literatos los que más sobresalieron en este género de estudios: D. Ignacio M. Altamirano y D. Manuel Peredo. Aquél, amplio, liberal, estimulando más que corrigiendo, por un procedimiento que, sin ser doctrinario, no perdía de vista los medios que el arte tiene consagrados, sin olvidar tampoco la finalidad de éste. Sus *Revistas literarias* son joyas preciosas de bien equilibrado criterio y de exquisito buen decir, que, exentas de la

monotonía y pesadez de la didáctica, se leen con deleite y provecho. Peredo, rebosando de aticismo, en una dicción admirablemente castigada y no porque la castigara, sino porque la corrección y la gracia eran geniales en su pluma, escribió críticas literarias de encantador atractivo. Su habla era como eco de la de los gloriosos maestros de la edad de oro de la hispana literatura.

Don Francisco Pimentel es autor de un grueso volumen intitulado: *Historia crítica de la poesía en México*, afortunada muestra de su rica erudición en literatura, mas no adecuada á hacer aceptables sus doctrinas. Pimentel pecó por el rigorismo, por la nimia severidad, por un incondicional apego á las reglas, en las que cifraba todo el secreto del éxito de la poesía versificada. Maduro, docto, recto y honrado, faltóle una sola condición para ser celebrado crítico en la materia que trató: faltóle el sentimiento poético, lo que le incapacitaba para juzgar á los poetas, á quienes, antes que aplicarles el cartabón de la métrica, hay que sentirlos. No es, por tanto, extraño que Pimentel haya criticado con notoria acerbidad las poesías de D. Ignacio Ramírez, sin perdonar las de D. Manuel Acuña.

En el puro arte no nos han faltado críticos excelentes, ni quienes, aspirando á tales, osaran á mayores, cazando en vedado.

Críticos de arte y de primera fuerza lo fueron don

Aniceto Ortega y D. Alfredo Bablot, el primero en la música, el segundo en la universalidad de las artes, pues dotado de especiales conocimientos y de un talento clarísimo, gozó de un gusto á tal extremo delicado, que llegó al refinamiento. Otros críticos de



D. Manuel Eduardo de Gorostiza

arte no menos respetables hubimos de contar: citemos al doctor Lucio y á D. José María Iglesias; mas éstos nunca enunciaron sus juicios al público, que los emitían con la amenidad de verdaderos artistas, en la intimidad de las pláticas.

Suele la crítica codearse con la sátira, ó tomar la acritud del epigrama, y aun hermanarse en el estudio de las costumbres.

En materia de costumbristas, es decir, de los que se han ocupado en pintar ó describir en cuadros animados las costumbres de determinadas clases de nuestra sociedad, no sólo no hemos carecido de ellos, sino que los hemos tenido excelentes, que á la gracia de la pintura han sabido unir el prestigio de la exactitud.

La producción más importante que poseemos del género es *El Gallo Pitagórico*, de D. Juan Bautista Morales, publicada bajo el anagrama de «Erasmo Luján», que es el de su nombre. Allí, con atinada manera, se sirvió de la sátira para pintar al desnudo las triquiñuelas y bastardías de los hombres de la política, y para dibujar de mano maestra escenas de la vida social de su tiempo, llenas de cómico humorismo.

Don José T. de Cuéllar *(Facundo)* dejó alta nota de costumbrista. Consciente de su arte, sus cuadros viven y se mueven, los lineamientos de sus figuras son caricaturescos y su estilo bulle, salpicado de picores de sal y pimienta. Los artículos de costumbres de *Facundo* corren impresos en las publicaciones en que colaboró, muy principalmente en *El Renacimiento* y *El Album de Navidad*.

Como cipreses entre juncos sobresalen, en el periodismo de Yucatán, D. Justo Sierra y D. Manuel Barbachano. Sierra, como ya quedó dicho, fundó *El Fénix*, semanario político y de variedades, en el que

el eminente polígrafo vertió los caudales de su saber y de sus talentos, y *La Unión Liberal*, periódico de concordia, llamamiento á todos los buenos yucatecos á la obra patriótica de poner término, por el esfuerzo común, á las desventuras que afligían á la península y la amenazaban de muerte.

Fué Barbachano el redactor perpetuo del órgano oficial del Gobierno de Yucatán, perpetuidad que debió á la singular flexibilidad de su pluma, virtud estupenda en época en que aquella tierra era presa de las facciones más desatentadas y en que las administraciones se sucedían como figuras de caleidoscopio, sin regularidad alguna y sin otra lógica que la de la anarquía más desconcertada. Sostenerse, pues, en un puesto público, en aquel torbellino en que todo rodaba, arguye incontestable superioridad: era que Barbachano, tan talentoso como hábil, sabía complacer al amo del día sin agraviar al amo de mañana. Pasmosa era la facilidad de su pluma, la corrección de su estilo, la posesión del habla, cualidades que había adquirido en el Instituto de Jovellanos, de que fué alumno.

Fué también costumbrista, género en que nos atrevemos á parangonarlo con el mismo D. Ramón Mesonero Romanos, tal así es la gracia y verdad de sus escritos, como es de verse en la colección que dió á la prensa bajo el título de *Artículos de costumbres*.

Trató también de emular en esta materia á Bar-

bachano el notable literato D. Fabián Carrillo, fácil y castizo en el decir; mas si no le quedó muy á la zaga, nunca alcanzó á igualarlo.

El periodismo político ha tenido en Jalisco esplendoroso florecimiento. Envidiable fué el que alcanzó en la época en que *El País* y *La Civilización* contendieron con el vigor y ardimiento que sólo las convicciones engendran. *El País*, órgano del partido liberal avanzado, corría bajo la dirección de un conspicuo literato y publicista eminente, contando por adversario en *La Civilización,* rey de armas de los tradicionalistas jaliscienses, á otro no menos distinguido periodista, á D. Rafael Arroyo de Anda, con quien, con no inferior talento, colaboraba otro escritor que le sobrevive y es ahora ornamento del foro de la capital.

Loarse puede Jalisco de sus aventajados costumbristas. Túvolos y tiénelos de gran valía; no han muerto los mejores, y nos limitaremos á citar al que hace obra de cuarenta años escribió deliciosamente sus artículos y cuadros de costumbres bajo el seudónimo de *Fabio,* cuya real personalidad, por rara discreción del tiempo, no ha llegado á descubrirse, y á don Joaquín Gómez Vergara, que en *Fotografías á la sombra,* libro, por desgracia, poco habido, se reveló atinado costumbrista. No fué fotógrafo, fué pintor, cuyo pincel legó á manos tan hábiles como la suya.

HISTORIÓGRAFOS, SOCIÓLOGOS, VIAJISTAS

¿La historia es literatura?

Indudablemente que sí, cuando por historia se entiende, no el simple relato de los sucesos acaecidos en determinado período de la vida de un pueblo ó de una sociedad, expuesto sin arte, sin otra mira que la de transmitir á los pósteros la memoria de tales sucesos, que esa es la crónica. La historia es literatura cuando el que la escribe se apodera de los acontecimientos y los estudia, «para reconstituir, según la pintoresca frase de M. Gaston de Boissier, una verdad de conjunto, con fragmentos de verdad». En la historia deben, pues, entrar tres elementos del arte: objeto, modo y finalidad. No basta que un libro contenga la narración de sucesos de la mayor importancia, para que reivindique el nombre de historia; precisa que la narración, además de escrita en forma que interese al lector, aspire á un fin determinado, fin que, como en toda obra de arte, depende de las peculiares concepciones y tendencias del que las ejecuta.

Así formulada la tesis, ¿tenemos historiadores? Sí, y de excelencia suprema, aunque hasta hoy, salvo algún texto para servir al profesorado, limitados á escribir de historia nacional.

El mayor de nuestros historiógrafos es D. Lucas Alamán, quien, en sus *Disertaciones históricas* y en

su *Historia de México* comprendió toda la de nuestra patria, desde la época colonial hasta la contemporánea. El estilo de Alamán es de una elegante sencillez, sobrio en la dicción y abundante en acopio de datos, y sería, sin duda, el más estimado de nuestros historiadores si su filosofía no fuera exótica, más española que mexicana. Como sucede en general, por no decir absolutamente, con cuantos se dedican á obras de ese género, la pluma de Alamán corre con frecuencia mojada en la tinta de sus pasiones, de sus personales odios ó afectos, odios ó afectos que son natural producto de sus ideales políticos. Fuera de esta tacha, que es dudoso sea exclusivamente suya, los trabajos del insigne estadista demuestran la suma de sabiduría de que estaba dotado, y el gran conocimiento que atesoraba de nuestros hombres y nuestras cosas.

Don Carlos María de Bustamante, con sentimientos contrarios á los de D. Lucas Alamán, escribió la historia de la guerra de emancipación, con el título de *Cuadro histórico*. Testigo presencial de muchos de los sucesos que relata, es, en lo general, verídico. Carece del frío reposo del historiador, su criterio suele mostrarse infantil, el estilo es poco cuidado, más que llano, familiar, y por esto, así como por la vehemencia de sus frecuentes arrebatos, su historia merece más el calificativo de *Memorias*.

El *Ensayo histórico sobre las revolueiones de Mé-*

xico, de D. Lorenzo Zavala, es documento irrefragable de la sinceridad que caracterizó á este personaje. Actor de los más principales en un período no corto de la historia nacional, de 1821 á 1835, no excusa sus propias faltas, sino que las condena como juez severo, sin efugios ni atenuaciones.

La obra está escrita con sencillez, claridad y franqueza, y con gran elevación de miras; es más filosófica que narrativa, y Zavala habría sido un admirable historiógrafo á no haber historiado acerca de sucesos á que no fué extraño.

El Dr. D. José María Luis Mora corre por la misma pista que Zavala, en su obra: *México y sus revoluciones*, que es más libro de sociología que de historia, puesto que toma á ésta como ocasión para disertar ampliamente sobre las causas producentes de nuestros vernáculos disturbios, de nuestra lenta transformación nacional y de los embarazos obstruccionistas de nuestro adelanto, y para proponer los medios de práctica solución á tan ingentes problemas. Mora es un profundo pensador, un gran mexicano, que pone talento y corazón al servicio de la patria, movido por el santo deseo de asegurar sus destinos. La memoria del ilustre patricio, si no vive, debe vivir en el alma de sus conciudadanos, reclamando un monumento que exteriorice el homenaje de la gratitud nacional.

Con el título de *Reseña histórica*, D. José María

Tornel dió á la estampa un libro que abarca un buen período de la historia nacional, el cual libro contiene documentos de alto interés público, noticias de sucesos que, por el papel que desempeñó en la política, estuvo en condiciones de conocer mejor que nadie, y revelaciones que explican hechos que, sin ellas, pasarían por incomprensibles. Este trabajo, escrito en galano estilo, por lo que hay en él de personal y de íntimo, tiene más el carácter de *Memorias* que el de historia propiamente tal.

Político-sociológico es el libro del eminente hombre de Estado de la afiliación conservadora, don Luis G. Cuevas, informado por un criterio pesimista. *El porvenir de México* es el descargo y defensa del régimen estrecho del tradicionalismo, obstinado en cerrar el acceso á las innovaciones, al sistema franco y abierto de la tolerancia, de la libertad en política como en religión. Distínguese esta obra por su correctísima dicción, la viveza del estilo y el acento de convicción que en ella domina, tal, que sus paralogismos parecen á primera vista razonamientos incontestables. Cuevas era un dialéctico de fuerza y un carácter.

Íbamos ya olvidando á dos sapientísimos varones que consagraron labores importantes á la historia nacional: D. Manuel Orozco y Berra y D. Joaquín García de Icazbalceta. Historió el primero con copiosa erudición y prudentísima exegesis sobre la anti-

güedad mexicana y sobre el período más brillante de la colonia. Sus trabajos son consultados como documentos clásicos, pues Orozco y Berra satisfacía todas las condiciones que en el historiador deben concurrir: ciencia circunstanciada de los acontecimientos, recto juicio y ánimo imparcial. Icazbalceta, español de origen, fué aquí en México donde se formó, donde desarrolló sus singulares capacidades, donde contrajo los vínculos de afecto que á esta tierra lo ligaran y á la que pagó crecido tributo de cariño, haciendo de su vida útil, laboriosa y honrada, dechado de las mejores virtudes cívicas. Escribió numerosas monografías sobre la historia de México, que está editando, con las obras de Orozco y Berra, el conocido literato y periodista D. Victoriano Agüeros.

De la obra monumental: *México á través de los siglos*, D. Vicente Riva Palacio, bajo cuya dirección se publicó tan importante trabajo, escribió el tomo segundo, en el que se acreditó digno de competir con los historiadores de más renombre por la acuciosidad con que acumula los datos, el desembarazado criterio con que los analiza, el agradable modo con que narra los hechos y la imparcialidad con que juzga á los personajes. Don Juan de Dios Arias ensayábase en escribir el tomo cuarto de la misma obra cuando la muerte arrancó la pluma de su diestra, apenas escritas las páginas primeras, que nos dejó como vislumbre de una promesa frustrada.

Hubo, por fortuna, mano entendida y discreta que recogiera la pluma de Arias, y apoderándose de su concepción, continuara y concluyera la iniciada labor.

Á la enumeración de los que se han ocupado en tratar de la historia general de nuestra patria, hay que agregar la de los historiógrafos regionales, que no ceden en mérito á los primeros.

Don Eligio Ancona escribió la *Historia de Yucatán,* modelo de corrección en cuanto á la forma y en cuanto al fondo, que se impone como consulta á los que aspiren á conocer, sin riesgo de engaño, los sucesos de la península, desde la más remota edad hasta la contemporánea.

El obispo D. Crescencio Carrillo escribió también sobre historia yucateca; mas, aficionado á lo original y peregrino, sus trabajos han sido muy discutidos.

Don Serapio Baqueiro, autor de *Las revoluciones de Yucatán,* es un compilador paciente, solícito é infatigable, y sus libros contienen precioso acopio de datos para servir á la historia de aquella importantísima porción de la madre patria.

Tiene Oaxaca su notable historiador, el presbítero D. José Antonio Gay. Es su obra un juicioso y bien meditado trabajo, que arranca de la época de la predicación apostólica, llevada á cabo en aquella región, con fervoroso celo cristiano, por misioneros dominicos, y termina con el triunfo de la independencia, de la cual guerra fué Oaxaca cruentísimo teatro. Los

oaxaqueños ganaron la emancipación á precio de su sangre, lo que explica por qué el amor á la patria y á la libertad sean en ellos cualidades ingénitas. No les lastiméis alguno de esos sentimientos: son su *Noli me tángere;* se lanzarían como fieras, no importa con qué armas, ni contra qué adversarios, á castigar el agravio.

Las crudezas del despotismo suelen no ser estériles. Al confinamiento de D. Guillermo Prieto á los rigores de la costa veracruzana, somos deudores de sus encantadores artículos: «Viajes de orden suprema», en los que en florida prosa nos pintó las bellezas de aquellas comarcas, donde el sol, en apasionado desposorio con la tierra, inyecta en ella sus gérmenes de luz y de calor para que los transforme generosa en la infinita y aduladora prole de los frutos tropicales.

Este mismo Prieto nos dió, muchos años más tarde, ya coronada la cabeza de nieve, desilusionada el alma y desengañado el corazón, su «Viaje á los Estados Unidos», que le fué impuesto de orden suprema del hado, literario desahogo de la descomunal aventura á que se lanzó en defensa de los fueros de su cara Dulcinea, la maltrecha Constitución del 57. El «Viaje» es más el ameno relato de un poeta que la reflexiva anotación de un estadista.

De estadista es el de D. Lorenzo de Zavala á la misma Unión Norte-Americana, efectuado en 1830.

No hay una sola línea inútil en las trescientas ochenta y dos páginas de que el libro consta. Todo está allí observado atentamente, y todo comentado con profundidad y lucidez: instituciones, funcionamiento de ellas, policía, adelanto, causas materiales y morales que lo han determinado, poderío, expansibilidad, y del estudio de ese conjunto, el pronóstico de la vocación de aquel pueblo á pesar inmensamente, no ya en los destinos de América, sino en los del mundo entero. La previsión se ha cumplido: la Unión Norte-Americana crece y se agiganta, nutrida por el aliento de la libertad; y en tanto que, por el saludable sentimiento de la propia conservación, la tomamos como maestra y nos adiestramos para hacer como ella, los manes de Zavala, que no aspiraba á otro ideal, yacen inultos en las gemonías del oprobio, esperando, tal vez en vano, la hora de la vindicación.

Á Yucatán somos deudores de un excelente libro de viajes, en el que lo ameno alterna con lo instructivo, como que es producto de la pluma del ilustre D. Justo Sierra. Titúlase: *Impresiones de un viaje á los Estados Unidos y al Canadá,* y viene á ser, al cabo de quince años, á manera de continuación del libro de Zavala.

ORATORIA

Una república, una democracia muda, es inconcebible. La cosa de todos, *res pública,* debe ser por

todos examinada y discutida por todos, si no directamente, sí por sus órganos, ora oficiales, ora independientes. La oratoria es, en este concepto, el complemento del periodismo. Mientras que aquélla se ejercita en las asambleas populares ó representativas, éste difunde por los cuatro vientos las ideas que en ellas tronaron por voz de sus oradores.

Las democracias, que son vida, movimiento y acción, han menester, para no ser torbellinos fatalmente agitados, de fuerzas directrices que orienten su impulso.

Hablamos ya del periodismo; toca su turno á la oratoria.

Expresión de la conciencia pública, su misión es la de constituirse en intérprete de los altos intereses sociales, abogando, fiscalizando ó decidiendo como juez. Allí donde hay un interés comunal que hacer prevalecer, donde se manifiesta un derecho desconocido ó lastimado, donde apunta la necesidad de crear nuevas condiciones de vida nacional, donde asoma una amenaza ó un peligro para el decoro, la honra ó la integridad de un pueblo, allí estalla el grito de la oratoria para demostrar y convencer, absolver ó condenar, iniciar ó persuadir, irritar y encender, según la naturaleza del sentimiento que haya necesidad de poner en acción. Sólo en una ocasión enmudece la oratoria: en los funerales de la Libertad.

República y democracia, como somos, la oratoria

ha tenido campo, y á Dios pluguiera no hubiera sido tan vasto, en que ejercitarse, y se ha ejercitado brillante, espléndida, deslumbradora.

Tan numerosos han sido nuestros oradores de talla, que no cabe dar idea de cada uno de ellos ni en las estrecheces de la semblanza.

De todos los géneros literarios, la oratoria es el único del que no puede hablarse con acierto por la simple lectura. Cuando aceptamos que Demóstenes y Cicerón fueron los más grandes oradores de la antigüedad, procedemos más por la opinión recibida que por lo que nos enseñan las arengas y discursos de esos dos inmortales, tal como la imprenta nos los da hoy á conocer.

Juzgar de un orador sin haberlo visto y oído en la Agora, en el Senado, en los Rostros, en la Convención ó en la Asamblea, sería tanto como consentir á un ciego nato que juzgara de la luz. Así, pues, al traer los nombres de las oradores que gozan en nuestra historia reputación de tales, en tal ó cual grado de prominencia, nos atenemos á lo que ha sancionado el fallo de la tradición, sin quitarle ni ponerle.

Natural es que estos oradores hayan florecido en los tiempos en que los grandes intereses públicos se han agitado, reclamando soluciones apremiantes, y no en los tranquilos y normales, en que la meditación y la calma son dueñas del tiempo y de los acontecimientos.

Nuestros primeros oradores apuntaron, por tanto, en nuestras primeras asambleas deliberantes, y tienen por precursor el licenciado Verdad, que en pleno imperio de la política de derecho divino, osa proclamar, con la elocuencia del valor, del saber, del talento, de la convicción y de las más altas aspiraciones del patriotismo, la doctrina inaudita de la soberanía popular.

Conquistada la independencia, vienen los congresos que han de constituir á la nación sobre las bases del Plan de Iguala, el primero, y el segundo á la República.

Se alzan entonces en la tribuna parlamentaria don Miguel Ramos Arizpe, D. Manuel Gómez Pedraza, D. Lucas Alamán, el primero y el último contrapuestos en principios; Ramos Arizpe, invocando el sol del nuevo día, con el cortejo de promesas qne debe realizar, federalista apasionado que cuenta por tenientes á D. Prisciliano Sánchez, el benemérito organizador del Estado de Jalisco, á D. Manuel Crescencio Rejón, vehemente y agresivo, á D. Juan de Dios Cañedo, cuya elocuencia fué impotente para detener el puñal de sus asesinos; Alamán, ganando aplazamientos que su habilidad sabe hacer valer; Gómez Pedraza, ambicioso disimulado, que contemporiza, pero no pacta, con los dos partidos extremos.

Zavala, por su parte, se defiende, avanzando, del ataque de sus adversarios, y sube muy alto, para caer más tarde herido de su propia mano, al lastimar con

lesión profunda é incurable la Carta fundamental de la República.

Jamás el partido de los liberales moderados contó con servidor más sincero, más firme ni más impetuoso que D. Mariano Otero. Diserto y elegante en las columnas de *El Siglo XIX,* es elocuente en la tribuna, en la que su moderación no tiene poder de reprimir sus arranques.

Afiliado en la misma escuela que Otero, D. Luis de la Rosa nunca llega á la vehemencia. Causa horror á su carácter templado todo lo que es excesivo, razona fríamente, sin que falten á su palabra, gravemente apacible, destellos de fantasía; él, como Otero, fué desinteresado patriota.

Y ¿qué decir de Llaca? Llaca es la probidad elocuente: por alto que sea su diapasón, resultan aún más altos su honradez y su valor; habla convencido, y por eso convence. No titubea, no contemporiza y va derecho al fin que persigue: hacer de su patria una tierra libre y digna; del gobierno, la expresión genuina de la voluntad nacional. Por desgracia, aun no sonaba la hora de los grandes caracteres.

Don José María Tornel, correcto en la frase como en el porte, fluctuando en las fronteras de las opiniones en conflicto, carece de decisión; mas su simpática figura, su palabra fácil y bien preparada, asegúrale acogida benévola en la tribuna, que si no ilustra, no deja desairada.

Nuestros desastres en la guerra con los Estados Unidos de Norte-América, pagados con nuestra humillación y nuestra vergüenza, revelan en el Congreso de Querétaro á un orador potentísimo: al diputado D. José María Cuevas, que se arranca á las garras de la muerte, se hace conducir á la asamblea, sube trabajosamente á la tribuna, y allí, intérprete de los corazones fuertes que á la honra y á la dignidad de la patria posponen todos los bienes de la tierra, prorrumpe en elocuentísimo discurso, como jamás vibrara en labios mexicanos. Aquella su palabra trémula, apagada, más acento de la tumba que de espíritu viviente, es queja, es deprecación, gemido, anatema, conjuro, grito de guerra, de titán, que aun tendido en tierra, no se rinde al hado, no capitula con el vencedor. Y la perdida causa de la guerra alcanza el voto de una minoría que, si lo es sólo relativa por el número (1), es mayoría por su significación, por el valor intrínseco que aquilata el de aquellos denodados mexicanos que prefieren la muerte á la ignominia. Y la voz de Cuevas no se oyó más: su discurso fué la oración fúnebre de la mutilación de la patria, á la que tan grande alma no podía sobrevivir.

De otro Cuevas, de D. Luis Gonzaga, hay que hacer mención. Partidario de la paz, fué uno de los que la signaron en Guadalupe, por irónico sobrenombre,

---

(1) Treinta y cinco votos contra cincuenta y uno.

Hidalgo. Conspicuo miembro del partido tradicionalista, como orador perteneció á la escuela doctrinaria, y dejó reputación de hombre recto y desinteresado.

Viene ahora nuestro gran poeta, D. Guillermo Prieto. Pasado ya el período en que, ora en el periodismo, en el destierro ó en la tribuna, y hasta en la cárcel misma, luchó sin tregua ni miedo por las libertades públicas y los grandes intereses de la civilización, retirado á su tienda, como el héroe griego, escuchaba el estrépito de los debates sin terciar en ellos; mas si á sus oídos llegaba un aserto, una frase, un concepto que en algún modo lastimara la integridad del credo liberal, allí saltaba, en aquel punto se entraba en la pelea, y era de oirle, balbuciente á los comienzos de su discurso, rastreando á manera de quien busca los olvidados arreos, para ir luego subiendo el diapasón, hasta prorrumpir en los admirables ditirambos que su inagotable lirismo le sugería. Y su palabra asumía todo su impulso ascendente, cuando, cerrados los ojos cual si quisiera percibir con mayor perspicuidad sus ideas, perdida la percepción del mundo externo, remontábase á las alturas á inspirarse en los divinos arquetipos.

El Constituyente de 1856, llamado á dar forma á los ideales de la revolución, fué lugar de cita para las más elevadas capacidades del partido liberal. La palabra, antes amordazada, hallaba ocasión de resonar

franca, poderosa y rotunda, en aquella asamblea adrede convocada para dar cimiento y base á los principios de la democracia y del derecho humano. Allí se distinguen Zarco, Ramírez, D. Isidoro Olvera, D. Ponciano Arriaga, y tantos otros. Mas es Zarco quien á todos sobrepuja, no precisamente por la superioridad intelectual, en la que no puede dejar en zaga á Ramírez, *el Nigromante,* sino por sus dotes de orador, en las que ha habido muy pocos que le igualen, y acaso uno que otro que le aventaje.

Dueño de un arsenal abundantemente provisto, en que no hacía falta arma ninguna, sabía usarlas á discreción, desde el razonamiento frío hasta la prosopopeya, la sátira y la ironía, distinguiéndose singularmente en el uso de esta última. Hay epigramas suyos que aun viven y que han dejado marcado con el ridículo las personas ú objetos á que los aplicó. Fué privilegiada su memoria, como bien lo acredita el haber escrito la *Historia del Congreso Constituyente,* sin necesidad de taquígrafos, narración que ha de ser verídica, tanto por el hecho de no haber sido por nadie contradicha cuanto porque sus pasajes son citados sin reserva por miembros muy distinguidos de aquella asamblea.

Á Ramírez hay que colocarlo inmediatamente después de Zarco, pues si bien sus dotes exteriores ó físicas no lo apropiaban para la tribuna, que su voz, aunque de grato timbre, era débil y nula su acción,

sus razonamientos, que enunciaba sin aparatos, más en forma castiza, la lucidez, la diáfana profundidad y el alcance de ellos que hacía á todos percibir, solían ser motivo de que á él correspondiera el honor de pronunciar la última palabra de un debate.

Promulgada la Constitución del 57, quedaba ya construído el nido de águilas para la cría de oradores; y, en efecto, brotaron lozanos y potentes.

Don Ignacio M. Altamirano venía de las montañas del Sur, cargados sus juveniles hombros del mundo de ideales que acababan de relampaguear en las cimas de su tierra nativa. Abundante la palabra, sonoro el timbre, nueva la idea, apasionado el sentimiento, su elocuencia era impetuosa, á las veces con violencias de tempestad, dantoniana, rasera en la justicia, soñadora en la democracia, que proclamaba como fórmula sin cortapisas, en medio de multitudes que le aplaudían sin comprenderlo.

Sabio, que sabe que lo es, mal género de sabios; clásico empapado de Tácito, de Tito Livio, de Horacio y de Virgilio, favorecido por su prestancia oratoria, voz extensa, voluminosa de bajo profundo, solemne en el decir, con un *córam-vobis* digno de la tragedia, D. Ezequiel Montes ganó fama en vida, y murió con ella, de gran orador. Que lucía, no quepa duda, y sabía como nadie ingerir en el comentario de un texto constitucional ó en la discusión de los acontecimientos del día, bien una sentencia de los historiadores y

filósofos, ó ya una imprecación, ó un epifonema de los grandes poetas de Roma.

Don Joaquín Ruiz, á la inversa de su predecesor, se presentaba exento de todo alarde. Llano, claro, conciso, mas en tal modo apremiante y decisivo en la argumentación, que acallaba réplicas, y si no convencía, derrotaba.

No era un latino; más bien habríase tenido á don José María Iglesias por amamantado en la elocuencia sajona. Con saber de benedictino, modestia de atleta, integridad estoica, acrisolado patriotismo y abnegación ejemplar, sus talentos tenían por base, esa que es incomovible, la virtud. Fiel compañero de Juárez en el infortunio, recogió con Juárez la gloria del triunfo. Probo y entendido en el manejo de las finanzas nacionales, no lo fué menos en las diversas gestiones que durante la guerra de intervención, y después de ella, tuvo á su cargo; mas si á tamañas cualidades debió la respetabilidad que todos le reconocieron, no fueron ellas las que le conquistaron el renombre de orador: vínole de las personales condiciones que de la naturaleza recibiera. Correcto y nítido en la dicción, reposado en la manera, seguro en el asunto, lógico correctísimo, íbase derecho al adversario, lo contundía, lo acorralaba y postrábalo vencido.

Prendida de veinticinco alfileres, pulcra, afiligranada, oratoria de abogado aristócrata era la de don

Rafael Martínez de la Torre, cuya voz meliflua de tenor de fuerza, adulaba el oído. Sus opiniones iban siempre envueltas en la autoridad de los textos que para apoyarlas invocaba. El solo anuncio de que iba á hablar en el Congreso era un reclamo para palcos y galerías, que no daban espacio para el numeroso público que acudía solícito á escucharle.

Ojos de topo é inteligencia de águila, tal fué don Justo Mendoza. Su voz apagada fluía de sus labios como el agua cristalina de inagotable manantial, y tal era el prestigio de su oratoria, que para no perder una sola sílaba de sus discursos los diputados se apiñaban alrededor de la tribuna. Su elocuencia pertenecía á la propia cepa de la del ilustre diputado don José María Cuevas, con la diferencia de tiempo y de circunstancias. Tocaron á aquél en lote horas de adversidad, de derrota y de humillación; á éste días de esplendor y de triunfo. Hombre de gobierno y jurado á las instituciones de la República, en su expresión más avanzada, su palabra llevaba impreso el sello de un impecable sentido práctico.

Lanzado de su puesto de gobernante por las intrigas de facción, D. Francisco Hernández y Hernández vino á alzarse en la tribuna parlamentaria. Melena de león, ojos grandes y lucientes como el acero bruñido. tórax de gladiador, voz estentórea como el trueno, tales eran las condiciones físicas de este orador, que se hizo notar por la presteza de la concepción, la

oportunidad de sus réplicas y el arresto con que abordaba las cuestiones más escabrosas, sin que fueran parte á debilitar esas cualidades ni el desaliño é incorrección de lenguaje ni la pobreza de conocimientos, que no curaba de disimular.

No fuera de justicia pasar en silencio á un grupo de oradores que, á guisa de capitanes de escaramuza, hicieron armas con lucimiento en las justas de la palabra.

La oratoria de D. Joaquín María Alcalde era viva, patética, impresionista. Todo era en él animación y movimiento: el gesto acompañaba la palabra, y la palabra era grito ó acento ahogado, si el caso lo pedía. Dió muestras de gran valor civil en la defensa pública del ex dictador el general Santa-Anna.

Lemus, D. Nicolás, fué vehemente y agresivo, y como su brazo estuvo siempre dispuesto á mantener sus conceptos, se esquivaba tenerle por contrincante.

Don Juan Sánchez Azcona tuvo la habilidad de luchar siempre del lado del gobierno. Su estilo era llano, pero preciso, y aun sabía arrostrar las iras de la oposición.

Menos vehemente que Lemus, tan resuelto como él, aunque menos espontáneo, fué D. Roberto Esteva, que pagó buen tributo á las letras, llegando á ensayarse en la dramática.

Nuestra oratoria ha tenido su Júpiter tonante. Cuando se erguía en la tribuna, transfigurábase ésta

en Olimpo ó en Sinaí. Su voz de barítono vibraba como fusta ó como hoja damasquina, y eran sus frases relámpagos ofuscadores ó proyectiles mortíferos. Su inteligencia soberana no conocía vallas: águila en todas partes, lo mismo se cernía en los aires para caer sobre su presa, que mirababa al sol cara á cara, sin parpadear. Consumado esgrimidor de la palabra, nunca dejó de parar sin responder, y su respuesta fué siempre certera, mortal. Clavaba al adversario, y no era ni para dispensar una mirada á su víctima ni para alardear de la victoria. Ningún recurso oratorio érale desconocido, y de todos sabía hacer uso sin esfuerzo: el frío razonamiento, la paradoja brillante, la ironía ó la burla, el desdén ó la gravedad, el halago seductor ó la amenaza solemne y hasta el vaticinio profético. Era su lengua circunvolución de su cerebro, órgano pensador, valga la hipérbole, tal así brotaban y fluían y se precipitaban los razonamientos de sus labios. Se ejercitó en las dos formas de la oratoria parlamentaria: en la de oposición como en la gobiernista, mas siempre al servicio de los grandes intereses nacionales. Patriota insigne, aceptó con Juárez los desposorios con la desgracia, que le dió ocasión para revelar la magnitud de sus talentos, la entereza de su carácter, el altísimo temple de su valor civil: Sebastián Lerdo de Tejada se llamó este hombre extraordinario, á quien la historia acusa de un doble inmenso error: demasiada confianza en el valor de nuestras

instituciones públicas y fe excesiva en el criterio del pueblo.

Ponemos aquí punto á lo que pudiera llamarse parte narrativa del movimiento literario en México, al que daremos por complemento un rápido estudio sobre el estado actual de nuestras letras; mas antes de ir adelante, procede consignar aquí una declaración de conciencia. Aun de la manera imperfecta con que hemos mal pergeñado este capítulo, no habríamos acertado á hacerlo á no haber contado con dos poderosos auxiliares: la *Reseña histórica del teatro en México,* utilísima compilación, hija de la inteligente laboriosidad de D. Enrique de Olavarría y Ferrari, donde se encuentra, no sólo cuanto ha pasado por nuestros teatros, sino cuanto en letras se ha hecho en el país, circunstancia que hace su obra necesaria en toda biblioteca mexicana, y D. Francisco Sosa, cuya abundante producción en estudios biográficos, de una parte, y sus bien inspirados consejos, de la otra, han sido en este trabajo á modo de valiosísima colaboración.

IV

ESTADO ACTUAL DE LAS LETRAS MEXICANAS

No cabe, dentro del programa de nuestra síntesis, reseñar, en sus múltiples manifestaciones y detalles, el movimiento literario del presente, producido por los hombres de letras aún en actual labor.

Quiérelo así el editor de este libro, quiérelo así el encargado de redactar ésta, que es una de sus divisiones, deseosos uno y otro de alejar toda ocasión de injusticia para con los vivos.

Con efecto, tarea semejante es, de suyo, orillada á desaciertos, que hasta por simple omisión, por inintencionada que sea, puede causarse agravio aun á los que se han hecho en altísimo grado acreedores á un encomio franco, sin hipócritas reservas.

Por otra parte, fuera insensato negar que la muerte posee el prestigio de hacer efectiva la justicia para

los que ya sufrieron su ley, no pareciendo sino que esa misma muerte tiene el don de enfocar las figuras de sus víctimas, de modo que sean vistas en su luz propia y en sus verdaderas proporciones. Si ella extingue odios, también apaga afectos y deja abolida toda sospecha de elogios ó censuras interesadas.

Dicho esto para descargo de conciencia y justificación del plan, entremos en su ejecución.

Nunca, ni antes ni después, se manifestó más intensamente nuestra vida nacional que al emerger la República vigorosa, radiante y depurada del océano de fuego en que la sumergieron los acontecimientos de 1862.

La República, firme entonces en su asiento, tuvo derecho á engreirse de su victoria, al estrépito de las aclamaciones y al aura de los agasajos que en modo alguno le escatimaron sus hermanas del Continente. Y aun era parte á estimular su envanecimiento el mismo maldecir que el despecho inspiraba á los vencidos, humillados ó burlados, del otro lado de los mares.

De nuestra tierra, calcinada por el fuego de mil combates, apagado con la sangre de millares de víctimas, rompían generosos y vivíficos gérmenes, llamados sin duda á operar nuestra evolución más grandiosa, á dar cuerpo á nuestros ideales y consistencia real á nuestras aspiraciones, que, como dice Macaulay, «las mejores y más preciadas obras de la imagi-

nación siempre se han producido en tiempo de turbulencias políticas, como las vides más lozanas y fructíferas, y las flores más bellas y perfumadas, se dan siempre en aquellas tierras que fertilizó algún día la lluvia de fuego de un volcán». Tan cierta es esta observación, que, al término de la lucha á que aludimos, nuestra literatura, henchida de alientos potentísimos, se reveló, aunque un tanto desordenada, copiosa y exuberante, en todos los modos de ser de que es susceptible.

El odio que tras de sí dejara en nuestros pechos la descabellada empresa napoleónica, no por pasajero menos real, trascendió por el momento á cuanto de Francia procedía, y hubo como un comienzo de reacción en el sentido á que naturalmente nos conducía nuestra propia habla hacia las hispanas letras, sin que por eso dejara de percibirse, en nuestro procedimiento literario, que los moldes franceses no caducaban ni caían en desuso. Ciertamente que de otro modo hubiera sido, á haber España podido ofrecernos rica y genuina producción literaria; mas de lo bueno y propio que tenía, únicamente nos arribaban los portentosos torrentes de la elocuencia de Castelar, los deliciosos poemitas de Campoamor, y... paremos de contar, como que en aquellos tiempos, sobre que nuestro comercio intelectual con la antigua metrópoli era punto menos que nulo, la turbamulta de los que allá hacían oficio de letras eran afrancesados puros,

que, faltos de aliento ó descarriados, no acertaban con la riquísima vena de la literatura nacional.

Ese comienzo de reacción fué asaz transitorio: Víctor Hugo, nuevo Juan de Patmos, seguía tronando desde su roca de Guernesey; Dumas, hijo, continuaba, en el teatro y en la novela, sondeando hondísimos problemas de la vida social, y ambos embargaban nuestra atención y nuestras vigilias, como que, al turbar las conciencias, despertaban en los pechos el interés humano más vivo, el interés por excelencia; y penetrados de su contagioso criterio, hábilmente ataviado con las galanuras del arte, no teníamos tiempo de recogernos en nosotros mismos para reflexionar, subyugados por esos dos genios.

Un acontecimiento vino á reconquistar nuestro cariño hacia Francia: su tremendo desastre de 1870, la venganza de Sedán; Napoleón en el fango, y la República radiante como un glorioso sol sobre tanta ruina.

Para nosotros, los pueblos de sentimiento, nada más simpático, nada que atraiga más irresistiblemente que la desgracia; y el día que vimos á Francia caída y humillada, echamos en olvido sus complacientes flaquezas para con el ídolo que, en un día de insensatez, labrárase con sus propias manos para rendirle culto durante dos abominables décadas, y desde aquella hora tornamos á ser afrancesados, tanto ó más de lo que antes lo fuéramos.

Y nada más racional que esa nuestra afición, por lo menos en materia literaria. Lengua hermana de la nuestra la francesa, no ha dejado de ser cultivada en el país, y con preferencia á cualquiera otra extranjera, por el inmenso caudal de producción literaria de toda índole que derrama en nuestro suelo, sin competencia seria por parte de España, que es quien podría con más derecho disputar la primacía. La vecindad de la poderosa República de los Estados Unidos de Norte-América, tan aventajada en la producción de libros, revistas y periódicos, cuya excepcional baratura los pone al alcance de todos los lectores, no ha influído para nada en menoscabo de la producción francesa, fenómeno que se explica muy sencillamente: por movimiento instintivo, sugestión acaso de equivocado sentimiento de propia defensa, no simpatizamos con la lengua anglo-sajona, y aun entre gente muy letrada hay quienes la miran con marcada aversión. Esa lengua no ha comenzado á adquirir boga en México sino á medida que se han ido disipando los temores de un peligro para nuestra autonomía, engendrados por el espectro de codicias de que, no sin razón, por lo que á nosotros toca, se supone poseídos á los sajones de la Unión Americana. Tras las nuevas aficiones á la lengua inglesa, mírase sólo á los asuntos comerciales y de industria, que cada día nacen, crecen y se desarrollan entre ambos pueblos vecinos, sin que todavía trascienda al espíritu é información

literarios, á que tal vez alcanzará cuando, por el trato frecuente y la unificación de intereses, lleguen á desaparecer las aprensiones aun hoy imperantes. Milita, además, otra poderosísima razón en pro de nuestro apego á las letras francesas: Francia, no sólo nos envía su producción nacional, sino que, movida por una ejemplar iniciativa difusionista, traslada á su lengua las obras de los ingenios de toda Europa, y somos á ella deudores, á lo menos las cuatro quintas partes de los mexicanos amantes del gayo saber, del conocimiento de lo más notable de las literaturas alemana, inglesa é italiana, y de la totalidad del de la rusa, polaca y escandinava. El monopolio que Francia ejerce en nuestro país en materia literaria débese, más que á otra cosa, á su singular genio propagandista, que hizo decir á uno de sus más ilustres pensadores que toda grande idea, para penetrar en la conciencia humana, necesita antes hacerse francesa.

Como es forzoso á las necesidades de la propia habla, absurdo habría sido intentar emanciparnos de la castellana, cuyos cánones, mantenidos ó alterados por quienes han derecho de hacerlo, nunca dejaron de imperar en México. La lengua, maravilloso é indispensable instrumento de comunicación, como que sin ella el pensamiento no sabría cómo exteriorizarse, claro y genuino, obedece, es verdad, al modo de existencia de cada pueblo y está sujeto, por consiguiente, á las evoluciones y variaciones de la vida en todo lo

que ésta tiene de complexo y cambiadizo; por eso cada región posee su lengua popular, con giros é idiotismos peregrinos, al extremo de verse como cosa corriente que, siendo una misma en fondo y forma la hablada en sitios diferentes, haya vocablos y frases que discrepan en acepción ó significado, de un lugar á otro.

México, ó con más propiedad, las varias regiones de la República, no están fuera del imperio de esa ley común, y cada una tiene su lengua castellana alterada, no sólo por el uso de provincialismos sin circulación posible de una á otra, sino aun por el cambio de valor lexicográfico de algunas palabras, que llegan hasta á sufrir en su estructura misma. Y es natural que así acontezca allí donde la vida social está dotada de personalidad característica, de fisonomía peculiar y en actividad plena; que los moldes del habla únicamente pueden ser eternos en las lenguas que ya murieron, organismos atrofiados, incapaces de evolucionar y transformarse.

Mas en medio de esta lengua popular ó callejera, persiste la culta, reservada para el manejo de los asuntos literarios, siendo no poco frecuente que la segunda espigue de la primera, siempre rica de vitalidad actual, á manera de transfusión de nueva savia de que ha menester la lengua castiza para responder á las necesidades de renovación inherentes á toda sociedad en progreso.

De tiempo atrás hubo en México mantenedores de los fueros de la lengua castellana, en correspondencia permanente con la docta Corporación al cuidado de la cual corre en España conservar la pureza y propiedad del habla; mas también durante mucho tiempo el grupo de académicos mexicanos estuvo retraído del movimiento literario, constituyendo una especie de sacerdocio inaccesible al vulgo, á lo cual no fué poca parte la situación general del país, preocupado en solventar arduos problemas del orden político, que absorbían toda la intelectualidad de los hombres de acción.

Como decíamos al comienzo de este capítulo, la gloriosa restauración republicana marcó época en el florecimiento de nuestras letras, que se señaló más por lo abundante que por lo acendrado.

Ya en su lugar hablamos de la revista *El Renacimiento*, capital publicación esencialmente literaria, en que se revelaron ingenios del mayor fuste, algunos de los cuales aun gozan de las embriagueces del popular aplauso; mas ella revistió, en lo general, más que otro carácter, el de una hiperestesia romántica, que aun no se informaba nuestra literatura por otros patrones.

En esta sazón, operábase en las letras españolas una transformación por extremo simpática, que renovaba en la península su gloriosa edad de oro. Preclaros ingenios la alzaban de la postración en que

había caído por una producción, al par que fecunda, rica de novedad y respirando todos los encantos de la genuina habla castellana. Don Benito Pérez Galdós, D. Juan Varela, D. José de Echegaray, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, D. José M. de Pereda, don Gaspar Núñez de Arce, D.ª Emilia Pardo Bazán, para no hablar más que de los iniciadores de aquel nobilísimo despertamiento, en la novela, en el drama, en la lírica, en la crítica y en cuantos modos de ser tiene el pensamiento humano, dieron vida á verdaderas creaciones literarias en las que el ánimo, como en festín suçulento, pudo apacentar sus ansias de psíquicas fruiciones.

Como era natural, aquel torrentoso empuje literario suscitó en las que antes fueron colonias hispanas el interés más vivo, imprimiendo nueva dirección al estudio del culto saber y cobrando nuevos y hasta ardorosos estímulos las aficiones á la propia habla.

Pudo entonces comprenderse que ella es un instrumento singularmente apto para satisfacer por sí solo á todas las necesidades de la labor literaria, y ya se cuidó con mayor acucia de conocer las reglas de su estructura y de penetrar los secretos de su riquísima sintaxis.

Por lo que toca á México, el alejamiento que antes se advertía entre la gente académica y los hombres de letras más en contacto con el vulgo, tornóse en facilidad de trato rayano en cordialidad, y accesibles

los unos á los otros, vino á ser altamente fructuosa la constitución de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española, en la cual han venido ingresando cuantos por su cultura y su amor al habla son capaces de enriquecerla con nuevos contingentes, pudiendo asegurarse que sólo no están en ella, ó los que la desdeñan, ó los que no tienen depurados sus merecimientos (1).

Esta institución nacional para el cultivo de la lengua, ejerce influencia sana y fecunda en el fomento de la producción literaria, que tiende más y más cada día á tomar una fisonomía propia, un sello característico que la distinga netamente de la de los otros pueblos americanos de idéntico origen.

Como importante factor de nuestra educación literaria, sería injusto desconocer el impulso que ha venido á recibir de los concursos científicos, de reciente creación, que si bien establecidos para tratar á fondo cuanto mira al desarrollo y adelanto de las ciencias,

---

(1) En la actualidad, la Academia Mexicana consta de los siguientes individuos:

Don José María Vigil, que es el Director de ella, D. José María Roa Bárcena, D. Rafael Angel de la Peña, D. Ignacio Mariscal, D. Arcadio Pagaza, D. Alfredo Chavero, D. Francisco B. del Paso y Troncoso, D. Luis Gutiérrez Otero, don Justo Sierra, D. Rafael Gómez, D. Francisco Sosa, D. Francisco de P. Labastida, D. Joaquín Baranda, D. Rafael Delgado, D. Porfirio Parra y D. José Peón Contreras, todos y cada uno de ellos ventajosamente acreditados en el mundo de las letras.

las disertaciones y discursos en que se producen sus labores, aparte de merecer algunos de ellos el calificativo nada hiperbólico de verdaderas monografías, son, desde el punto de vista de la forma y el estilo, obras genuinamente literarias, como que se piensan y escriben para ser leídas ante un público numeroso y selecto, y ya se ve que el autor que desea interesar á su auditorio no ha de echar á un lado las galas del buen decir.

Pero estas influencias no han ido más allá de la dicción, pues la obra literaria, es decir, el fondo de ella ha continuado informándose, con señaladísimas excepciones, por los modos y estilos franceses. No hemos negado tributo, antes lo hemos ofrecido fervoroso, á las que se llaman nuevas escuelas literarias, aceptando la posibilidad de que tales escuelas alcancen á fundarse en medio de esta nuestra civilización discutidora y de análisis, dotada de vivo sentimiento individualista, de suyo tendente á la emancipación de sujeciones. Pensamos que si tales novedades han encontrado boga, débese á la fascinación que por lo común ejercen las innovaciones, con especialidad en los espíritus juveniles, siempre fáciles al aplauso de todo lo que sorprende.

Hemos de ver en el curso de este capítulo cómo han resentido nuestra literatura esas novísimas tendencias, hasta extremarse en alguno de sus géneros.

La lírica ha dado abundantísima cosecha. De su

bien rica producción podemos, con justicia, estar orgullosos, siquiera ya no haciendo valer sus quilates, porque el fenómeno acusa la alza del nivel de nuestra cultura, al par que su patente difusión.

No cabría negarse que el principal factor de ese fenómeno hay que radicarlo en los cuatro lustros de ininterrumpida paz que venimos logrando, que ella es como primavera fecundísima para el florecimiento de las letras y las artes.

Numerosa falange milita bajo las oriflamas de la divina Musa. Sin jefatura determinada, tributando, sin embargo, por unánime consenso, el epíteto de maestros á los pocos que han alcanzado la merecida fortuna de ganar autoridad indiscutida en materias literarias, nuestros jóvenes bardos cultivan la poesía con la fe y el entusiasmo que son inequívocos signos de una innata vocación. Modeladores de la idea por la imagen, cinceladores de la frase por la estructura del verso, generadores de la emoción por la intensa expresión del pensamiento, tienen el don, ora de comunicar á los profanos el mundo interno que llevan en el alma, ó ya presentarles en puntos de vista inadvertidos las bellezas del mundo externo.

Repetímoslo: hay por qué estar orgullosos de nuestros líricos de la generación viviente, sin ser parte á rebajar sus méritos el hecho de que no pocos de ellos, persiguiendo una originalidad que parece rebuscada, hayan soltado el vuelo en una orientación que

rompe con nuestras tradiciones poéticas y, tal vez, con la genialidad de nuestra lengua madre. Queremos aludir al empeño de que aquí, en México, ha de haber parnasianos y decadentes, sin más razón de que hay en Francia quienes versifiquen y hagan poesía por procedimientos que allá quizás no sean peregrinos. No nos faltan, pues, simbolistas ni *delicuescentes* que nos hablan en algo así como, para nosotros los profanos, incomprensible psitacismo, no iniciados cual no lo estamos en los arcanos del nuevo arte, que, á vueltas de todo, no alienta otra aspiración que la de fabricar mundo aparte, con su lengua mistagógica, cuya inteligencia fuera en vano ir á buscar en los léxicos para descifrar la imagen que los vocablos esconden. Y como si tanta complicación no bastara, hay que dar mayor énfasis al concepto enunciándolo en versos de diez y seis sílabas, infantil artificio, *sesquipedalia verba,* que ya dijo el Maestro, que consiste en poner en un solo renglón dos octosílabos.

Por fortuna, los jóvenes bardos que por tales rumbos se encaminan, abundan en talento, arden en el fuego sagrado y aman el estudio, con lo que hay para confiar en que de sí mismos cobren la senda por donde han de ascender al templo de la Fama.

Respecto de la poesía épica, seguimos tan deficientes como más no podíamos hallarnos. Después del ensayo poco afortunado de que ya hablamos en el capítulo anterior, ha sido intentado otro, al que

puso encomiástico prólogo el aun llorado maestro D. Ignacio M. Altamirano.

A decir verdad, la epopeya, tal cual los clásicos la concibieron y produjeron, puede darse por bien muerta, ni se concibe ingenio con fuerzas para resucitarla. El realismo de nuestra civilización, obligado engendro del adelanto de las ciencias, ha relegado lo maravilloso á la credulidad de los niños ó de los ignorantes, y el *deus ex machina,* desterrado ya de la epopeya como de la tragedia, ha ido á refugiarse en la leyenda y en la comedia, donde sólo vive como entretenimiento infantil ó como salvador recurso para resolver situaciones complicadas.

Anda volando en alas de la fama una producción poética que con dificultad acertaría á ser clasificada entre los géneros de poesía de que tratan los libros didascálicos. Poema, indudablemente que lo es; mas ni épico, porque el que sería su epónimo no tuvo existencia real, ni heroico, porque no versa sobre determinado hecho histórico, ni leyenda pura, porque lo maravilloso no interviene en la concepción, en el desarrollo ni en el desenlace de la obra. Para darle algún calificativo, llamaríasele poema lírico-narrativo, y, acaso, alegórico, tomando al protagonista como representación de un grupo social netamente americano.

Ya se adivinará que aludimos al *Tabaré* del insigne uruguayo D. Juan Zorrilla de San Martín, patrón

único en su género y que, con ser modelo, se resiste á toda imitación, pues el mérito extraordinario de tan afortunada producción reposa en su singular originalidad: original por la opulencia de la imagen, original por el agitado movimiento que lo anima, original por el genial americanismo en la dicción, y original, por último, por cuanto rompe con los cánones y tradiciones que habían informado ese género de poesía.

Que el poema es alegórico lo afirmamos, atento al héroe que llena sus admirables páginas. Tabaré personifica al mestizo, al prototipo de la casta que, del Bravo al Magallanes, ha realizado en la historia de este continente cuanto en ella hay capaz de ennoblecer y dignificar al espíritu humano.

Y no ya de epopeya, pero ni aun del género de *Tabaré* tenemos cosa semejante; mas si carecemos de epopeya, debe ello entenderse en el recto y circunscripto sentido de la palabra; porque en cuanto al movimiento fogoso y arrebatado, que es uno de los caracteres de la épica, podemos ostentarlo con satisfacción en no pocas, en muchas de las odas heroicas con que nuestros vates suelen celebrar las prodigiosas hazañas que alumbran nuestros fastos cual soles indeficientes. Silvas hay en esas odas caldeadas en el sacro fuego en que arden los cantos de Píndaro el divino, y con las que no se desdeñarían de alternar las del no menos divino cantor de Junín.

La epopeya ha muerto, sí, la epopeya versificada, sea permitida esta manera de salvedad, que el género se ha transformado, vive hoy en la novela, en este Proteo de la literatura susceptible de revestir todas las apariencias, de traducirse en todos los estilos, desde el trivial y doméstico hasta el más elevado y grandioso. En la novela puede hallar la épica el nuevo rumbo por donde volar más libremente, aunque con detrimento, ¿cómo negarlo?, de la avasalladora majestad del verso sonoro y rotundo, que era como su esencial atributo.

Mas esta epopeya degenerada, no ha llegado aún á germinar en el suelo de nuestra literatura, y ello por razón que encontramos obvia.

Tendría el asunto que ser escogido en nuestra historia, y nuestra historia data de ayer, lo que constituye un inconveniente por demás serio, para no decir insuperable, en la tarea de hallar al héroe del poema. Y no que no los tengamos, abundan para gloria nuestra, ya en el período de la cruentísima guerra de emancipación, iniciada y sostenida por excelsos y venerables caudillos, ya en datas posteriores; pero esos personajes á quienes de todo derecho corresponde el culto de semidioses, no se adaptan á las exigencias del poema épico. Su vida y su gesta, por demasiado recientes, cohiben la fantasía creadora del poeta, no dueño de alterar hechos y caracteres que aun gozan de una vida de actualidad. La dema-

siada realidad del héroe, no da cabida á la ficción, arriesgada á ser tenida por mendosa. Peregrino sería ir á tomar el héroe en la historia de los pueblos anteriores á la conquista hispana; porque ¿cuál sería el ideal que dominaría el asunto?, ¿cuál la finalidad del poema? A lo sumo, enaltecer, tratar de glorificar la fuerza bruta ó las intemperancias de la barbarie.

He aquí por qué no podemos hacer aún la novela épica.

Ibamos á hablar de la tragedia, pero esa es también otra muerta.

Quédanos como legado de ella el drama histórico; mas acontece con él para nosotros, lo que con la epopeya. No faltan asuntos en nuestra historia, del más alto interés dramático; pero salvo los que corresponden á la época colonial, algunos de ellos ya explotados con ventaja, aun no pueden ser llevados á la escena, porque, conocidos hasta en sus más insignificantes detalles, no están en condiciones de ser dramatizados. Para que un asunto real, para que un personaje real puedan penetrar en los dominios de la escena, es necesario que la bruma del tiempo se haya interpuesto entre ellos y el espectador, que sus lineamientos sean un tanto imprecisos y aparezcan como esfumados, pues sólo así se halla en capacidad la fantasía de ejercitar su inventiva, sin temor de atentar contra la verdad.

Del drama trágico poseemos un ensayo, fruto de

la inspiración de uno de nuestros más ilustres hombres de letras, que tanto ha brillado como poeta, dramaturgo y prosador, cuanto en los estudios de nuestra arqueología, como historiógrafo, como político, en el periodismo y en la tribuna palamentaria (1).

Nuestras noticias en materia de dramas históricos son bien escasas. La conjuración del marqués del Valle y el sublime acto de generosidad del general don Nicolás Bravo, que vale por la mejor hazaña de la insurgencia, son asuntos que han inspirado obras dramáticas justamente aplaudidas. El último de éstos ha sido tratado, se asegura que de mano maestra, pues aun no ha llegado á verse en la escena, por uno de nuestros más preclaros hombres de letras, lo que hace no dudemos del mérito de la composición, que vendría á ser comprobación elocuente de cómo ciertos privilegiados ingenios, con el propio tino con que resuelven arduas dificultades de diplomacia ó cuestiones de alta jurisprudencia, crean obras literarias dignas de admiración.

El cultivo de este género de literatura en sus otras formas más comunes, el drama y la comedia, que tan fecundo se mostró hasta hace obra de veinte años, ha decaído notablemente, y no pasan de dos los ingenios

(1) Se alude al ensayo trágico: *Quetzal-coatl,* de D. Alfredo Chavero.

que hayan seguido rindiendo tributo á la divina Melpómene, y de éstos, uno, dotado de poderosa imaginación, nos ha ofrecido en la materia fruto abundante y sabroso. Difícil parece acertar con la explicación de este decaimiento de la dramática, y nos atrevemos á aventurar se deba á la boga y popularidad de que ha venido privando en el teatro el género llamado *chico;* y tanto es verosímil nuestra suposición, que, sin duda movidos por el éxito, nada digno de loa, que el tal género ha alcanzado, algunos de nuestros poetas se han echado á libretistas de zarzuela.

En donde la actividad literaria se ha manifestado más intensamente es en la novela, en la que, si cierto es que han malversado su privilegiado ingenio, sus altas facultades de noveladores, algunos de nuestros hombres de letras, en el empeño de aclimatar procedimientos exóticos en esa forma de poema, no lo es menos que podemos ostentarnos orgullosos de poseer un número no escaso de verdaderos novelistas, creadores del romance nacional.

Aquí, como en Guadalajara; en Mérida, como en Orizaba, como en tantos otros puntos de cultura patria, han aparecido, en estos últimos veinte años, novelas magistralmente escritas que *prohijaría* cualquiera literatura, y cuya originalidad las marca con el sello de genuina producción mexicana. Todos los matices del género han sido ensayados, hasta el naturalismo y la experimentación, últimos procedimientos

preconizados y practicados por quienes aspiran á crear nuevos cánones de lo bello en letras y arte. La tentativa parece que no ha sido infructuosa, por más que el sistema ó la escuela repose sobre bases que, si no son falsas, son de puro convencionalismo. La obscenidad, tal cual los naturalistas la introducen en sus producciones, nunca podrá entrar dentro del concepto del arte. En este respecto hemos llegado á la crudeza más ruda: que ha habido quien, no se sabe si á título de naturalista ó de *experimentista,* ha hecho la descripción, sin perdonar detalle ni signo, del desfloramiento de una doncellita.

En cuanto á la novela experimental, si el concepto no es falso, es convencionalismo puro, repetímoslo. El poema, que sin eso ya no lo fuera, reclama la labor de la fantasía, que crea dentro de los términos de la verosimilitud y hasta de la mera posibilidad, en tanto que la experimentación excluye toda intervención de la fantasía: de modo que «novela» y «experimentación» son dicciones antónimas, contrapuestas con contraposición excluyente, implicatoria. Resulta que por «novela experimental» puede sólo entenderse, si la palabra ha de ser entendida, aquella producción romancesca que descansa en la verdad; mas en tal sentido, la escuela no tiene nada de nueva, es tan vieja como el arte, tan vieja como el arte griego, como el arte latino, como el clasicismo francés, y de este aserto responden la epístola de Horacio á los Pi-

sones, el arte poética de Boileau, todos los tratados de retórica conocidos. Por modo que el experimentalismo en la novela, de no ser una verdad añeja, es concepto radicalmente falso.

Hasta aquí la poética.

Hablemos ahora del estado actual del cultivo de la prosa.

Mucho bueno y mucho malo hay que decir de él.

Lo bueno no está en el periodismo, que en tiempo atrás pudo gloriarse con justicia de ser una manifestación literaria, en el estricto significado de la palabra. Él era trabajo manejado por nuestras eminencias literarias, incapaces de tolerar un solecismo ó un error geográfico, ni aun en la entonces parte informativa que se llamaba «gacetilla». Eran diaristas, ó bien políticos de primera talla, con reputación hecha y aun celebrada de hombres de letras; ó bien jóvenes, cuyos talentos y estudios habilitábanlos para iniciarse en el debate de los negocios públicos. No es este el modo de ser de nuestro actual periodismo, casi dedicado exclusivamente á la información, con lo que, si bien ya no es labor de profundos pensadores, de entidades literarias, no cabe negar que se ha democratizado, en el sentido de contar con una circulación diez veces mayor, lo que no se explica por sólo la baratura del periódico, sino, además, por la circunstancia de que aviva la curiosidad de más numerosa cantidad de lectores. Y ¿puede considerarse

este estado actual de nuestro diarismo como favorable á los intereses de la civilización? Si así se ilustran las masas, no puede darse á la cuestión respuesta negativa.

Empero, cualquiera que sea el resultado, no es México el único país en que tal fenómeno se produce, cuando oímos á Sienkiewicz decir del periodismo que, si antes fué labor de artistas, ahora es trabajo de artesanos:

Mas si lo bueno no está precisamente en el periodismo, sí lo está, y de modo indiscutible, en las demás producciones afiliadas en la mera prosa. Lo bueno se encuentra en los tratados de ciencias, obra de nuestros sabios; en los discursos de nuestra academia, en las disertaciones y en las tesis de los candidatos al profesorado científico, muchas de las cuales tienen el valor y mérito de originales monografías, todas escritas con elegante pulcritud, con castiza dicción y riqueza de datos.

Tampoco sabrían ser desdeñadas las revistas literarias que con regular periodicidad salen á la luz pública. Tres son las principales que circulan en la capital: *El Mundo Ilustrado, El Semanario Literario* y *La Revista Moderna*. Son las dos primeras, ediciones dominicales de las empresas periodísticas *El Mundo* y *El Tiempo;* fomentada la primera por la munificencia del gobierno, la segunda por los intereses católicos, de que es órgano el diario á que sirve

de complemento. La última es obra de una agrupación de nuestros jóvenes literatos de mayor fuste, y se distingue por el empeño en dar á sus páginas carácter y color esencialmente nacional. *La Revista Moderna* es campo abierto á los hombres de letras y á los artistas mexicanos que cultivan las artes decorativas de la tipográfica.

Guadalajara ha mantenido siempre revistas literarias muy interesantes, la última de ellas, *El Domingo,* ramillete de selectas flores literarias que verdaderamente endomingaba á la culta capital de Jalisco.

Las letras yucatecas nunca dejaron de contar con alguna revista á ellas especialmente consagrada. La más reciente de que tengamos noticia, es *El Salón Literario,* en que lucieron sus conocimientos y su inspiración poetas, literatos y pensadores peninsulares. Nótase que la literatura ha caído en Yucatán en cierta depresión, que acaso pueda atribuirse al afán de enriquecer, despertado por la prosperidad material, que en progresión creciente ha venido desarrollándose en aquella tierra, de algunos años para acá. La *auri sacra fames* parece poner en olvido tradiciones gloriosas, mas no es de temerse que el infernal Pluto alcance á destronar á la celeste Minerva allí donde ésta ha recibido de antiguo apasionado culto.

Las galas de la oratoria han quedado reducidas á las solemnidades patrióticas y literarias, hecho de

facilísima explicación, que no puede traducirse por decadencia intelectual ó de virilidad.

Nuestra oratoria ha sido un instrumento político, inspirado, primero, por el choque producido entre el espíritu moderno y el tradicionalista, que abarca el período histórico de 1821 á 1867; y luego, cuando la reacción quedó definitivamente vencida, por el conflicto de aspiraciones nacidas en el seno del partido liberal victorioso, entre el poder de un lado, á título de mantenedor del orden y del respeto á la ley, y del otro las reivindicaciones de los que se ostentaban celosos del funcionamiento recto y genuino de nuestras instituciones.

Fundidas, y no por arte de magia, sino por virtualidad económica, estas dos últimas tendencias, de esta harmonía política ha resultado la desaparición de antagonismos, de ininteligencias, de desacuerdos, puesto que los intereses parciales son otras tantas fuerzas que actúan en una misma dirección.

Y esta capitulación de las viejas facciones no es siquiera turbada por la actitud contradictoria del que fué partido tradicionalista, puesto que *de facto* se ha sometido á la evolución política consumada. No lucha ya por el predominio de sus ideales; se conforma con que hayan muerto, y si los llora y aun ostenta vida, es únicamente en el periodismo, y más en calidad de censor de lo que piensan y hacen los hombres de la

política, que como propagandista del sistema que antaño sostuviera.

Nuestra literatura existe; hay una literatura mexicana, que es la conclusión á que aspirábamos condujera el estudio á cuyo término tocamos. Como toda entidad que se manifiesta en el tiempo y el espacio, tuvo su germen, su desarrollo, su crecimiento, y al pasar por estos estados ha operado y continúa operando las evoluciones inherentes á los organismos dotados de vitalidad.

Ciertamente que no es cosa fácil sentir el pulso por donde una literatura puede revelar de momento su nacionalidad. Para descubrirla hay que estudiarla en todos sus géneros, único modo de ir distinguiendo sus rasgos fisionómicos, su individualidad privativa.

La observación nos enseña cómo la civilización tiende á la universalidad. Laboratorio inmenso que viene fundiendo los tipos particulares para vaciarlos en un molde general, marcha de la variedad á la unidad. Y en este tipo general que la civilización crea, solamente por el atento estudio pueden discernirse las particularidades propias de cada pueblo. Si por la acción ineludible de ella los usos y costumbres de una nación se cambian por los de otra, erigida en modelo por causa de su superioridad, ó por la simple afición humana á imitar lo que juzga mejor que lo doméstico, ¿qué mucho que la literatura de un pueblo, que no es otra cosa que el reflejo de su vida íntima, se mo-

difique, cambie y tienda á asemejarse á otras literaturas? Esta ley tiene sus excepciones, es verdad; su cumplimiento depende del grado de resistencia que una gente oponga á invasiones extrañas, pero esa resistencia tiene un límite, que si no se quebranta puede ocasionar la desaparición del pueblo resistente: lo que no se adapta al movimiento de la civilización es arrollado por ella. Obra de la civilización es la de que venga realizándose la unidad de la especie humana: las razas van desapareciendo, y dentro de poco la etnografía quedará reducida á ciencia de erudición, pues todo lo que acerca de ella verse, será ya asunto de simple geografía.

No podemos negar que el presente trabajo carece de un plan definido; probable es hasta que se le encuentre asaz deshilvanado, mas si por él logramos producir en el ánimo del lector una impresión de conjunto, es á saber: que México posee una literatura no acreedora al desdén, no la más atrasada del mundo culto, quedarán cumplidos nuestros votos.



PORVENIR DE LAS LETRAS PATRIAS

Conocida ya la evolución de nuestra literatura, hasta el momento actual, no se tendrá por ocioso expresar algunas breves consideraciones con relación á su porvenir.

Ya España no está en América, y no hay ejemplo en la historia de que una vez deshechos los grandes imperios logren reconstruirse. ¿Qué destino estará, pues, reservado á esta nuestra literatura, hija de España por legítimo abolengo?

La antigua metrópoli ha desaparecido como dominadora del mundo que ella civilizó, mas no se fué del todo, que de ella nos queda aquí la parte más noble, lo que es imperecedero, el alma de los pueblos, la lengua. Con efecto, al modo que el individuo no puede expresar su pensamiento sino por medio de la palabra, por la articulación de la voz, formada de variables elementos fonéticos, que es lo que constituye el habla, así una nación no puede dar á conocer

su carácter, tendencias y aspiraciones, sino por medio de un lenguaje conocido y entendido por toda la numerosa agrupación que la constituye. De donde la lengua ó idioma viene á ser el vínculo general que liga á esa agrupación en un común interés, el instrumento de que se sirve para expresar sus sentimientos y sus ideas, en tal manera en él encarnados, que sin él fuera como si no sintiera ni pensara, como si careciera de alma.

Por adversa que sea la suerte de un pueblo ó desfavorables sus condiciones de existencia, aun cuando se encuentre sujeto á extraña dominación, en tanto conserve su propia lengua, tiene derecho á alentar la esperanza de establecer su autonomía, con todos los atributos á ella inherentes. Y esto es tan exacto, que el primer empeño de los conquistadores es substituir en el país conquistado su propia lengua á la de los indígenas, pues sienten que mientras los conquistados conserven su habla no se los habrán asimilado, antes mantendrán una solemne protesta contra los hechos consumados, un elemento de resistencia que ni el transcurso del tiempo será bastante á vencer. La verdad de esta legítima aprehensión compruébala el hecho histórico de las reivindicaciones nacionales que tan vivamente se manifestó en la recién pasada centuria, ocasionando guerras formidables é imponiendo tanta y tan ardua labor á la diplomacia.

Nosotros los mexicanos tenemos, gracias á Dios,

perfectamente asegurada nuestra autonomía y no nos amenaza riesgo de que sufra menoscabo; de modo que nuestra habla está exenta del peligro de verse substituída por otra, mas no puede decirse lo propio de su inalterabilidad.

Avecinados por el Norte á una gran nación, que es un coloso en América, de origen y lengua diversos á los nuestros, con quien nos hallamos en contacto íntimo, es inevitable que su habla y su literatura se vengan infiltrando en la nuestra de modo lento, gradual é inadvertido. Hasta estos últimos años tal fenómeno no se había producido, porque no obstante la vecindad, una aversión instintiva nos retraía de su contacto, temerosos hasta de los beneficios que del trato común pudieran venirnos, y como los troyanos de los griegos, temíamos hasta sus dones. Empero, semejante temperamento no podía subsistir indefinidamente: la necesaria expansión de un vecino poderoso sobre el vecino relativamente débil, habría acabado por quebrantar por la violencia la voluntaria y premeditada obstrucción que se le oponía. Una guerra internacional, en la que es probable no nos hubiera tocado la mejor parte, habría sido el final resultado.

No faltan entre nuestros compatriotas quienes movidos por un noble, aunque equivocado sentimiento de patriotismo, deploran que no mantengamos la actitud de cuasi hostilidad que de tiempo atrás teníamos

asumida para con el pueblo yanqui, sin reflexionar en que, rota por nuestras propias manos la muralla china de la intolerancia que parcialmente nos aislaba del mundo, que adoptadas para nuestro régimen político instituciones similares á las de la vecina septentrional, ha venido á hacerse imposible toda repul-



D. José María Iglesias

sión. Por otra parte, ¿en qué podría fundarse ésta?; ¿por ventura en que es una nación poderosa, en que procede de otra raza, en que habla lengua diversa de la nuestra? Esto sería insensatez. No, semejante motivo nadie osaría invocarlo. Ni por poderosa, ni por su diversidad de origen y de idioma seríanos antipática; seríalo únicamente por razón del agravio, del daño, de la humillación que ella nos infligiera.

El egoísmo, la vanidad, la obcecación harán siempre que imputemos á extraña culpa el mal que sólo es efecto de nuestras propias torpezas. Y respecto de los males que del vecino recibiéramos, si hemos de ser sinceros y rectos, habremos de reconocer que ellos fueron obra de nuestra inconsecuencia, de haber querido cambiar por las viejas vestiduras de la dominación colonial, que ya habíamos desechado, las nuevas, que, adecuadas ó no á nuestra condición política, ostentábamos á la faz del mundo. El federalismo, que para la mayor parte de nuestro territorio fuera una pura ficción, no lo fué para Yucatán ni para Texas; no para aquél, porque desde que se incorporó á la nueva nación, producto del triunfo del Plan de Iguala, hízolo por pacto expreso, por estipulaciones que establecieron derechos y obligaciones recíprocos entre las partes contratantes; no para éste, porque sobre haber tenido una existencia semi-independiente en la época del virreinato, la mayoría de su población era de origen diverso de la de la Nueva España, habíanse en él manifestado conatos separatistas, y la declaración pública de Esteban Austín, respecto de la adhesión de aquel Estado al régimen federalista, constituía una especie de pacto implícito respecto de las condiciones con que el pueblo texano se afirmaba en la dependencia de la Unión Mexicana. Estas peculiares circunstancias en que quedaron colocados Yucatán y Texas, aun en el supuesto de

que el federalismo se estableciera sin precedentes legales, hacían que para aquellas dos entidades no tuviera nada de ficticio, sino que debiera considerarse como real y efectivo.

Por tal manera, la actitud de Texas al romperse el pacto federativo fué racional y hasta legítima, y nuestra acción para impedir su segregación de México y someterla al régimen unitario, fué un puro acto de conquista.

Además de esto, preexistía una intención pronta á desposeernos no sólo del territorio de Texas, sino, si la ocasión era propicia, de todas las provincias internas de Oriente y de Occidente: la no disimulada codicia del yanqui. Mas esta circunstancia, lejos de atenuar nuestra culpa, agrávala, ya que ella misma debiera habernos hecho más precavidos en nuestra política interior. ¿Haríamos responsable al yanqui de nuestro propio descuido?; ¿por qué raro precepto del derecho de gentes habría tenido el deber de ser nuestro tutor? Todas las naciones, como todos los individuos, practicamos la moral del clásico francés: tomamos lo que nos aprovecha donde lo encontramos.

Persuadidos, ó punto menos, estamos de que nos ligan con la vecina lazos de sincera amistad, de interés y conveniencias comunes, que alejan el miedo de futuras usurpaciones; pero á ese miedo substituimos este otro: el del *imperialismo*, nombre con que se ha bautizado á la política exterior de la pro-

pia vecina, en el que queremos encontrar significado idéntico al de conquista. Y no lo tiene, desde el momento que el *imperialismo* no es la adquisición de lo ajeno por actos de violencia física: es un simple fenómeno de expansibilidad que obedece á las leyes del orden natural. Toda plétora propende á la expansión, porque todo exceso de vitalidad causa la muerte si se cohiben sus impulsos. El gas demasiado comprimido produce las explosiones, y la explosión deja sólo de producirse por el recurso de las válvulas de seguridad. Si la plétora de población, de capital ó de industrias halla esas válvulas, se dilatarán sin daño de nadie, antes con beneficio de todos, y este es el caso en que nos encontramos respecto de nuestros vecinos del Norte. Sus hombres, su capital, sus industrias encuentran fácil acomodo en nuestro país, lo que se traduce por un reparto de prosperidad y de bienestar entre ambos pueblos, por una fusión de intereses que nos identifica en la realización del progreso, ideal supremo que persigue el espíritu humano. La conquista, la dominación que por la fuerza intentaran llevar á cabo estos nuestros vecinos, sería capricho temerario, empresa desatinada y contraproducente, porque traería consigo la paralización de sus propios negocios, por la cesación del movimiento industrial y mercantil de ambos países, sólo garantizado y mantenido á la sombra de la paz. Por otra parte, conquista semejante significaría una guerra de mu-

chos años, y una guerra así, para un pueblo en las condiciones económicas del vecino, vendría á ser el principio de su decadencia, el germen de su destrucción, y sus hombres de Estado son bastantes precavidos y previsores para dejar de impedir tamaño peligro. Saben, además, que ya no estamos en las circunstancias de hace medio siglo; que hemos despertado de nuestros delirios á la realidad, con el sentimiento vivo de nuestra dignidad y decoro.

Todo esto nos conduce á una conclusión: que somos pueblos, ya que no hermanos por la comunidad de origen, sí por la del interés y de las aspiraciones. De esta hermandad resultarán beneficios recíprocos; tomaremos el uno del otro lo que es peculiar de cada uno: nosotros de ellos, ese admirable sentido práctico que asegura el éxito de sus empresas; ellos de nosotros, este generoso de espíritu latino que no se encierra dentro de las conveniencias del egoísmo, sino que procura hacer extensivo el bien á la humanidad entera.

Del asiduo comercio de ideas é intereses, que cada día se hará más intenso, nacerán influencias morales, que ha de resentirlas, ante todo, por su índole de fijeza que la hace resistente á las innovaciones, nuestra nativa lengua, de la que pasarán necesariamente á nuestra literatura. ¿Cómo precaverla de que no se bastardee? Un solo remedio: cultivándola,

cuidando de que no se deje invadir de elementos extraños y corruptores.

No que mantengamos el espíritu de puerta cerrada, sistema invariablemente seguido por los maestros y reguladores de la habla castellana, ya insostenible ante la avalancha de inventos, que creando cosas nuevas imponen la necesidad de nuevas palabras con que expresarlos; insostenible en medio de este torbellino de los pueblos, en que se mezclan y confunden unos con otros; no así, sino acreciendo su caudal presente con vocablos que, aunque peregrinos, de uso forzoso, puedan hallar acogida en nuestro idioma sin que éste pierda su linaje, acomodándolos á su genio y estructura.

No desconocemos que por este camino, si España persiste en su sistema, el castellano que dentro de una centuria se hable en México, y tal vez en los demás países hispano-americanos, no será ya el de nuestra madre y educadora; pero á ella la culpa de negar á su lengua la facultad evolutiva, de pretender mantenerla en moldes inquebrantables, que será como ir cincunscribiendo su circulación, primera etapa hacia la tumba de las lenguas que van á morir.

En el deber de asegurar la vida á nuestra lengua, porque en ella encarna nuestra alma nacional, hay que proveer á esa necesidad, y ya el Estado de Veracruz ha tomado á este respecto la iniciativa.

Ha pocos meses que con motivo de la inaugura-

ción del Colegio de Instrucción superior, fundado en Jalapa, para prez y gloria de su ilustrado gobernante, se organizaron en aquella encantadora ciudad fiestas dignas del objeto á que se dedicaban, que tuvieron por broche de oro la solemne apertura de una Academia para el cultivo de las Ciencias y las Letras.

De esperarse es que este ejemplo halle imitación en el resto del país, y de hallarla, las corporaciones literarias que por tal forma se instituyan habrán de ser otros tantos centros de cultivo y de guarda de una lengua propia, apta para realizar el ensanche y perfeccionamiento de nuestra literatura, mostrando así al mundo que por algo entramos en el movimiento ascendente de la civilización.



INDICE



CORRIGENDA.

Página	Línea	Dice	Debe decir
5	13	desaparecieren	desaparecieran
14	23	impulsación	impulsión
15	26	asegurse	asegurarse
95	23	*Gaboti*	Galotti
99	16	*Acatempa*	*Acatempam*
132	11	detatendas	desatentadas
154	13	Oalavarría	Olavarría
159	24	Tras	Mas
159	25	mirase	miran


3 2044 080 616 097

